



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador





PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ARTICULOS DE COSTUMBRISTAS

CUBANOS DE LA EPOCA

COLONIAL



LA SOLTERONA

Por José Victoriano Betancourt.

Cuando el Criador, con un fiat símbolo de su omnipotencia, hizo el mundo, cuando completó esta gran obra, creando al hombre a su imagen y semejanza, la solterona, no existía en su soberana mente. La solterona, es pues una aberración, y como tal vamos a considerarla, guardando el respeto debido al santo hábito que viste, hábito que yo siempre beso con una devoción extremada.

¿Qué es la solterona? la mayor parte de mis lectores verán en ella una mujer que no se ha casado y nada más: ya se vé, no tienen ojos de privilegio como los míos, que a fé si los tuvieran, habian de hacerse cruces y entonar el fugite maledictæ Sâtanæ, apenas se encontrasen a presencia de una doncella talluda, pronunciada por virtud y gracia de su reverenda soltería, contra todo animal matrimoniado.

La solterona, lectores míos, es una individualidad del sexo femenino, arsenal de malos pensamientos, protesta de carne y hueso contra el multiplicaos del Criador, monja profesa en la regla de S. Aburrome, veedora perpétua de amantes, balija de chismes, archivo de falsos testimonios, tormento de sobrinos y vista del barrio. Mártir de sus deseos, es verdugo de todo prójimo casado y por casar, y vive muriendo que es el peor de los víveres.

No pertenece a ninguna de las cuatro reglas de aritmética social, porque ella, ni suma, ni resta, ni multiplica, ni parte (cuidado con ponerme pare por parte, señor cajista) así es

que jamás entra en combinación de ninguna especie: siempre devorada de envidia, siempre roñosa, teniendo que luchar con una sociedad monógama, se haría musulmana, solo porque ha oído decir que en Turquía existe la poligamia.

La solterona en una casa, es peor que un cernícalo; ella es la que acusa a los muchachos si se comen el dulce, y a las muchachas si conversan con el novio, ella la que atiza la discordia entre marido y mujer, ella la que espía al cocinero, y descubre los gatuperios de los demas criados, y ella es, por último, la cruz del hogar doméstico.

Los naturalistas, al menos que yo sepa, no han clasificado aun, esta entidad jamona y descontentadiza, que atraviesa la creación llevando a cuestras su estado honesto, sin sacar otro provecho de ^{su} jornada que el que le pongan despues de muerta entre las manos una palma real, simbólica figura de una virginidad que la tuvo en guerra abierta con el género humano. Aunque yo la he observado mucho, no he podido aun clasificarla: considerándola criandera nata de los sobrinos, podría colocársela en la familia de las abejas, en la cual hay cierto número de ellas, destinadas únicamente a la crianza de las larvas: también pudiera considerársele como pariente de las auras tñosas, porque como estas, se halla en todos los lugares donde hay muerto, razon que motiva el terror pánico que asalta a los asistentes de un enfermo grave, cuando ven entrar a la solterona, pues está comparada a la extrema-unción; pero estas ^{una} observaciones no bastan para clasificación: además, ella acecha los amoríos del barrio, como el caiman a la jicotea: muda de color como el lagarto, roe la honra ajena como el ratón el

queso, su sombra hincha como la del Güao, su lengua es ponzoñosa como la cola del alacrán, y su mirada imprime terror como la de la serpiente: siendo todo esto, la solterona es inclasificable y solo se parece a sí misma.

Para conocer a fondo la solterona vamos a buscar un tipo y ponerle en escena. Doña Desesperada se nos presenta a pedir de boca; pero vosotros, mis queridos lectores, no la conoceis y es fuerza que yo os ponga en relaciones con ella.

Doña Desesperada, es una cuarentona y, y... (las y, y, en materia de edad, son casos reservados al sόllo pontificio; y solo en el libro parroquial de bautismos se halla su absolución). Doña Desesperada está además en el tercer período del desarrollo adiposo, es decir, que se está acercando a la figura geométrica llamada círculo. ¿Quién al ver este círculo vestido de mujer, en una fiesta de familia, corriendo con un grupo de doncellas de quince a veinte, no se desmorece de risa? ¿Quién al verla, hecha una antítesis, entre tantas jóvenes delgadas como un güin, aéreas como sílfides, dando saltos como pulga, o trompo que escarabajea, no dá gracias a Dios, de no haberla hecho solterona? pero a Doña Desesperada no se le ocurre que puede ser el blanco de sarcástica censura, antes se le figura a la bendita, que aquellos salticos y carreritas, aquellos secretos y risitas maliciosas, le pegan a sus cuarenta octubres, y no sabe que se está saliendo del grupo, y dando que decir a las de su gremio, casadas o viudas, las cuales bien por envidia o caridad considerándola como una desertora del escuadrón cuarentuno: mas Doña Desesperada, violando el principio de cada oveja con su pareja, busca siempre la compañía de

las niñas, para niñear con ellas.

A cierto bautizo que se celebró en esta ciudad, asistí como convidado, y al entrar en la sala, lo primero que se presentó a mi vista fué la atortugada caricatura de Doña Desesperada, que estaba haciendo la serpiente con un prójimo, a quien ella creía fácil de echarle la zarpa para marido: bailábanle los ojos de alegría, porque se imaginaba ya próxima a salir del presidio, de su estado honesto; pero las había con un veterano aguerrido en lides amorosas, que por cada entrada tenía diez salidas, y habiendo conocido del pié que cojeaba, quiso divertirse un poco a su costa: el diálogo era interesante; he ahí la muestra.

-¿Pero que tanto abomina V. el matrimonio? decía don Crisóstomo.

-¿Aborrecerle? no, pero me hallo muy bien así tranquila y no pierdo tiempo todavía...

- Siempre se pierde tiempo, cuando podemos hacer la felicidad de alguno y nos negamos a ello.

- Yo temo mucho, D. Crisóstomo, la falacia de los hombres, ustedes son muy falsísimos, hojas de caimito, hoy quieren y mañana no, y para no pasar por esa prueba, mejor es hacer lo que hago; gozo del mundo, libre de quebraderos de cabeza, y no me esclavizo para ser infeliz; con mis dineros a rédito vivo muy sosegada (esto de los dineros a rédito era carnada).

- ¡Oh! Desesperada hermosa, eso es mucha injusticia! ser tan bella, tan seductora, embelesar con esas formas de sílfide (ella al oír esta calumnia a su talle, se hizo la ruborizada y se tapó la cara de lunallena con el abanico. ¡Oh pudor cuarentuno!) abjurar del amor, bajo el falso pretexto de que los

✓

hombres son malos, es hasta pecado mortal: V. puede hacer feliz a mas de uno que yo conozco... y comete un amanticidio...

- Qué chancero está V., D. Crisóstomo, sin duda quiere V. burlarse de mi inexperiencia (estaba mas experimentada que remedio casero) y divetirse conmigo...

- Divertirme con V., señorita, ni por pienso; eso es calumniarme... en fin, yo... yo la amo a V. con una... ni sé lo que me digo, no tengo palabras para expresarlo que siento en este instante...

Este era el momento crítico, Doña Desesperada estaba en visperas de pasar a ser Doña Esperanzas, gozábbase ya en su triunfo, más, quería aparentar, duda, indiferencia y que se yo cuantas cosas mas que tan bien saben fingir las mujeres - ¡Oh Goya, Goya, si hubieras podido verla, y la pintas con tu brocha creadora, te haces doblemente inmortal! D. Crisóstomo, sentado en el borde de la silla, el pié derecho encogido, el izquierdo mas extendido, el cuerpo algo inclinado hacia la doncellona, la mano derecha sobre el corazón, la otra lista para cualquier evolución, los ojos fijos en la serpentígena faz de la requerida, con amorosísimo acento exclamó: por piedad, angel mio, una palabra, una palabra, de perdón y de amor, y diciendo esto, hizo ademán como de afinojarse ante los seis quintales de soltería vestidos de tarlatana que tenia delante; ella haciéndose toda la atortolada, creyendo que aquello era de veras, exclamó con ronca y congojosa voz. Por Dios, D. Crisóstomo, no se arrodille V. que va a ponerme en berlina.

- ¿En berlina? no, en coche te pondré, pero una palabra de consuelo, o me hinco...

6

- ¡Ay Jesús, qué compromiso! ¡me va a dar un desmayo! yo le contestaré... así tan pronto, ¡Dios mío! no puedo...

- El sí, el sí, ángel de paz, o me hinco...

- Ay D. Crisostomito... sí... no... yo no sé, piedad D. Crisóstomo...

Don Crisóstomo que se oyó llamar Crisostomito, y que había llegado hasta donde quería, le cobró un miedo a la doncellona, que trató de salir de aquel berengenal, terminando la comedia sin matrimonio contra las reglas clásicas; su buena ventura quiso venir en su auxilio y le presentó la favorable coyuntura de que entraba el padrino con el niño en los brazos y tras él, una falange de negritos y blanquitos mataperros entonando el juye que te juye, juye, Pepe: levantáronse todos a recibir el recién bautizado, menos Doña Desesperada que creyó a vueltas de aquella barahunda dar el golpe de gracia y hacer alarde de su conquista; pero D. Crisóstomo echó a rodar todos sus castillos de viento, siendo de los primeros, salvándose a modo de milagro del mortífero sí, que a manera de ^{un} culebrón vió ya descolgado de los labios de la doncellota.

Cuando se calmó el alboroto y repartió el padrino los medios, cada cual volvió a su puesto, y D. Crisóstomo se mezcló en un grupo de vírgenes de quince abriles para evitar las miradas de Doña Desesperada que a manera de requisitorias le perseguían. La exaltada doncella, estaba que no cabía en la silla; por una parte, el deseo de que aquel corderillo volviese a su redil, por otra los celos que le causaba verle expuesto a la influencia seductora de la juventud y la hermosura, la tenían tan desazonada que ponía lástima al que la viese presa de sus temores.

Cuando vió que era imposible pescar aquel lebrancho, y conoció que todo había sido una farsa, montó en ira, y buscó auxilio para vengarse del saudo amante; pero su venganza fué inútil, porque D. Crisóstomo se rió de sus ataques, haciendo el amor a una Chumbita de diez y seis, cuyos ojos negros esparcían muerte de amor en derredor suyo.

Doña Desesperada no escarmienta; en cuanto se presume que ha flechado a un prójimo, procura traerle al terreno de la declaración, y de ensayo en ensayo, de tentativa en tentativa, va entrando en años, pero no en desengaños; antójase^{le} que todos los hombres que ve tienen de menos la costilla que a ella le sobra, pero todavía no ha encontrado su Adán.

No le han faltado partidos ventajosos, pero como ya tiene cuarenta años, los novios parece que temen el presupuesto que escrito lleva en toda la faz, y desertan porque temen que celebrado el connubio estén siempre compareciendo ante el ordinario.

Doña Desesperada para llenar las largas horas de su soltería, murmura de todo cuanto vé: tan pronto critica que la librea del conde de la Peluza tiene siete chivos en el escudo de armas, como se burla de la marquesita Poligama porque bautiza sus hijos por de legítimo matrimonio. Siempre halla algo que censurar en el traje de las jóvenes que aciertan a pasar por su calle; ya encuentra muy chorreados los crespos de Tula, ya muy recargada de adornos la elegante cabeza de Chickí, ora, muy pronunciada la nariz de Chucha o bien muy grande la boca de Adelina: es decir que para ella ni hay mujer bonita, ni hombre buen mozo: asomada unas veces y otras sentada en la ventana de su casa, corta vestidos a todo yente y viniente, y con eso parece que desahoga la bilis de su eterna soltería.

Sus malhadadas sobrinas, están siempre bajo el yugo de su vigilancia, y ya que ella no ha podido tomar por asalto un marido, procura que las pobrecillas se queden, para vestir santos, como a ella le ha sucedido: una de las sobrinas, la encantadora Angelita ha perdido dos matrimonios ventajosos por la influencia funesta de su avinagrada tía, que para conseguir su objeto no perdonó medio alguno hasta ensayar el anónimo.

El chisme es arma que maneja con una maestría que maravilla; siempre tiene ardiendo el barrio, y mas de una amistad verdadera ha sido destruída por este corre, ve y dile, con blusa blanca y zapatos amarillos: para llegar a su objeto, gasta una hipocresía refinada y no tiene empacho en estampar una docena de besos rechillados en las mejillas de una amiga a quien acababa de quitarle la piel.

Doña Desesperada se desvive por un velorio: apenas sabe que hay un enfermo en la vecindad, allí está ella de veinticinco alfileres, a guisa de conquistadora, porque no lo hace por cumplir con una obra de misericordia, sino por ver si pesca; y aunque no consiga su objeto, siempre pilla algún requiebro, que al fin es algo y mas vale algo que nada.

Doña Desesperada, no solo atormenta a sus prójimos sino a una caravana de avechuchos que tiene: es mujer que gasta perrillo de falda, cotorra y mono: ya hace desesperar al perrillo con lavatorios y peinados, o mortifica a la cótica, pidiéndole el piojo y la pata, o bien anda a vueltas con el mono, a quien festeja y dedica exquisitas atenciones, porque como termina en ono, y esto huele al género masculino, no puede ser por menos.

Pero donde la cuarentona ostenta su mal humor es en la toi-

lette: casi todos sus réditos los invierte en cosméticos y far-
falaes, como medios de agradar y conseguir algún día sus matri-
moniales intentos: Es una comedia verla todas las tardes persi-
guiendo las canas que como es natural se van presentando en su
cabeza, las cuales tan luego como las arranca las quema, porque
ha oído decir que así se esquician: mas parece que lo hace Judas,
porque donde se arranca una le salen veinte, de manera que se vé
amenazada de quedar al postre tan limpia de cabellos como la -
palma de la mano. No es menos cómico verla con el agua blanca
a pleito para estirar el cútis que pérdida la tersura de los
quince, vá presentando con indelebles señales el terrible nú-
mero 40, en los graciosos pliegues llamados vulgarmente pié de
gallo: concluido el enjabelgamiento delrostro, que por lo blanquea-
do parece cara de muerto dada de cloruro, pasa a la sección de
los lunares de quita y pon, verdaderos judios errantes que tan
pronto están junto a las cejas, como al lado de la nariz, o en
medio de la barba; trampas microscópicas que ella emplea para
ver si cae algún zorro solterón en ellas. Despues que ha repar-
tido la guardia de los lunarçitos, principia a vestirse, y a
sudar por encerrar sus voluminosas formas en un corsé; toda la
casa se pone en movimiento para resolver el problema de pren-
sar aquel ballenato, privilegio que solo alcanza el portero,
porque es un Maomut que se ha desarrollado herculeamente car-
gando costales de trigo en las eras de su país. ¡Oh furor ma-
trimonial, de cuánto eres capaz! Ya no le falta a la modistona
mas que la camisita rabona, y prender una flor en sus cabellos,
al lado izquierdo en señal de doncellez: este es un capítulo lar-
go que le cuesta diez o doce pellizcos a la negrita Timotea y

10

una hora de consulta con el espejo y las sobrinas; despues de haber desechado un mar rojo de color de ante, y un mirasol muy hermoso, se decide por una flor de pitahaya, que le sienta, en su concepto, a las mil maravillas, y armada con el tremendo florón, sale con la dignidad de una Reina, a sentarse en la ventana, para ver si hay quien se mueva a sacarle del encantado castillo de su soltería, aun cuando sea tuerto, corcobado y cojo, que para marido basta que tenga las calidades de la ley de Partida.

Tal es, lectores mios, Doña Desesperada, y mutatis mutanda tales son y serán todas las solteronas habidas y por haber: la solterona se convierte al fin en beata; en este nuevo estado presenta caracteres muy distintos que la constituyen un tipo, que merece artículo aparte.

Quedarse para tía es cosa que depende las mas veces de las mismas mujeres: salvo los casos de fealdad que hacen de ella la personificación de uno de los preceptos del Decálogo. La solterona se queda para vestir santos, por orgullo, por necesidad, y y las mas de las veces por coquetería; y viene a ser en la sociedad, lo que en el cuerpo humano las arrugas, que no hermean y estorban. Hay algunas solteronas que por virtud de su temperamento linfático, son tan apacibles e inocentes como las cochinitillas, y hacen muy buenas tias por que de todo ha de haber en la viña del Señor, pero justo es confesar que son excepciones y pocas. Tres son las épocas de la mujer. A los quince, desprecia; a los veinte y cinco, escoge y a los treinta arrebatada; los cuarenta son las termópilas del Matrimonio. ¡Pobre de la que llega a ellas sin haberse marido, qué larga cosecha le es-

//

pera de aburrimiento y amargura! Y tendrá que armarse de una abnegación heroica para atravesar la vida sola y doncella, ostigada de punzadores deseos, y convidada a un inmenso festin en que no puede probar bocado, nulo en ella el santo germen de la maternidad que tan bellamente corona la encanecida y venerable cabeza de la Madre^{de} familia en los últimos días de la existencia.

Virgenes encantadoras, que desvanecidas por falaces ilusiones dejais escapar los sonrosados abriles de vuestra edad, la solterona es un espejo donde debeis miraros, para que no os abismeis en el precipicio de la soltería: vosotras venis a este mundo a llenar una misión santísima; rico venero de castos gozes será para vosotros la maternidad, y a la par que lleneis un precepto del Altísimo, cumplireis con un deber social alcanzando la ventura inefable de doblar vuestra existencia, en pro de la sociedad que os consagrará un homenaje de respeto, negado siempre a la estéril Solterona, que cruza este mundo sin dejar ni leve huella de su paso.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LOS PRIMOS

Por Luis Victoriano Betancourt.

Hizo Dios el mundo en seis días, y descansó el séptimo; pero antes de descansar, se le ocurrió hacer al hombre el sábado.

Adán y Eva, pues, se conocieron la sexta noche de los tiempos, y no en bailes ni en teatros, como se conocen las gentes ogaño, sino en campo raso, debajo de una ceiba, indudablemente, sin más camisa, ni más adornos, ni más paños menores, que su epidermis, y el Señor les dijo:

- Creced y multiplicaos.

Y ellos no crecieron, porque ya estaban un tanto demasiado crecidos, pero sí se multiplicaron, y multiplicándose, formaron las familias, y formando las familias, las llenaron de plagas, tales como el Primo, especie de bicho no descrito por Cuvier, y que merece lugar preferente en la familia de las babosas; aunque hay quien la coloque en la de los zánganos; mas sea de ello lo que fuere, y prescindiendo de la nobleza de sangre y procedencia de casta, lo cierto es que el primo es un ser digno de estudio, y como tal me ocuparé de él.

El primo es un hombre como cualquier otro puede serlo; come, bebe, duerme y ejecuta sus demás funciones vitales a las mil maravillas; canta, ríe y baila, si es alegre; trabaja, si no es haragán, y tiene, en fin, cuantas cualidades puede tener cualquier prójimo; salvo el goce de ciertos fueros en casa de la tía, y algunas confiancitas con las primas, que no gustan por cierto a la mamá, la cual está siempre atisbando las acciones del

sobrino. Los hay de ellos feos y bonitos, rubios y morenos, elegantes y descuidados, pero todos condescendientes y de buenas intenciones, si no son algunos que, validos del primazgo, hacen cosas que no debieran, introduciendo la desolación y el escándalo en su misma familia; pero son tan pocos, que no hacen número, y por tal motivo, prescindiré de ellos.

El primo es el demonio familiar de la casa de su tía. No bien se cuele por las puertas, alborota a las muchachas, va a la cocina, enciende un cigarro, se come un plato de dulces que hizo una de las primas, pellizca a la cocinera, abraza a la mulatica costurera que está en el cuarto, vuelve al comedor; si ve flores, se apodera de ellas, a pesar de la oposición tenaz que se le sostiene, y se dirige a la sala. Allí se sienta entre cinco o seis angelitos sin alas, le quita el bordado a la una, el libro a la otra, las mortifica a todas, incomoda con sus gritos a la vieja, que se levanta, las manos en la peluca diciéndole:

-Vete, demonio, espiritado. ¿Qué vienes a hacer aquí entre las muchachas?. Esta no es hora de visitar.

Pero él, tenacem propositi, más grita, y más emborracha con su charla, hasta que la vieja se retira para el cuarto, renegando de los primos y del diablo, y él, dueño entonces del campo entre tantas palomas, hace de las suyas, y las primas se ponen bravas por alguna libertad demasiado libre y él sale peleado con ellas; pero cuenta que al siguiente día vuelve a la casa, y hacen las paces, y se repiten las escenas del día anterior.

El primo, a pesar de todas estas ventajas, está expuesto a mil incomodidades en casa de la tía. Mientras no haya jóvenes de fuera es el preferido, mas iguay de él! si sucede lo contrario. Allí es verlo en un baile. Si es bailarador recibido y aprobado,

puede dar algunas volteretas con las primas; pero si no es adelantado discípulo de Terpsícore, pasa más sudores que un atacado de fiebre. Aquí se dirige a una prima, decidida admiradora de las danzas de Federico, la cual, después de mil excusas y circunloquios, concluye por decirle:

-Mira, Pepe, tú eres de confianza, y por lo tanto, los cumplimientos son excusados; primero es atender a los extraños; hay dos o tres jóvenes de cumplimiento que quieren bailar conmigo, y tengo que complacerlos.

Allá vá con su triste humanidad a donde está otra rubia, prima también, pero que no se muerde la lengua.

-¿Qué danza vamos a bailar, Antoñica?

-Ninguna, Pepe, porque tu eres limón, y yo no me quiero estropear; ve a pisar a otra, que lo que es a mí, no te dará en el pico.

Y el infeliz tiene que ir en peregrinación por toda la sala, y de seguro no habrá quien de él se compadezca.

Se dividen los primos, por su carácter, en tres especies: juiciosos, hipócritas y traviosos. El primo juicioso es de fiar para la tía; la visita diariamente, quiere mucho a las primas, y bien podían ellas salir a pasear solas con él, que de seguro no harían las travesuras propias de su edad, pues el genio serio del compañero pondría freno a ellas. El es quien lee las cartas de los empalagosos enamorados de ventana; hace de tiempo en tiempo un regalito; está al tanto de cuando hay un enfermo para ir a verlo; es consultado en diferentes cuestiones por los tíos, y se da a querer a causa de su buen comportamiento; suele tener de veinticinco, a treinta años.

El primo hipócrita participa en la apariencia de las cualidades del anterior. Con su cara de santico, se gana la confianza de la casa; siempre está conversando con la tía, y cuando se queda solo en medio de la hembrería, ello es verlo más alborotador que un muchacho. Generalmente cuenta de veinte a veinticinco años, y como está en la edad del amor, escoge a una de entre sus primas, a quien delante de la madre ni siquiera mira, pero que solus cum sola, la estrecha tanto y tanto, que tiene ella que llamar algún genio bueno en su ayuda y decir:

-Mamá, mamá, ven a oír lo que Pancho me está diciendo.

Y la madre ni se mueve, porque se fía de él, y se contenta con responder:

-Vamos, niña, déjame quieto a Panchón; yo no creo de él cosa que no sea buena.

-¡Ay, mamá! si tú lo hubieras oído, y mírenlo ahora tan hipócrita como está.

Y él se ríe, y saca partido de su crédito, a su modo, que de todo se saca partido en este mundo. No es dañino; pero conviene espiarlo.

La tercera especie de primos es la del travieso, tipo sui generis, que merece particular atención. Para comprenderlo mejor, pintaré uno de ellos, que bien puede servir de adorno a este artículo.

José de Jesús Calandraca de Aronga y Bacalaito es un estudiante de filosofía, como de diez y ocho a veinte años de edad, con sus infulas de elegante y sus ribetes de poeta; alto de cuerpo, corto de vista, largo de nariz; de ojos negros y maliciosos y movimientos desembarazados, que indican decisión y franqueza.

Llámenle por mal nombre Aronguita, pero yo, a fuer de bien criado, llamárele Pepe. Y antes que me huya de la memoria, voy a referir el cómo y el cuándo tuve ocasión de conocer y estudiar este tipo.

No ha muchos días, empujado por un asunto de interés, me dirigí a eso de las diez a casa de mi amigo Bonifacio Maleficio, donde gozo de alguna confianza. Llegué, pues, apenas acababan de levantarse de la mesa, y como el señor don Bonifacio no había almorzado allí, determinéme a esperarlo, no por el solo hecho de esperar, sí que para tener una disculpa y quedarme platicando sabrosamente con dos trigueñas y una rubia, que más fuego tenían en los ojos que hay en un volcán, y más miel en los labios, que en una colmena. Quedeme, gracias a mi descaro (en honor de la verdad sea dicho), y entablamos conversación.

-Jesús, Luisillo- me dijo una de las trigueñas, llamada Concha, y que tenía un divino hoyuelo en la barba, - Jesús, ¡qué malo estuvo su artículo del otro día! Yo ni lo acabé de leer. Mire que a usted nada más se le ocurre hablar contra el baile, como habló, y desacreditar así a las muchachas.

-No, hija mía - le contesté,- yo no he desacreditado a las muchachas, no he hecho más que decir la verdad pura, lo que se ve en muchísimos bailes. Difícil sería y arriesgado, y hasta incierto, afirmar que todas bailan mal; no, yo lo que dije y repito ahora a ustedes fué, que muchas muchachas bailaban así; bien sé yo que hay honrosas excepciones. Y además que

A todos y/a ninguno
 Mis advertencias tocan;
 El que haga aplicaciones
 Con su pan se lo coma.



-Sí, venga ahora a componerlo todo - dijo la rubia.- Nosotras no debíamos mirarle más la cara, y hacer con usted lo que las muchachas de la esquina.

-¿Qué muchachas?- pregunté.

-Las Mendrugo - contestó Chumbita, que era la otra tiguena, más divina que el sol y más picante que el ají. - ¿Y sabe lo que dicen? que están bravísimas con usted, porque en su artículo se refiere a ellas, pues como no saben bailar todavía; no saben distinguir lo bueno de lo malo, y hacen lo que ven hacer al compañero; y que usted las vió bailando la otra noche y por eso lo escribió todo; pero que ellas se vengarán de usted.

No, nada de eso ha habido. Yo no tengo culpa por haber escrito el artículo, sino ellas por parecerse a lo que yo escribí; y bien se conoce que son culpables, pues si no bailaran deshonestamente, de seguro no se darían por aludidas.

-Y mire, Luisillo- dice aquella muchacha rubia con ojos de cherna, que anda siempre con Charito Mendrugo,- que si fuera hombre le hubiera dado una paliza a usted, para que no se metiera en camisa de once varas, que más cuenta le traían otras cosas que no esas. Y vayan a ver quien habla, aquella albina tan antipática, y que no está contenta sino cuando se halla entre hombres. Y luego tan sometida que es. Todos los días le escribe más de diez cartas a Nicanor Lagartija, y él ni por esas. Hay mujeres tan...

-Vamos, niñas, guarden las tijeras - dijo a la sazón doña Tecla, madre de ella? - No le arranquen la tira del pellejo a esa pobre rubia. ¿Qué mal ha hecho?.

-Sí, mamá, es muy...

Aquí fué interrumpida la graciosa fiscalía por un estrepito que hacia la puerta sentimos.

-¿Qué es eso, señor? - dijo doña Tecla, medio incómoda, medio asustada.

-Nada, mamá - contestó Margarita, que era la rubia; - ese es Pepe, que viene a vernos antes de ir a la Universidad.

-¡Dios nos ampare!, ya tenemos aquí a ese condenado.

Con estas razones dieron lugar a que el señor Pepe llegase a donde estábamos, más alegre que un carnaval y más descarado que una máscara.

-Buenos días, tía, adiós muchachas, ¡hola, mulata!, ¿cómo están todos por acá? ¿Y tío Bonifacio, dónde anda? ¡¡Puff!! ¡Y saben ustedes que hay calor! Digo, y yo tengo que ir pedibus andantibus hasta la Real Universidad Literaria de la Habana, situada en la calle ancha de O'Reilly, esquina a la de Mercaderes, bajos de Santo Domingo. Y no crean ustedes que voy a pie por hacer ejercicio, no, sino porque no tengo más que diez centavos o sean dos reales de vellón, o de otro modo un real sencillo; y un medio es para cigarros y otro para papel, que tengo que escribirle a mi adorada Petrona, o Perica, como la llamo yo. Por cierto que me pidió un sello para escribirle a su padre, y yo me hago el remolón. ¡Digo!, ¡bueno es el niño! En el circo me verán, pero que me cojan, ¿cuándo? No es nada lo del ojo, soltar yo medio fuerte para ella. Vamos, Perica, no arrugues, que no hay quien planche.

-Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar - interrumpió doña Tecla, santiguándose, - ¿hasta cuándo vas a estar hablando, muchacho? Parece que tienes metido el diablo en el cuerpo.

¡Valgate Dios! y que petulante vienes.

-Oye, Tiruña - dijo Pepe, tirándole un pellizco a la rubia, - oye lo que dice tu tía. - Pero como no le contestase, tirole él otro más fuerte aun, como diciendo: - ¡Eh! señora muerta, ¿en qué piensas? ¡En el mocito que paso anoche por aquí tan flaco y tan largo y tan amarillo, que parece un muerto resucitado!

-Vamos estate quieto, Aronguita, dejemos la fiesta en paz dijo la rubia, un tanto resentida del dolor y más quizás por las indirectas respecto del enamorado.

-Oye, tía Tecla, como se pica Margarita la rubia, porque le digo que su novio parece un muerto desenterrado.

-No es por eso, mamá, sino porque me dió un pellizco.

-¿Qué es eso de pellizco? - saltó la tía. - ¡Eh! Don Pepe, nada de juegos de manos con las muchachas, que no porque sean primas...

-Pierda cuidado, señora tía, que será usted desobedecida religiosamente.

-Y dime, cola de diablo, ¿qué haces tú que no te largas para la clase? Mira que son la once y media y a las doce tienes que esta allí.

-¡Oh!, no se apure por eso, tía, yo voy a clase cuando quiero, y paz cristi. Usted ve, hoy no me ponen falla, por lo cual me quedo a comer acá.

-No, señorito, vete a clase y cuando hayas cumplido en el colegio...

-¿Qué colegio, tía? La Universidad.

-Bien, cuando hayas cumplido en la Universidad, ven a comer y a cenar si te da gana.

-¡Oh, señora doña Tecla, usted me confunde, me aniquila, me achicharra, me descuarejinga... ¡Tanta bondad!

-Déjate de retóricas, y coje el tole, que ya es hora.

-Si, me voy, porque temo mucho a los reprobados, suspensos y capotes.

En esto levantóse y fué al primer cuarto, revolvió el tocador, se peinó, descompuso todo lo que había compuesto, y sacando de entre las máquinas femeniles una asaz extraña, por cierto, que usaba Margarita para abultarse el peinado, dos longanizas, como las llamaba Pepe, preparose a salir, despidiéndose con ellas a guisa de bandera.

Pero en mala hora lo viera Margarita.

-Ven acá, Pepe - decía, - dame eso, mira que me lo descomponer todo. Pepe, mis armadores.

Y Pepe seguía impetérrito hacia la puerta, y la rubia pudo atrapar una tranza, y aferrándose a ella, trabose la lucha, y Pepe gritaba, y la perrita ladraba, y sabe Dios lo que de ahí resultado habría si doña Tecla, celosa siempre de su tranquilidad, no pusiera fin al juego, dando a cada uno dos coscorrones y diciendo al sobrino que tuviera a bien tomar el portante.

-Si, eso es, tía - dijo él antes de irse, - usted me echa de su casa; pero no saca nada en limpio, porque hoy vengo a comer, y esta noche voy a presentarle a usted tres estudiantes más malos que Capiroto, como decía mi abuela en sus mejores días.

-Dios te libre de tal cosa; guardate de traer acá a esos pollicos con los bolsillos planchados, y tan amigos de meterse con todo el mundo.

-Pero, ¿qué tienen los estudiantes, mamá? - dijo la prieta del hoyito; - casi todos son de buenas familias, y muy finos, y muchos son poetas y la mayor parte son simpáticos y buenos mozos.

-Si, fíate de las caras bonitas y de los fluses elegantes, que paga el padre; yo no digo que sean despreciables, pero mientras se llaman estudiantes, se les debe zafar el cuerpo como al diablo.

-Pues a mí me gustan los estudiantes.

-Calla, tonta.

-Pues, agur - dijo Pepe, - hasta luego. Miren, muchachas, que les voy a traer los estudiantes de Derecho, y ya verán.

-Sí, atrévete - gruñó doña Tecla, que más tenía a los tres estudiantes que a veinte marineros y soldados; y volviéndose a mí, dijo: -Usted ve, Luisillo, este Pepe es un buen muchacho, y nosotros le queremos mucho, como hijo de una hermana mía que es, pero es el espolón del diablo.

-Sí, señora - le respondí,- bien se ve que es de genio alegre y luego estudiante, que lo dice todo.

Despédime en seguida de aquella familia, prometiéndome en mi interior repetir la visita para contemplar la trigüeña del hoyito, que me había dejado pensativo, y robado mi tranquilidad. Salí de allí, enamorado por una parte, y por otra alegre, pues no fué poca fortuna haber encontrado al primo travieso, que buscaba con mis cinco sentidos.

Cuidad, madres, vuestras hijas; desconfiad de los primos, que son todos aficionados a las primitas, y bajo la salvaguardia del parentesco, pueden dar de sí más de lo regular, y lo que de ello resultare, allá lo veredes.

¡Bienaventurados los padres que no tienen sobrinos, porque ellos verán su casa limpia de zánganos y babosas!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL ADMINISTRADOR DE UN INGENIO

Por José María de Cárdenas y Rodríguez.

No sé quién fué el primer escritor de una fisiología que no versase sobre los fenómenos de la vida, o las funciones del cuerpo humano en su estado de salud; pero sé que por habernos regalado Mr. de Balzac con su nunca bien ponderada Fisiología del matrimonio, llovieron fisiologías con abundancia tal, que fué una calamidad. Diéronnos separadas fisiologías de los caracteres y estados mas opuestos entre sí: - las fisiologías del soltero, del casado y del viudo: las fisiologías del paisano y del militar: las fisiologías del médico y del sepulturero: las fisiologías del acreedor y del dador: las fisiologías del escribano y del hombre de bien. Fué verdaderamente una epidemia fisiológica la que afligió la república literaria; pero pasó como la langosta, esas, y todas las demás fisiologías, comenzando por la del amigo Balzac, cayeron en el profundo abismo donde caen las obras malas, y las obras tontas aunque estén bien escritas.

Y a pesar de tan triste ejemplo, viendo yo sobre mi bufete tan elevado montón de fisiologías, recordé que examinando el Corregio un cuadro de Rafael, exclamó entusiasmado: E io anche sono pittore, y agarró la paleta y el pincel, y fué pintor; por lo cual yo exclamé: E io anche sono fisiologista, y tomé la pluma y me dí a pensar de quien había de ser mi fisiología. En esto ví que bajaba las escaleras uno que había sido administrado de un ingenio, y dije para mi capote: he ahí mi hombre!

Además, tarde o temprano había yo de dedicar alguna cosa a este personaje, y alégrome que sea una fisiología, porque a la verdad es sujeto de humos, y es cosa segura que había de molestarse viéndose bosquejado en un vulgar artículo de costumbres, como cualquiera tipo de menos valor. El señor administrador de un ingenio, quiere que se le distinga en todo, y no ha de ser seguramente un pobre periodista quien pretenda equipararlo con los demás hijos de Adán. Que lo hagan otros.

Capítulo I

El origen de los administradores de ingenios, no es de los que se pierden en la oscuridad de los tiempos. Descubierta la América, y pasados algunos años, sembraron caña en sus islas para elaborar azúcar, y a éstos terrenos así cubiertos de caña, con las casas, máquinas, hornos y demás necesario para dicha elaboración, se llamaron y se llaman ingenios.

Aquí es bueno advertir a los que pisen nuestras playas, y pase por digresión, que cuando oigan decir: Fulano tiene ingenio, no siempre han de creer se trate de ingenio intelectual, pues es mas seguro que sea ingenio terrino, lo de Fulano. Regla general: abundan mas los que tienen el segundo que los que tienen el primero, con todo de no ser muy extraordinario el número de aquellos.

Volvamos al origen de los administradores, que no es sino, el siguiente: - no queriendo el amo del ingenio retirarse a vivir al campo a cuidar de su finca, pone a otro en su lugar para administrarla y adelantarla. Suele administrarla a las mil maravillas; pero tocante a adelantarla, es otro cantar.

Es inútil decir que el amo asigna al administrador un sueldo, y que el administrador se asigna otro igual, con cuya feliz combi

25

nación, son dos los sueldos del señor administrador. El segundo es el mas seguro.

Capítulo II.

El señor administrador de un ingenio no está obligado a ser alto o bajo, gordo o flaco, blanco o trigueño. Todas las estaturas, todas las complexiones, todos los colores, tienen franca la puerta para abrazar esta carrera, que lo es como cualquiera otra. Pero ha de saber leer, escribir y las cuatro reglas de aritmética; aunque ya los he visto yo que ninguna de estas cosas sabian, y no por eso han dejado de salir hombres hechos y derechos de la finca que administraban.

Tampoco las varias profesiones que ejerce el hombre, se oponen a que sea administrador de un ingenio. Así es que vemos abogados, médicos, comerciantes, etc. a la cabeza de estas fincas, en calidad de administradores; pero no lo hacen sin renunciar antes a su primera ocupación: y cuando dejan la una por la otra, ya ellos se saben el porqué. Al militar tampoco está vedado examinar este campo, con tal que sea militar retirado y el motivo es claro.

Ni el ^{de} doble nacimiento desdeña ser administrador de un ingenio, ni la plebeya alcurnia es obstáculo para conseguirlo. Sin embargo, un profundo observador de nuestras costumbres, que piensa dar a la prensa cosas muy buenas, ha notado que los miembros de familias donde hay un título de Castilla, no suelen administrar sino el ingenio de algun cercano pariente; pero está claro que no por eso dejan de ser administradores.

Capítulo III.

Las facultades de un señor administrador son omnímodas. Da y quita empleos, admite dimisiones, llena vacantes, releva de un destino y agracia con otro, toma residencias, confiere honores, juzga, sentencia y administra justicia; sube y baja salarios que paga otro, envía embajadas secretas, se entiende directamente con el refaccionista lo que es muy bueno para los dos; dispone siembras y arranques, rompe la molienda, y la interrumpe o concluye cuando le parece: y en fin, hace todo aquello que hiciera en su lugar el amo, y mucho más.

También puede ocupar en servicio propio a los operarios artesanos de la finca: por ejemplo, el carpintero que a toda prisa tiene que echar una yanta a la carreta, o una puerta al almacén, lo abandona todo porque el señor administrador necesita una mesa para jugar al tresillo, o un cajón para enviar un regalo de cien panecillos de azúcar a una señora del pueblo. Si es casado el señor administrador y su mujer cultiva flores, recibe orden el tejero cuando mas empeñado está por concluir unos cuantos millares de ladrillos, de dejarlo todo de la mano, y proceder a la fabricación de una docena de macetas. Y así con todos los demás.

Puede también comprar aquellos animales que en su concepto hagan falta en el predio y aunque no la hagan; pues como puede comprarlos, dando libranza contra el amo para su pago, está en sus facultades volverlos a vender, presentando luego la cuenta al amo, si este llega a saber la venta.

Capítulo IV.

Cuando va el amo a su finca, es en ella el segundo, cuando no el tercer papel del drama. Verdad es que si sale de la casa



vivienda, y se topa con el mayoral u otro operario, éste se quita el sombrero y le da los buenos días a las buenas tardes, segun la hora del encuentro. Pero si da orden de hacer alguna cosa, será lo mismo que si la diera desde su aposento al Preste Juan de la Abisinia. Mientras el señor administrador no mande, excusado es que lo haga el amo. Al fin este recurre al señor administrador; pero ha de ser a solas, porque nada se le puede advertir en presencia de otro, y él ofrece al amo que se hará lo que desea. Pero no se hace, y esto por una razón muy sencilla: - al señor administrador no le agrada que vea al mayoral que se le ha advertido algo, pues todo ha de salir de su caletre. Y, ¡pobre del mayoral! si el señor administrador considera conveniente cumplir las ordenes del amo: porque se le despide bonitamente, se toma otro, y entonces se pone en planta el proyecto, que atribuye el nuevo mayoral a los conocimientos del señor administrador.

Capítulo V.

Sin contar con las ventajas reales, positivas y materiales que nacen, por decirlo así, del empleo, tiene otras el señor administrador, no despreciables.

Buena cosa es tener ingenio; pero cuesta afanes y dinero: que bien/ya hoy apenas cuesta lo segundo, pues tanto se va aguzando el otro ingenio, que casi se ha encontrado el secreto de sembrar muchísima caña y elaborar azúcar sin gastar media docena de pesos. Pero al cabo, el poseer ingenio da cierta importancia al individuo, aunque esto va también teniendo sus modificaciones. ¿Y no es cosa muy bella gozar de esta importancia sin el trabajo de conquistarla a fuerza de gastos y disgustos? Ya se vé que si... ¿Y quién sino el administrador la goza?.

Cualquiera, pues, que le oye hablar, juraría, a no ser hijo o sobrino del amo del fundo, que éste es suyo. No recuerda la historia un solo ejemplo de que haya dicho un administrador: - "el ingenio tal, que dirijo, hará este año tantas cajas de azúcar". - Nada: el administrador, usando de una figura de retórica como también entre los marinos, que dicen: "andamos diez millas por hora, para significar que el barco las anda, se explica así: - "Yo hago este año tres mil cajas de azúcar" - queriendo dar a entender que el predio las ha de producir; pero quien le oye asegurar que él obtendrá esa zafra, da por sentado que el ingenio le pertenece, aun cuando rebaje de las tres mil cajas, las mil quinientas, o las dos mil. Otras veces dice: - "mi azúcar se venderá este año a un medio mas que la de Fulano", o bien "yo vendo este año a tanto": - El verdadero dueño de la azúcar vende, es cierto, a real menos; pero quien oyó con que impavidez y seriedad dijo el administrador "mi azúcar", sin duda alguna se traga que la azúcar es suya y que él la vende.

Si el amo mete fuerza, como decimos acá, al ingenio, el administrador hablando luego sobre el particular dice: "he metido tantos brazos en la finca", y el cristiano o el pagano que tal oye, lo cree de buena fé, y forma de él un elevado concepto.

Otra de las inapreciables ventajas del señor administrador de un ingenio, es que encuentra quien le preste dinero, con muchísima mas facilidad que el amo mismo del fundo. Por eso es que muy frecuentemente lo busca el amo con la firma del señor administrador.

Capítulo VI.

A la vuelta de algunos años, el señor administrador de un ingenio se retira a la ciudad y da dinero a premio; y de nadie

exige mas seguridades que del dueño del fundo que administró.

O bien en unas caballerías de tierra que al segundo año de su administración compró a corta distancia del ingenio, y que poco a poco fué desmontando con la dotación de éste, empieza las siembras de caña, las fábricas y demás, para el fomento de otro ingenio que podrá llamar suyo con mas verdad que el primero.

O bien titula, y pasea por esas calles de Dios convertido en conde o marqués, siendo entonces una persona inofensiva, bien que a veces algo vana.

O bien se casa, si era soltero; y si la suerte le da hijos, los educa, para que a sus debido tiempo derrochen aquel caudal que con el sudor de su frente logró juntar.

O bien, si se conserva solterón, se le aparecen como bajados del cielo los sobrinos que antes no lo buscaron, y hacen lo que debían los hijos.

O bien hace lo que le da la gana, sin que tenga yo que meterme en ello, toda la vez que ya no es administrador, y que esta fisiología es de administrador.

Conclusión.

En esta, como en todas las demas carreras, el hombre corre segun tiene las piernas. Administradores conozco bajo cuyo gobierno pusiera yo, a tenerlos tres ingenios, y bien sabe Dios si desearía poderlo hacer como lo digo. Lo malo es que no tengo ni tres ni uno pero con decirlo, claro está que solemnemente confieso haber administradores a quienes debe pintarse con otra paleta que la que he usado. Hecha esta protesta, entrego mi artículo al cajista, previa censura.

EL OFICIAL DE CAUSAS

Por Manuel Costales y Govantes.

Plumas, papel, tinta... cuidado que no estamos formulando ninguna cuenta de escritorio, y para evitar interpretaciones, diremos paleta, pincel, colores tenemos aquí a vuestra vista, limpio el lienzo, y la mano bastante diestra por mas que digan para trasladar a él, el personaje que nos proponemos describir.

- ¿Personaje? dijo al momento una voz no desconocida ¿y qué personaje es ese?.

-¿Ese? Ninguno. ¿No ve V. que está el lienzo sin una línea siquiera?.

- Bien, ¿pero qué se propone V. pintar?.

- ¿Pintar?... ¿Yo?...

Si señor; ¿pues no está usted frente al caballete, y en la una mano la paleta y en la otra esos pinceles?...

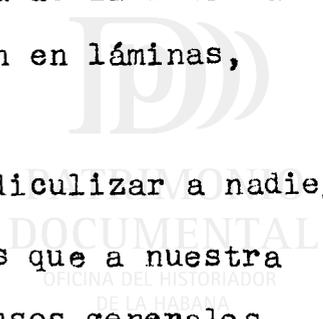
- Vamos... sí, es verdad... V. es uno de los que se introducen en todas partes, y se acercan, y todo lo ven... me ha sorprendido usted en este instante en que solo me creía...

- Cierto, pero... ¿qué diablos vá usted a pintar?.

- Voy a pintar el Oficial de Causas.

- El Oficial de Causas!!!... El Oficial de Causas!!!... Sobre que se han propuesto ustedes no dejar clase alguna de la sociedad que no saquen a plaza, y ridiculicen, y las pinten en láminas, y en artículos y...

- Está usted muy equivocado. No pretendemos ridiculizar a nadie. Describir costumbres, bosquejar algunos personajes que a nuestra sociedad pertenecen, no dañar a nadie, hablar de usos generales,



atacar los que sean desacertados y torpes, dar colorido local a esos cuadros, formar un cuerpo de obra cuyas páginas den conocimiento sino exacto, aproximado por lo menos del modo de ser entre nosotros, y de la influencia que en nuestros hábitos ejercen las numerosas clases que nos rodean, tal es nuestro propósito, santo, laudable, fruto de la observación y del estudio; y nadie avanzará hasta el extremo de combatir esas descripciones que con aplauso de los amantes de la literatura publicamos.

- "Sí, pero,... ya usted ve... que...

- Nada, nada vemos ahora. El Oficial de Causas es el único objeto que ante nuestros ojos ^{se} presenta, y hemos de pintarle con todos sus pelos y señales... ¡Oh tú Joaquinito cómo habías de escaparte de nuestras pinceladas, habiendo para ellas abundantes tintes y colores, siendo tu fisonomía tan pronunciada entre las faces sociales, y teniendo aquí este lienzo que muy pronto será un espejo en que verás tu imagen completísima... y tú impetérrito acuchillado cuyo nombre solo, es cifra de mil campañas que denodado has sabido vencer en concursos, testamentarias, intestados, ejecuciones, filiación, servicio, y toda la falange de procesos en que intervienes.... y tú intrépido y locuaz.. y tú el de la risita fingida... y tú el eterno embrollador que haces dormir los expedientes a tu placer...

- "ya usted falta a los deberes del escritor de costumbres, ya usted hace aluciones, ya usted personifica... y ese es un ataque...

- No personificamos camarada, de nadie hablamos, a nadie aludimos, hacemos observaciones y nada más: acopiamos, datos, unimos particularidades y si de todas podemos formar el personaje que hemos de pintar para que en él se vean como en el foco de un lente,

las costumbres generales que sin ofender a nadie describimos, entonces y solo entonces pintamos, y ni remotamente se nos ocurre lastimar en lo mas mínimo a esa clase laboriosa, honrada, dedicada con la mayor constancia al trabajo, a la cual apreciamos y queremos por sus virtudes, exceptuando a los que hacen entierros de cruz baja, o cobran al agente una firma dos veces, o no están a sus horas en el oficio, y nos persuadimos que ni una queja siquiera recibiremos pues a nadie habremos aludido, ni de nadie habremos hablado.

- Pues yo creo que usted hace mal mal, muy mal...

- Pues si hacemos mal, déjenos usted en nuestra ocupación...

- Pues me iré inmediatamente...

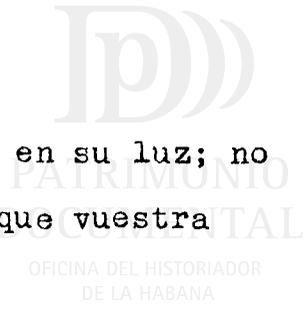
- Pues hágalo V. en feliz hora, y no vuelva a quitarnos el tiempo, ni a levantarnos polémicas, ni a contradecirnos, ni a distraernos.

- En hora buena, y hasta nunca, ¿eh?

Esto dijimos; fuese el majadero, y cerrando la puerta y picándonos ya la mano nos sentamos frente a frente del lienzo; arreglamos colores, bosquejamos la figura, y con sombras mas o menos fuertes, mas o menos suaves nos dedicamos a la obra, inspirados por la memoria, y sostenidos por la imaginación por esa potencia creadora, viva, palpitante, hermosa, que al fresco ofrece a nuestra vista, cuando ella vió en pasadas horas, y aun en remotos climas, hiriendo nuestros sentidos cual si recibiendo estuviesen las impresiones que nos conmovieron.

Y largo silencio pasó y largo espacio empleamos:

Ved pues el cuadro. Colocaos de manera que esté en su luz; no confundais las sombras, ni veais las negras tintes que vuestra



indiscreción, vuestra malignidad, o vuestra ligereza pretenda advertir, sino lo que hemos pintado, y nada mas. Aquí, mas cerca, no tanto, desviaos a la izquierda... eso es... miradlo ahora.

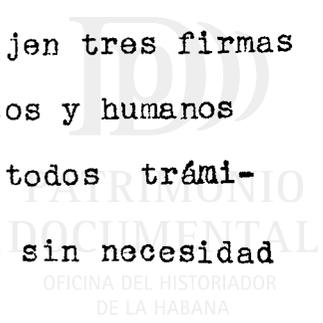
Ese hombre que atraviesa diariamente las calles de la ciudad, que entra y sale en algunas casas, que sube y baja escaleras; para volverlas a subir y bajar el siguiente día, que detrás o junto a él lleva a otro mas joven cargado de papeles que apenas puede debajo del brazo contener, es un Oficial de Causas, y el otro su escribiente, o ayudante que es lo mismo para el caso: este es parte integrante de aquel, y dice que solo por eso se trae a colación, que juste es, segun cierto principio, y salvas sean las excepciones, que lo accesorio siga lá naturaleza de lo principal.

El Oficial de Causas, ese joven que a las nueve de la mañana entra en una escribanía, que suelta sombrero y bastón, que abre con una pequeña llave el escaparate-de cedro a su espalda, colocado, que se sienta delante de su mesa y se posesiona de ella, que vá colocando proceso, arreglando escritos, dictando oficios, extendiendo algunas notificaciones del día anterior, que apenas se ocupa de los objetos ni de las personas que le rodean, seguro de que se acercarán a él, los que de él necesitan; ese joven que con rostro sereno mira impassible a los demás, que alguna vez se sonrie pero solo con los labios; que otras manifiesta aspereza o resignación, que tan pronto ojea un proceso desde la primera hasta la última página como pensativo se detiene en algunos lugares de la actuación; este individuo finalmente que tanto lugar ofrece a la observación en sus anomalías y contrastes, es una persona poderosa e influente en la tranquilidad de las familias por lo mismo que en sus manos tiene sus bienes e intereses, su reputación y honra, que ambas cosas dependen muchas veces de la suerte que corren los

litigios.

Hemos dicho que el Oficial de Causas es persona poderosa e influyente, y no nos faltará ocasión alguna de demostrarlos. A las diez de la mañana, ha recogido ya infinitos escritos, tiene casi redondeada la audiencia del día anterior, salvo algunas intimaciones que aunque le faltan pronto llenará: arregla sus papeles, coge sus procesos, distribuye el trabajo con su escribiente, toma una pluma mal cortada por lo regular, se disponena ir a casa de los Tenientes, (esta era la expresión cuando los había) manda al ayudante a la de los asesores particulares, (también han desaparecido como nubes que lleva el huracán), pone en la pestaña de los escritos asesor Flores y Alcalde 1º, asesor Piedra y Alcalde 2º. etc. etc. entrega las firmas con cuenta y razón de las insolventes y de oficio y bien espera algun otro escrito que le interesa, o se va por su lado a despachar.

Al momento queda desierta la mesa, eternamente acompañada de una carpeta con mas cortadas que agujeros, un gran tintero cerca de su esquina atravesado por mas señas con un clavo que lo fija en aquella para evitar sin duda que en la salvadera lo equivoquen, a pesar de estar casi proscripto su uso y ventajosamente reemplazado por el mismo paño que cogido de un canto arroja sobre lo escrito la arenilla que pródigas manos derramaron sobre él. - Esto mismo sucede en todas las escribanías, hora muerta para el oficial de causas, pero viva, vivísima para el oficial de cuaderno que ve agruparse alrededor suyo infinitos vendedores, poderdantes, prestamistas, y usureros, no de esos que exigen tres firmas y cuanto saben sus víctimas, sino otros mas piadosos y humanos que al descuento y con hipoteca y con renuncia de todos trámites y pregones fijan el precio a la finca para que sin necesidad



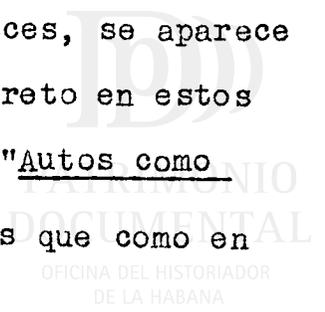
y con la simple presentación del testimonio se proceda a su inmediato remate; y todos queriendo ser los primeros, que este es achaque frecuente en hombres de negocios, aunque no tengan mas que uno.

Y el Cartulario entre tanto impávido, sereno recoge certificaciones de pago, y averigua y pregunta si se satisfizo la hipoteca, si la alcabala está corriente, de quien hubo la finca el vendedor, si es casado, si tiene entredichos, si es menor, si su curador interviene, y mil y mil preguntas que dejan atónito al que por vez primera se acerca a ese lugar. Y luego muy serio, y sin mirar a los otorgantes, coge el cuaderno, y con una rapidez de vapor lee el extenso documento que acaba de escribir que tantas y tantas cosas contiene, y alarga la mano, y da la pluma, y los contratantes, que quedaron tan instruidos de lo que oyeron, como nosotros de lo que pasa ahora en Pekín, se sientan, y firman, y pagan los derechos, o no los pagan, y complacidos se van. Pero de esto en otra ocasión, que nos distraemos del punto principal, y el oficial de cuadernos será objeto de otro artículo que aplazamos para cuando tengamos tiempo, espacio, y sobre todo voluntad que es la única que domina en las altas regiones de la inteligencia.

Entra y sale el Oficial de Causas en el estudio de los asesores, entraba debemos escribir, que ya esto pertenece a la parte histórica de nuestro foro, y segun el interés que tiene por el pleito asi insta por el despacho: toma cualquier periódico, lee y espera o pronto se retira diciendo:

- "Licenciado, mañana despacharemos".

Y cuando ha repetido esta frase tres o cuatro veces, se aparece de súbito con un escrito de apremio, y en él un decreto en estos términos: "ocurra el escribano a primera audiencia" "Autos como están pedidos". Se entiende en el despacho; decretos que como en



nada perjudican, según dice el oficial, salvan de una molestia al abogado, porque de momento le libertan del despacho, y para esto se escoge precisamente la hora en que está mas entregado a su bufete. Amistoso y familiar, de todo habla, de todo pregunta, en todo entiende, salvas sean las excepciones, que de todo hay en la viña del Señor, y ustedes saben muy bien (hablamos con los oficiales) que estas son verdades y que nada suponemos, y que es bueno ^{el} callar, rie y se chancea, da su opinión sin pedírsela, pide prestado algunos libros, máxime si están en verso y sino que lo diga Pepé, se aplaza para la opera, o para el drama de la noche, se embulla para los toros, y cuenta cuanto en esos espectáculos ha pasado, haciendo extensivas sus palabras a empresas y conquistas amatorias al que siempre ha salido triunfante, amen de los bailes y gallos de temporadas ^a que nunca falta y que le dan ocasión para divertirse y entretenerse.

Hoy han variado las cosas de una manera notable: hoy el Oficial de causas ha perdido mucho y ganado tambien mas. Ha perdido entre mil cosas, que no todas son para escritas, la propina de los asesores, letrados calificadores, comisionados para remates, pruebas, declaraciones, etc. Ha ganado limitando sus diligencias a puntos determinados, no teniendo que ir a tantos y tan distintos estudios, de tantos y tan diversos asesores, ques adscritas las escribanías al despacho de un Alcalde mayor, a este juzgado y nada mas atiende el oficial de causas que acudir y aquí lo hace todo; provee, falla, sentencia que no es poca cosa que digamos cuando antes tenía que acudir a tan distintos y encontrados lugares.

A las doce o poco mas, ya está de vuelta en la escribanía; ya espera la audiencia que mandó firmar, ya tiene atestada la mesa de procesos, ya vienen los litigantes y agentes y procuradores, y sen-

tándose unos, acercándose otros, tomando la pluma o abriendo el cuaderno de providencias todos hablan y preguntan, y tosen, y fuman, y accionan, y se desesperan, y cogen, y sueltan el proceso; y él impávido, en medio del huracán a todos contesta, a todos habla, a todos satisface. Y extiende una notificación, y pone una nota, y dicta una orden, y folia un proceso, y coge otro, y pone en continuo ejercicio su incesante y prodigiosa actividad.

-¿Qué hay en la Castro? grita un imberbe escribiente.

-Autos, responde el oficial.

-¿Qué hay en el intestado de Recio?

-No han despachado.

-¿Qué hay en el concurso de Taravilla?

-¿Han venido las resultas de la Órden?

-¿Ya contestó esa gente el traslado?

-¿Cuándo pagan la asesoría?

-¿Está suelto el apremio?

-¿Ya se puso el testimonio?

-¿Evacuaron el reconocimiento?

-¿Firmó el Alcalde?

-¿Se aprobó el acuerdo?

-¿Ratificaron el escrito?

-¿Vinieron los testigos?

Y mil y mil preguntas en mil distintos procesos; y él respondiendo siempre bien, o mal, con verdad o sin ella, satisfaciendo a unos, desesperando a otros alegrando a muchos, entristeciendo a esotros con estas palabras casi siempre las mismas, y que cada cual pesca y las escribe en su cuaderno.

Traslado - Autos - No han despachado...

- Está en la firma...
- El asesor enfermo...
- No han dado para el papel...
- El ministro no ha dado cuenta...
- Lo tiene el escribano para notificar...
- No han venido las ratificaciones...
- Entréguense...
- Estése a lo provehido...
- Cúmplase lo mandado...
- Se oye en un solo efecto...

Y otras cosas parecidas que en sí envuelven los temores, la esperanza, los cálculos, el gozo, la incertidumbre, el anhelar continuo de los que tienen la desgracia de litigar.

El Oficial de Causas, ese hombre que veís siempre afanado detrás de la mesa, entre escritos y procesos, es todo, o nada. Imparcial, a nadie se inclina, la misma actividad para unos que para otros, no revela el secreto de la prueba, no intriga en el remate, no influye con los peritos, no violenta los términos, no extiende notificación que no ha hecho, no dice el embargo decretado antes que se ejecute, no habla del asesor, no compele a los agentes para que se instruyan en víspera de dos o tres días feriados, no da copia de interrogatorios, ni de repreguntas, — es igual para todos.

Interesado en la causa, es todo lo contrario; a solas se goza de su minador influjo, y si algo le decis, se pondrá tan pequeño, que en una palabra os dirá "que es un triste oficial o mancebo de escribanía, que él no provee, que nada puede, y que no hace mas que cumplir con sus gravosas obligaciones".

Pero cuando despliega toda su actividad, cuando se multiplica hasta lo infinito, cuando está en todas partes, cuando no tiene hora segura en el oficio, cuando todo lo desatiende es cuando se trata del pago de costas, ¡Oh! entonces es prodigioso, entonces todo lo allana, todo lo facilita, todo lo remueve, todo lo anda y nada se queda que no venza y alcance su infatigable laboriosidad. ¡Oh! si le apurais, en un día, en una hora, redondea el expediente, lo pasa al tasador, embarga bienes, busca postor si de remate se trata, cobra, percibe, reparte el dinero no en pos de la cuarta, sino en pos de la propina que le dan abogados, procuradores, peritos, etc. etc.

Verdad es que todos se resisten al tiempo de liquidar, que hay clientes que vienen al estudio del abogado, (algunos nos están leyendo) por la mañana, al mediodía, de tarde, de noche, a todas horas; que allí leen los periódicos, fuman, tertulian, hablan, tosen, oyen y ven para hablar en otras partes acaso lo que ni vieron ni oyeron, halagan y aun adulan a su defensor, le exponen sus temores, adquieren ánimo, se llenan de esperanzas, y todo está muy bien, pero llega el momento de las costas, el pleito se tranzó; aquí de la astucia, de la malicia y de cuanto agregarse quiera. El cliente ya no es cliente, ya cesaron sus zozobras, ya se desvanecieron sus inquietudes, ya no ha menester del abogado, ya tiene en su poder el dinero que nunca viera en tanta porción reunido, ya manejó según la expresión del Oficial de Causas, y no vuelve, y todo lo olvida y le parecen altos, excesivos, escandalosos los honorarios, inmensas las costas y habla y murmura y pronuncia desatinas y afecta enojos, y quiere con ridícula hipocresía encubrir su punible comportamiento, y el Oficial de Causas, aguerrido, experimentado, instruído en la ciencia de Labater, no

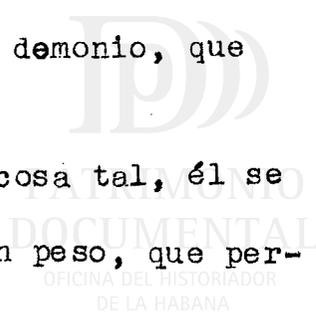
le sorprende saber lo que ya vió su ojo perspicaz en el rostro del cliente agradecido.

Otros se hacen insolventes a pesar de pesares, o llevan mil recibos otras tantas sangrías que disminuyen la exhibición y que el oficial sufre con necesaria resignación. Verdad es que no siempre sucede esto, y que él tiene a veces mas que todos, porque de todos tiene, y de la parte de todos hace la suya.

El Oficial de Causas se pinta solo para un entierro de cruz baja, solemnidad silenciosa en que desempeña a las mil maravillas el principal papel, y lo vais a deducir con solo este antecedente. Cuando veais dormir un proceso; cuando nadie pregunte por él, cuando el procurador contrario no apremia, ni el agente se acuerda tampoco para nada, bien podeis exclamar ¡in profundis! Aquí hubo entierro de cruz baja, y sepultaron con el proceso, al abogado, al procurador, a los agentes, tasadores, ministros, al escribano mismo. Verdad es que suele ser enterrado también el Oficial pero no es lo frecuente, ni tratamos tampoco de escribir sino de aquellas escenas en que en primer término campea el personaje que pintamos. Muchos enemigos, y muy ventajosos e irresistibles tiene el Oficial de Causas. Abre la marcha el litigante insolvente, cáncer que devora, vívora que muerde, Jagúey que se adhiere y se abraza y seca y aniquila y mata, y todo lo quiere en el acto, al momento, con preferencia exclusiva.

Las causas criminales, que le acosan, y le abruma, y le hacen ir continuamente a la cárcel, y suplir papel y gastar en carruaje, y hacer el extracto y el parte quincenal y el demonio, que a tal llega a veces su justísima desesperación.

Se se le ocurre rematar una casita, siervo, o cosa tal, él se arbitra, y busca y halla medios aunque no tenga un peso, que per-



41

sonas de mas tener rematan y no pagan y con los plazos se quedan. Todo lo que el Oficial hace entonces, a todo lo que aspira y aquí prueba su honradez, es a que el defensor, y el procurador y el perito le rebajen algo de su partida, pero siempre exhibe el contado y cuanto a su nombre ofreció el intrépido testafierro que como postor se presentará en la subasta.

Es el Oficial de Causas alma del escribano, y sino dirigir la vista hacia aquella mesa sobre la cual se levantan tantos concursos, intestados, testamentarias, pleitos ejecutivos, ordinarios y criminales que afanoso y a la vez autoriza, y en los cuales imposible ~~le~~ sería intervenir sino fuera por su órgano, que a la misma hora, y el mismo día lo hace aparecer en una junta de acreedores, en un auto de proceder, en un reconocimiento, en unos descargos, o en otras tales diligencias que diariamente ocurren en el cúmulo de negocios que cursan en la escribanía.

En medio de tantos afanes, de tanta constancia, de tan asíduos y penosos trabajos, ¿cuál es la suerte, el porvenir del Oficial de causas? Triste es por cierto manifestarlo. Algunos logran después de mil dificultades ascender a Escribanos reales, y decimos mil dificultades porque, como es bien sabido, el fiat es una roca inaccesible porque hay un número determinado que componen el colegio; porque es necesario una vacante, y esta ni siempre ocurre, ni hay uno solo que a ella aspire. Así pues, el que casi un niño entró en la escribanía, el que en ella vió pasar los mejores años de su juventud, llega a la vejez, pobre, quizás desamparado, cuando una familia le demanda educación y subsistencia; y reproduce a la contemplación de todos el ejemplo de aquellos militares aguerridos que envejecen sin ascenso, y que cargados de

años y de trabajos tienen solo la memoria de las numerosas campañas en que se batieron.

Un hecho notable que está al alcance de todos y que se hace advertir entre el laberinto infernal de oficios, órdenes, embarcos, remates, entredichos, pruebas y declaraciones, entre las exigencias mismas de las partes, de los cálculos del interés, del egoísmo, de las pasiones todas que desenfrenadas buscan pábulo e incremento en las contiendas judiciales, demuestran la integridad del Oficial de Causas, de ese individuo que continuamente se afana , que continuamente trabaja sin hallar acaso recompensa a sus fatigas.

Cursan en nuestros tribunales una infinidad de pleitos de la mayor consideración e importancia, en los cuales se reclaman cuantiosas sumas de pesos, jamás que sepamos se ha arrancado un pagaré, ni documento alguno de los procesos, jamás se le ha perseguido por su extravío, y cuenta que en esos documentos está la honra del hombre y la paz de las familias, y la riqueza y bienestar de que gozan, que los autos se entregan al asesor sin recibo, y sin recibo se recogen; que mil manos hojean aquel proceso confiado exclusivamente a las manos del oficial de causas, a quien no sonrien por cierto los halagos de la fortuna. Justicia pues a su reconocida honradez, a su constante laboriosidad, a su integro comportamiento!

EL CALESERO PARTICULAR

Por Ildefonso Estrada y Zenea.

De María Francisca Gangá, la lavandera, y de Juan Mandinga el cocinero, nació José Criollo.

Sacáronle de pila, Ña Tomasa, mulata cincuentona que enseñó a rezar a María Francisca, cuando la trajeron bozal del barracón y Martin, antiguo carretero del ingenio, que había venido al pueblo a curarse de una llaga que se le formó en un pié de resultas de haberse caído de la carreta una noche de agua bajando por la loma de Belismélis.

Quedó Cristiano José y Ña Tomasa, cumpliendo con las obligaciones del parentesco espiritual que había contraído con María Francisca, regaló a su comadre para el ahijado, un cuartillito de plata, un colmillo de perro, engastado en oro, una cuenta de azabache y una pulsera de coral, todo para ponerselo en la muñeca al negrito y librarlo del mal de ojo.

Creció José Criollo al par de los niños de la casa quienes con él compartían siempre sus dulces y golosinas, siendo el heredero natural de la ropa y de los zapatos viejos de sus amitos y ya jugaba con ellos a los mates, al trompo y a los papelotes, en cuyos juegos era diestrísimo, pues los había practicado mucho con los demas negritos en la calle; cuando la señora, advirtiéndolo que ya José criollo tenía 10 años, dispuso que le hicieran una librea y le comprasen un sombrero de felpa con galón, para que le llevase la alfombra y la silla a la Iglesia; pues ya estaba propio para paje.

Satisfactoriamente desempeñó José Criollo su oficio durante

cuatro años y digo satisfactoriamente, porque sabía colocar la alfombra en el mejor lugar frente al altar en que se decía la misa y oía aquella con devoción signándose y santiguándose en los debidos casos; colocándose respetuosamente detrás de la señora; poniendo su sombrero en una esquina de la alfombra y enrollando aquella convenientemente concluida la misa. José había crecido mucho; la librea ya le estaba chica, pues las mangas casi le quedaban por el codo y era preciso que aprendiese a calesero para reemplazar a Dionisio, que ya estaba viejo y achacoso.

José demostraba mucha afición al oficio, pues ayudaba a lavar el carruaje, a empujarlo por detrás para que pudiese entrar en el zaguán con facilidad pues la subida desde la calle, a causa de la altura del sardinel era penosa, por lo que se habían hecho unas cuñas, que José era quien cuidaba de poner y quitar; ayudaba además a enganchar las barras del quitrín y limpiaba los arreos y aun las botas de Dionisio, rabiando por ponerselas.

Mandó la señora a buscar a Ñó Bernardo, calesero jubilado y maestro libre, que se dedicaba a la enseñanza de su oficio, en que fué sumamente hábil y de cuya larga práctica daban cuenta sus piernas, en forma de arco, a fuerza de haber estado siempre a caballo.

Tres onzas de oro costaba la enseñanza.

Duraba aquella tres meses, y cumplido este plazo, el que había salido paje, entraba por las puertas calesero, en posesión plena del oficio, con todas sus artes y sus mañas, como si dijéramos, con todas sus virtudes; pero también con todos los vicios de que había tenido un profesor en cada compañero.

La manera de proceder a aquella enseñanza que constituía una industria que ya desapareció y que a la vez ofrecía un cuadro el

45

más característico de las costumbres de una época que también pasó, merece que le consagremos unas cuantas líneas.

El cuadro era el siguiente:

En un juego viejo de un quitrín que Ñó Bernardo se había proporcionado y sobre cuyas barras hizo colocar unas tablas, estableció su cátedra.

Seis u ocho aprendices iban sentados con él sobre aquellas tablas.

Detrás seguían a caballo otros tantos, ejercitándose en montar y en manejar las riendas.

El que iba montado en el caballo que tiraba del juego y que además de las riendas cortas que manejaba obedecía a las sogas que gobernaba Ñó Bernardo servía de monitor.

Los demás aprendices oían y veían.

Vestía Ñó Bernardo pantalón y camisa de listado de hilo de cuadros azules; sombrero de empleita, con alas gigantescas, que servían de quitasol, y en la mano llevaba el cuero. Así se llamaba con toda la brevedad que le daba la significación gráfica de su uso, un garrote de naranjo con pajuela y mecha de lengua de vaca: como en términos locales y del oficio se llamaba al tejido o trenza de cuero de que se componía la parte cantante del instrumento de sacar candela.

Era el tal el que hacía segundo en el duo que por las calles entonaba Ñó Bernardo, dirigiéndose al aprendiz, ya para que pegase los codos al cuerpo; ya para que voltease las puntas de los piés para afuera; ya para que no llevase la cabeza embutida en el pescuezo; ya para que tomase bien la vuelta en las esquinas; ya para que no tropezase con ningún otro carruaje; ya en fin, para indicarle, todas y cada una de las reglas del arte de que José no era po-

sible se olvidase nunca; porque tras la voz preventiva de negrito! y la ejecutiva de que se trababa, venía el latigazo, que partía por la cintura al infeliz que sentaba sobre la silla, no tenía otro medio de defensa, ni otro consuelo que echarse para atrás.

Porque hay que advertir, que en los tiempos del cuero, quien con más rigor le aplicaba era la gente de color; por aquello de que no hay peor cuña que la del mismo palo y era mejor tener por amo al demonio que a uno de su misma clase.

Debo hacer constar sin embargo; que en Cuba nunca un negro tuvo a otro por su esclavo; pero el sueño dorado de toda negra carabali, vendedora de carne, era juntar para comprar otra que le llevase el tablero, y ¡ay de esas infelices! Algunas quedan todavía que pueden responder por nosotros.

Sigamos con Ñó Bernardo.

Sentado en la parte delantera del juego, guiando los cordones del caballo que montaba el negrito, con los seis o siete mas que le acompañaban y seguido de los cuatro o seis jinetes que iban practicando; despues de recorrer aquella caravana todas las calzadas, entraba por las mas estrechas calles de La Habana para que los negritos se acostumbrasen a dirigir por ellas el quitrín, sin montar la rueda por el sardinel y salir de los más estrechos lances, sin tropezar, ni estropear a nadie.

Una vez que todo esto sabía hacer el calesero, primero con un caballo y despues con dos, Ñó Bernardo venía a entregarlo ya maestro ya percibir sus tres onzas y un escudito que como gavela y por lo mucho que se había interesado en la enseñanza del negrito arrancaba además a la niña.

Hecho José un perfecto calesero, se le mandaban hacer las botas, y la librea; se le compraba su sombrero de felpa con galón para

los días de fiesta; uno de jipijapa para el diario; su capote de barragán para el tiempo de aguas, y de frío y héteme, ya a José en el ejercicio de sus funciones, que procuraremos detallar.

El calesero además de saber montar en silla y en pelo y de guiar el carruaje, sin tropezar, ni aun en el más enredado laberinto de quitrines, coches, carretas y carretones, que era el espectáculo diario de las calles de La Habana; tenía también que saber forrar el eje y dar sebo a las ruedas; limpiar los arrees, así en su parte de cuero como de plata; lavar el quitrín y dar lustre al fuelle; colocar los sotrozos y otros actos indispensables, como recoger el tapacete, tuzar los caballos, trenzarles la cola, etc.; para lo cual tenía que estar provisto de los avios necesarios tales como esponja, sebo, grasa y gamuza para el quitrín, humo de pez, naranjas agrias y escobillas para limpiar los arrees, cascarilla o blanco de España, para la plata, una tina pequeña y un gato para levantar las ruedas.

El calesero tenía también que saber tocar el tiple y bailar el zapateo, y sobre todo chiflar. ¿Cómo podía concebirse un calesero sin estas habilidades, cuando eran ellas las que le recomendaban con las negritas de la casa?.

El chiflar era tan propio del calesero que llegó a constituir un refrán. "Chifla como un calesero," se decía de todo el que tenía esa costumbre.

El calesero, además de chiflar todas las danzas y canciones conocidas y de moda, lo que hacía de un modo particular, o sea formando un doble chiflido, chiflaba también para llamar a sus amigos y a las negritas de la vecindad, para cada una de las cuales tenía su chiflido particular, así como el que le servía para llamar

a los que iban ya a gran distancia y que producía colocándose en la boca el dedo índice y el meñique, para producir un silbido penetrante, que era capaz de dejar sordo a cualquiera.

Digamos ahora como vestía el calesero de casa particular.

Unas pantuflas amarillas con punteras de charol, hechas por él mismo; porque José criollo además de calesero era zapatero; este calzado daba principio a su traje de casa, que se componía de un -pantalón de listado de hilo de cuadritos punzó, ceñido a la cintura y caderas, y de campana. El pantalón se sujetaba a la cintura con una hebilla grande de plata, figurando un águila de dos cabezas con piedras verdes y coloradas.

El pantalón recogido hasta media pierna para que por debajo saliese el blanco calzoncillo con dientes de carabalí.

Camisa de crea de hilo, con tres botones de oro, sujetos por una cadenilla y en el hojal del cuello, además, una cintita negra, a guisa de corbata.

Entreabierta la camisa dejaba ver un pañito de pecho, bordado con randas, obra de la costurera de la casa quien un día Jose criollo pegó con la punta de la cuarta, como diciéndole yo soy tu amo, o con más propia y adecuada expresión, como si hubiera dicho: tú eres mía; servidumbre a que la costurera pareció someterse sin esfuerzo, supuesto que desde el día que le pegó aquel cuartazo, se resignó a obedecerle sin contradicción.

En la oreja izquierda llevaba una argollita de oro en forma de media luna, de que pendía un corazón sujeto por una cadenita y en uno de los dedos de las manos llevaba varias sortijas con piedras de colores, señal de sus conquistas; testimonios de sus simpatías con las negritas de la vecindad y causa de continuas riñas entre

él y la costurera que no se conformaba con la volubilidad de José.

Un pañuelo de seda colocado en la cintura y cuyas puntas salían en forma de bandera por debajo de la hebilla; otro al cuello amarrado por las puntas y un sombrero fino de yarey, a cuyas alas daba una forma particular, completaban el traje del calesero mientras que se ocupaba en sus faenas domésticas.

El traje para montar era el siguiente:

Zapatos de becerro, con chapa o hebillas de oro.

Bota de campana alta con adornos de plata, sujetas a la panto-
rrilla con hebillas y pasadores de aquel metal. Espuelas de lo
mismo, con grandes estrellas.

La librea de la casa en forma de chaqueta redonda, con franja
o galoneada.

Chaleco. Un pañuelo de seda en cada uno de los bolsillos de la
chaqueta, colocados de manera que colgase sus puntas.

Pantalón de dril blanco, por dentro de la bota.

Sombrero de jipijapa con cinta negra, cuyas puntas caían por
detrás. Corbata negra.

En la mano una cuarta delgada con puño y abrazaderas de plata.

Para el tiempo de lluvia capote de barragán atado a la cintura,
o chaquetón.

Para ir al campo, en lugar de la librea, chaqueta de dril crudo
con vivos de paño; sombrero de jipijapa de alas tendidas y a la
cintura el machete de concha de plata para defender a su amo.

En el cajón del quitrín llevaba siempre el calesero, sogas para
amarrar el caballo, y presintas de cuero, clavos y puntillas por
si se rompía alguna barra.

También llevaba el melancólico tiple en que tocaba el zapateo
y el punto cubano y a cuyo son bailaban los demás caleseros reuni-

dos en una misma cuadra, mientras sus amos permanecían de visita.

Las espuelas prestaban vida al compás; la cuarta hacía de hata; nunca faltaba uno que golpeando en la caja del tiple, contribuyese a aumentar la viveza del tango y las entusiastas voces de los caleseros y el íntimo goce que a sus almas llevaban aquellos cantos y aquel baile, nos hacían presumir que eran felices, en medio de su propia desgracia.

Pero todo pasó, y habiendo desaparecido el quitrín desapareció también el calesero; a quien ha sustituido el cochero, raza cruzada, verdadero injerto que no constituye tipo y que carece de gracia y originalidad.

Dijimos que el calesero al tiempo de su aprendizaje adquiría toda clase de conocimientos de las artes y mañas propias del oficio. Vaya una prueba en el siguiente detalle.

Era obligación del calesero llevar a bañar los caballos por la mañana temprano y a la vez botar la basura o el estiércol, para lo que tenía un serón.

Una mañana que, contra mi costumbre, en lugar de entrar en mi despacho me quedé sentado en el comedor, donde por cierto no pensaba mi calesero que me hallaría, salía aquel a bañar los caballos, llevando uno de diestro y atado a la cola de éste el otro, que llevaba el serón con la basura.

Pareciome ser excesivo el peso que llevaba el animal y sorprendíame además que tanto pesase la basura y maquinalmente me acerqué al caballo para examinar la carga.

El calesero, vivo como él solo, trató de interponerse entre el caballo y yo, diciéndome:

¡Cuidado, niño, que se va su mercé a manchar.

11

Pero cuando esto decía, ya me había yo apoderado de uno de los picos del serón y probado levantarlo para tomarle el peso. Aquel era excesivo para ser solo basura, y picada mi curiosidad, díjele al calesero que volviese a entrar los caballos al patio, a lo que trataba de resistirse, objetando primero que los ~~caballos~~ caballos no podían dar la vuelta allí y que la basura iba a derramarse y a apestar el comedor y después, que ya se le hacía tarde y que el herrador le había dicho que le llevara temprano los caballos para poder herrarlos y sacar la jaba al de la monta.

Insistí, sin embargo, y el calesero hecho un mar de confusiones no sabía ya que objeción hacer para evadir la entrada de los caballos, temeroso del reconocimiento que sospechaba iba ^{yo} a practicar, cuando me dijo: ¡Ah, mi amo, se me olvidaba decir a su merced, que el calesero del niño Perico me dijo que su merced le mandara una hanega de maíz porque ya se le acabó el que trajeron del Ingenio y que cuando le vuelvan a traer se la repondrá a su merced, y ahí le llevo yo la anega, por eso le parecía a su merced que el serón pesaba tanto, ¡Mire V. que caso!

Bien, le dije yo, pero ¿quién te dió la llave de la caja del maíz?;

¿Qué quien me dió la llave? ¡Ah! ¿Qué quien me dió la llave dice su merced? ¡Muy cierto! Mire V. que caso!...

(El calesero con todas estas reticencias iba ganando tiempos para discurrir las respuestas).

¡La llave! ¡La llave! No me la dió nadie.

¡Como nadie! dije yo.

Nadie... porque la caja estaba abierta.

Llamé entonces al portero, que era el encargado de la caja del maíz, y resultó de la averiguación hecha que el calesero tenía una



52

llave falsa para abrir el candado y que con ella sacaba por la ma-
drugada el maíz de que llenaba el serón y que cubría despues con
el estiércol, llevándose a vender a un bodeguero, su amigo, que
vivía cerca de los baños, y que sin escrúpulo aceptaba aquella mer-
cancia que el calesero le vendía a precio tal, que él solo era bas-
tante para manifestar su procedencia, caso de que el bodeguero la
hubiese ignorado.

Esta era una de las muchas artes y mañas del calesero, que en
mas de una ocasión despojó el mismo los arreos de su plata y que
llevó su osadía a veces hasta cortar la correa de los estribos y
presentarlas al amo muy compungido diciendo: que mientras entró
un momento en la bodega a tomar... agua, algún sinvergüenza le ha-
bía hecho aquella maldad para que lo castigaran!

De esta clase de episodios ¡la mar! y el bodeguero casi siempre
cómplice irresponsable.

1880.

COMO ESCRIBEN ALGUNAS MUJERES

Por Francisco de Paula Gelabert.

Por regla general, a las mujeres les cuesta mucho trabajo escribir, y pasan más de un tropico, cuando se hallan con la pluma en la mano. ¡Cuánto papel gastan, para escribir una sola carta! ¡Cómo se equivocan, cómo se llenan de tinta los dedos, la ropa, y, a veces, hasta la cara!...

No aludo, desde luego, a las que escriben al novio ocultándose de papá y mamá, que éstas, por de contado, lo verifican con lápiz, ni a las que hace ocho o diez años están en correspondencia con un amante que viaja por Europa, quiénes, a fuerza de práctica, han adquirido la suficiente soltura, y con el hábito, escriben con facilidad y sin experimentar ninguno de esos percances que ocurren a las que no se hallan en su caso.

Se trata, por ejemplo, en cierta familia, de escribir a tio Gregorio, que se embarcó en uno de los últimos correos, para dirigirse desde Santander a Barcelona; y el cual ha recomendado encarecidamente a las muchachas, que no dejen de escribirle nunca, pues si incurren en esa falta, se enfadará mucho y dejará de mandarles los regalos que les ha prometido.

He aquí, pues, que llega el día 29, víspera de la salida del vapor correo, y todos son preparativos en la casa.

Primera dificultad: que no hay tinta, pues el tintero está exhausto, gracias al afán de Rafaelito, el hermano menor, de estar todo el día grabateando; de lo cual deduce su padre que, cuan-
do sea grande, será literato; plumas, Dios las dé: una sólo existe;

✓4

pero tan vieja y estropeada, que no hay forma de unirle los puntos: y papel, por casualidad, un plieguito de cartas, rayado, lleno de arrugas y con unas manchitas que parecen de grasa.

Se manda a comprar, por tanto, a la papelería más próxima todo lo necesario para escribir; y una vez habilitado el tintero, preparada la pluma de acero correspondiente, y escogido el mejor pliego de papel, sin rayas, por supuesto, resulta entónces que la falsa no aparece: segunda dificultad que surge.

- Antoñica la cogió ayer para copiar un verso, y luego no sé donde la ha echado, observa una de las muchachas.

- Si, pero, como me encontré que no había tinta ningunita, copié el verso con lápiz y por ahí dejé la falsa; búsqüenla ustedes si quieren, porque, lo que soy yo, no tengo ahora ganas de levantarme.

Después de un registro minucioso, parece al fin la dichosa falsa en una gaveta del tocador, de donde sale toda encascarillada.

Charito, la hermana mayor, es la designada para escribir la carta, pues, según acuerdo de su madre y de sus hermanas, Antoñica y Lucía, es la que tiene la letra más clara y sabe poner mejor la pluma. Charito la da de bachillera y presume de entendida, con que figúrense ustedes.

Sentada, pues, la que va a escribir, y de pié junto a la mesa sus dos hermanas, se da principio a la obra magna.

- Vamos a ver cómo te portas, Charonga; salta Lucía que es un tanto burlona; al tío Gregorio no se le puede escribir de cualquier modo, porque él tiene mucha letra menuda, y donde te descuides, se va a reír de tu cartapacio. Con que abre los ojos, que yo tengo ya ganas de admirar lo que salga de esa chola talentuda...

- Mira Lucía, si empiezas con tus cosas, no voy a poder escribir ni dos renglones; con que déjame en paz.

✓✓

- ¡Ah, espérate, no sigas, para la mulita, que ya la has hecho! grita Lucía un momento después, riéndose a carcajadas; mira, Antoñica, lo que ha puesto: "Querido tío Grejorio". Al primer tapón...

- ¡Ay, caramba, me equivoqué! exclama Charito, moridiéndose el índice; habrá que empezar otra. También tengo hoy el pulso tan malo, la pluma la encuentro tan durísima y hasta el papel está lleno de pelusitas... Luego ustedes aquí encima, sofocándome... Yo necesito estar sola para trabajar de cabeza, porque esto no es lo mismo que copiar, en que no es menester calentarse el cerebro.

- Nada de cuanto has dicho te sirve de disculpa, insiste Lucía en tono burlesco; ¿acaso el pulso malo, la pluma dura y las pelusitas, es lo que te ha hecho poner Grejorio, cambiando la g por la j?. A otro perro con ese hueso, que así no me embajucas tú.

-Bueno, Lucía, no fatigues más; una equivocación la tiene cualquiera... Vamos, ven, siéntate, escribe tú la carta con esa letrica de piojillo, que dará gusto leerla...

Charito dice esto, ya cargada con las zumbas de su hermana, y al agitar la pluma deja caer un borrón en el segundo pliego, en donde acababa de escribir la fecha.

Nuevas exclamaciones, nuevas burlas, nueva interrupción y nuevo pliego al canto: ya van tres.

- Esta parece que vá a ser la obra de Santa María. ¿Cuándo parirá Catana? salta por su parte la madre, que cose allí inmediato al grupo que forman sus hijas.

- ¡Ah! ¿tú también, mamá? Esto sólo me faltaba; replica Charito con impaciencia, y soltando la pluma, se cruza de brazos y se pone a mirar al techo.

- No hagas caso, muchacha, de las jaranitas de tus hermanas y escribe sabroso, como tú lo sabes hacer. Ten presente que de eso de-

pende el que tu tío se gernudée desde Barcelona; con que esprímele el carletre, para que te la luzcas y diga tu tío que escribes como un abogado.

- En todo caso será como una ajogada, mamá, repone Lucía, prosiguiendo implacable en sus burlas.

- Desde luego la carta se ajoga, según estoy mirando; observa Antoñica, contagiada ya con Lucía.

Al fin, ambas muchachas se apartan de la mesa dejando sola a Charito, quien principia por tercera vez la historiada misiva; pero como está sumamente enfadada, se halla menos apta que nunca para hacer nada bueno.

Resúmen de todo: que tras varias tentativas y despues de emborronar diversos pliegos de papel, Charito hace una carta que no gusta a su madre ni a sus hermanas, las cuales concluyen por reñir ágrimente con ella, mofándose de sus pretensiones.

Pero dada la urgencia del caso, y no habiendo modo de que satisfaga nadie el compromiso, en la casa, pues el padre hace dos días que está en Cárdenas, no debiendo volver a La Habana hasta el día 1º del mes entrante, se da el encargo de redactar la epístola a un primo de las muchachas, que se aparece como llovido del cielo en trance tan apurado.

Pasemos a otro ejemplo. Es esta una jovencita que escribe con suma dificultad la esquela que su madre le dicta, dirigida a una persona de confianza, y cuya esquela, principia de este modo: "Pancho, mándame etc."

A ver, acerquémonos y por encima del hombro de la escribiente leamos: ¿qué dice? - Pacho, mádame. En ambas palabras, dos enes omitidas. Calculen ustedes si no habrá sapos y culebras en el resto

de la cartita.

Muchas hay que, escribiendo, ponen disparates graciosísimos, que hacen desternillar de risa al novio y a los amigos del novio; de ortografía, no se hable; y por lo que hace a aquello de poner los puntos y las comas, como ellas dicen, ¡qué si quieres!...

A propósito de esto, voy a terminar mi artículo, trasladando aquí unos párrafos de cierta carta que vino hace tiempo a mi poder, sin saber yo cómo, y que la conservo por ser única en su especie, y digna, por lo tanto de que pase a la posteridad mas remota.

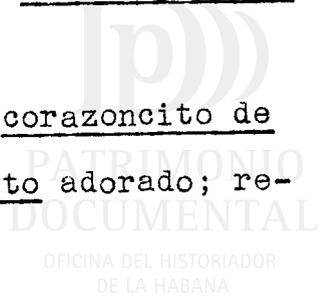
Veán ustedes qué introducción mas cachonda la de la referida carta amorosa, que es como sigue:

"¡Hay, Luis de mi corazón, cuánto padezco en considerar lo lego que estamos, y cómo sufre mi pobre y afligido corazón! En fin, Luisillo de mi vida, te escribo estos cortos renglones (un pliego grande por las cuatro caras) dictados con todo el fuego de mi amor. Sí, Luis, te amo y eres para mí el más encantador, divino y amablísimo de los hombres. ¡Hay, mi Luis! este es un suspiro salido de lo más hondo de mi triste corazón. Cuando recibas ésta, me alegraré que estés mejor de tu divino corazón, de tu delicado estómago, de tu dolor en los riñones, de tu pobre muela y de tu preciosa vida, que Dios te la deje gozar por muchos años, llena de felicidades, placeres y dicha..."

Por este tenor está concebida toda la carta, la que no trascribo íntegramente, por ser, como ya indiqué, demasiado extensa. Pero no privaré a ustedes del párrafo final, que es toda una despedida.

Hélo aquí:

"Adios, divinísimo y simpático Luisillo; adios, corazoncito de dulce; adios, lucero de mi porvenir; adios, cielito adorado; re-



JB

cibe un corazón lleno de besitos, un par de modidas, y la mano muy
apretada. Adios, amablísimo, encantador y simpático Luisito; soy
tuya hasta más allá de la tumba; sí, tuya hasta la muerte, tu
Ipólita.

Adios, chinito".

Ello verso no será... pero es extremadamente amoroso, curioso
y original.

A parte de todo esto, convengamos en que las mujeres, en general,
no han nacido para escribir; ellas saben que ese no es su terreno,
y por lo tanto, suplen la dificultad de manejar la pluma, hablando
hasta por los codos.

1875.

EL MATAPERROS

Por José Joaquín Hernández.

Sabido es que la educación es el principal elemento de la verdadera felicidad humana; esto es, de la felicidad comprendida como todo hombre civilizado la comprende; sin considerarla únicamente como fuente de goces materiales y medio de satisfacer toda clase de deseos, sino como base en que estriba la tranquilidad del ánimo y la quietud de la conciencia.

Esta felicidad en que todos soñamos y que todos deseamos alcanzar, echa sus primeras raíces en nuestro corazón cuando el riego de saludables consejos y buenos ejemplos que en la infancia nos dan nuestros padres, es abundante hasta poder lograr que se arraigue bien la planta bendita que al fructificar en nuestra madura edad, debe darnos firmeza para marchar rectamente y consuelos para derramar en el alma de los desgraciados. El hombre que es feliz, en el sentido que damos a esta palabra, es indudable que en sus primeros años tuvo padres o allegados que se interesaron en hacerle poseer ese caudal inagotable de bienes que se adquiere en esa educación llamada doméstica; y el hombre más rudo, el más desprovisto de luces naturales, conoce instintivamente que debe educar bien a sus hijos, y que el respeto que les infunde hacia la religión y a sus mayores, debe en algún tiempo proporcionarles consideraciones y bienestar. Pero sucede a veces que la naturaleza dota a los padres de mal carácter, de la infausa indolencia o de poco afecto hacia su descendencia; o bien a los hijos de carácter incorregible y perverso y de genio difícil e inobediente. Otras veces una prematura horfandad sume a

60

los niños en el desamparo, y ocasiones hay en que la necesidad del padre de mantenerse asiduo en el trabajo que proporciona los medios de subsistencia, y la falta del ojo avisor y del tierno corazón de la madre, abandonan al hombre en su niñez a sus propios impulsos e inclinaciones, y se ve crecer sin recibir ninguna educación. Todas estas situaciones o circunstancias le son fatales si no encuentra una alma piadosa que dé asilo y entrada en su corazón a un generoso sentimiento de compasión, y la acoja benigna para proporcionarle alguna instrucción. La educación doméstica, es claro, no se recibe sino en casa, en el seno de la familia, de mano de los padres o de los que hacen las veces de tales; pero en su defecto puede en algún modo la instrucción revelar al hombre sus deberes respecto a la sociedad; y además, es indispensable que el estudio, aclarando sus potencias, le dé a conocer las obligaciones que contrae con sus semejantes al reunirse a ellos.

El que sin recursos de ninguna especie se halla comprendido en alguna situación de las expuestas como fatales al porvenir, pasa a formar una especie de hombres desgraciados que en todos los países se encuentran y que en todas partes son despreciados. Diversos son los nombres que se les dan, según la edad que tienen y el oficio a que se dedican en su juventud, y adviértese que siempre son estos oficios perjudiciales a la sociedad. En Cuba los llaman desde los ocho años hasta ^{en} que empiezan sus fechorías infantiles, hasta los diez y seis en que varían de rumbo, mata-perros.

De esta clase de hombres y considerándolos en su primera edad es de la que paso a ocuparme. Voy a encerrar en reducido cuadro este tipo que es uno de los mas notables de Cuba. Aunque no es

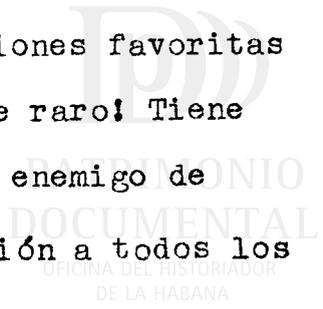
ni hermoso ni fino, bien conozco que se necesita mano segura y buen pincel para que la verdad resalte y guste el colorido, hermo- seando la figura como sucede en un mendigo haraposo pintado por Murillo. Pero aunque no puedan mis esfuerzos lograr esto, trata- ré por lo menos de presentarlo cual lo conocemos y cual lo he llegado yo a comprender. Con lo dicho basta para que el lector sepa el objeto que le ofrezco y de donde toma origen.

Sabido ya que el mataperros no ha recibido ninguna educación y que no tiene sujeción de ninguna clase, naturalmente ocurre que debe tenerle antipatía a las escuelas, y efectivamente, es enemigo acérrimo de ellas, como asimismo de todo cuanto pueda ponerle barreras. La calle es su elemento favorito: es infractor de cuantas órdenes emanan del gobierno respecto a policía: nada como un pez, pues raro es el día que no se da un baño en el mar; siempre anda sucio y mal vestido y a veces descalzo y sin sombrero. Esto es señal de pobreza que no puede tomarse como infalible, pues muchos infelices desprovistos de fortuna se ven obligados a recorrer las calles mal vestidos y sucios, aun- que no sean mataperros, aunque tengan quien mire por ellos y quien se interese en que sean honrados, aunque pobres.

Los comisarios de barrio le dan siempre caza, pero regular- mente sabe evadirse muy bien de sus persecuciones, y si le oyen un momento, se disculpa a las mil maravillas y queda por ino- cente: es perseguidor de todos los animales que se encuentra a su paso, pero tiene una preferencia muy marcada hacia los perros, el que pasa a su lado lleva de seguro un buen porrazo, y al con- trario del loco de Córdoba, de quien nos cuenta Cervantes en el prólogo de la segunda parte del Quijote, que a causa de un escar- miento creía que todos los perros eran podencos, no le hacen

perder la costumbre las reprimendas y golpes que suele llevar de los dueños, pues tiene gran confianza en la lijereza de sus piernas. Vive generalmente en comunidad o partidas, como llama a sus reuniones que tienen lugar en algunos barrios de la ciudad, y así dicen: yo soy de la partida de la Canteras, y otro se enorgullece con pertenecer a la de los Joyos.

El malojero, el ciego que pide limosna, el negrito que va tranquilo a su mandado o la degota que sale muy despacio de la novena, todos sufren algo de la diabólica inventiva del mataperros: en fin, es perseguidor de cuanto no es el mismo. No tiene hora fija para sus excursiones y fechorías, sin embargo, la noche es su mas propicia y encubridora patrona; de noche es cuando despliega todo su genio inventor de cuanto hay malo. Su olfato, mas fino que el del animal de quien es enemigo, le da a conocer con anticipación todos los bailecitos, bautismos, entierros y ejercicios militares: va a los primeros con intenciones de deshacer la reunión, y para lograrlo ataca a los espectadores por una parte muy sensible, por la nariz; le sirve para su intento el asa fétida o la raíz de aroma, y para él es una gran diversión ver huír a los mirones con las manos en las narices. En los bautismos siempre trata de apoderarse del hisopo, de la vela o del salero, para pedir al medio, y si no lo consigue, ya puede encomendarse el padrino a todos los santos, pues hasta la casa del ahijado le van persiguiendo sus gritos y sus silvidos; en los entierros se divierte en doblar a los muertos; el mataperros es el Cuasimodo de la iglesia mas cercana a su casa. Pero sus diversiones favoritas son los ejercicios y fiestas militares. ¡Contraste raro! Tiene el mataperros el carácter mas independiente y mas enemigo de sujeción, y al mismo tiempo la mas decidida afición a todos los

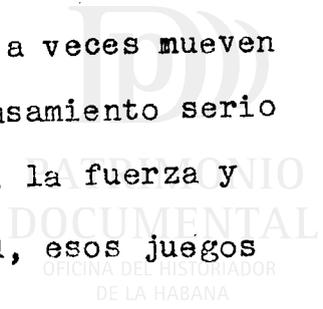


actos militares, de los que la disciplina mas rigurosa es el primer móvil, llevándole esta afición hasta el extremo de organizar militarmente sus partidas. Las de los barrios opuestos tienen a veces desafíos y en campal batalla deciden sus contiendas a pedradas y garrotazos, solo por sostener el honor del barrio a que pertenecen: estos encuentros son encarnizados y los heridos y contusos son los que pagan cuando la llegada de algun comisario pone en precipitada fuga a los terribles contendientes. Otras veces el combate es singular y se efectúa entre los de mas nombradía y fama que poseen las partidas, a los que se les da el nombre de gallitos, tal vez por lo dispuesto que siempre se hallan a pelear: el buen o mal éxito de estos encuentros acarrearán respeto a los vencedores, pero no humillación a los vencidos, que vuelven a probar fortuna cuando refrescan el golpe.

Otra afición tiene muy marcada el mataperros, y es a la música; regularmente tiene buen oído, y apenas oye una contradanza, un paso doble, un wals, los coje y los silba perfectamente: de aquí sacan un gran recurso en su mocedad para pasar alegremente las noches de correrías, pues son pocos los que no aprenden a tocar algun instrumento, aunque sea de oído.

Ademas de las cualidades que he apuntado resaltan en él muchas otras que por no ser primordiales y por temor de cansar, paso en silencio.

Llámanse comunmente travesuras todas las acciones ruidosas causadas por el genio vivo e inquieto de los muchachos: muy naturales son en la impubertad esas acciones que a veces mueven a risa; peculiar es de esa edad en que ningun pensamiento serio ocupa la imaginación, en que la salud y robustez, la fuerza y el vigor de la vida, los hacen casi una necesidad, esos juegos



4

ejercicios violentos, esas emboscadas con que se complacen en burlar a los que pasan por donde ellos están; pero cuando la perversidad del carácter, el abandono de los padres o cualquiera otra causa hace a un niño cifrar su única dicha y tener por sola ocupación la holganza, las diversiones peligrosas; cuando el poco amor al estudio, que a casi todos es general, no se despierta en el por medio de la emulación o de otra manera diferente; cuando solo vive en la calle; cuando pegar pajaritos y pelear gallos es su único pasatiempo, entonces ya este muchacho es un mataperros, es un perdido, que ninguna utilidad puede proporcionar a la sociedad, y que engolfándose mas y mas en el piélago de sus vicios, acabará tal vez por perecer en un vergonzoso patíbulo.

Apenas entra en la pubertad el mataperros, ya sabe muy bien cuales son las reuniones de los jugadores, siendo estos sus únicos compañeros. Sabe fincar los dados muy bien y conoce perfectamente el manejo de las cartas de pega y las de marca. Ninguno de los tenebrosos misterios del tahur se le oculta: todos sus hábitos se los apropia; su solo oficio es unirse al que gana para cobrar su barato, y vender a poncala lo que algun incauto le fia: es un vago, ente despreciable, planta parásita que se apoya siempre junto al que gana y que incesantemente perseguido por el vicio, es víctima infeliz del abandono de su infancia, y anda siempre ocultándose de la justicia y sumido en inmundos lupanares, en despreciables garitos y en compañía asquerosa. El repugnante vicio le arrastra a la senda peligrosa del crimen, y llega el día en que se ve perseguido, y es arrancado del seno de sus placeres nauseabundos, cuyo habito ha adquirido en medio de sus criminales compañeros.

En medio de esta gente se encuentran hombres dotados de talento natural, que, bien cultivado, hubiera dado frutos útiles; esos hombres hubieran tal vez sido notables si se les hubiese educado

PATRIMONIO DOCUMENTAL DE LA HABANA

65

bien. En los países sumidos en revolución, en las grandes ciudades en que las proporciones se presentan y abundan los recursos, si se aposenta la ambición en el corazón de alguno de ellos cuando no están enteramente depravados, se apartan del camino que seguían y con atrevimiento y buena suerte llegan a ser célebres. Pero en Cuba, país tranquilo, pacífico y venturoso, ciudad reducida e ignorante de esos grandes cambios y transformaciones que han engrandecido en un día a hombres desconocidos, aquí, donde una paz octaviana nos hace caminar lentamente hacia el progreso, sin que nos espanten los trastornos políticos, niños dé la experiencia sus dolorosos conocimientos, marchan los sucesos por la vía regular, y la ambición de elevarse en los que no han recibido instrucción ninguna, ni conocen lo que es educación, es incapaz de guiarlos a otro fin que al natural e imprescindible a quien no puede contener el estrago de la depravación. En el crimen, pues, viene a concluir su carrera, y el castigo le aguarda al fin de ella.

La fatal preocupación que existe entre nosotros de que los blancos no se dediquen a un oficio, es causa de que abundan los vagos, y de que, al crecer el mataperros, se encuentre en su oscura esfera, rodeado de entes que le pervierten y le afilian en sus sectas perjudiciales y asquerosas.

Así, pues, la especie del mataperros es un plantel de hombres de malas inclinaciones, de hombres perjudiciales a la sociedad, de hombres degradados. Felizmente para el país, pronto tendremos una casa de Beneficencia, y uno de los principales ramos de ella será la fundación de un hospicio en donde encontrarán abrigo los niños abandonados; con esto disminuirá el número de esos vagabundos que recorren las calles y que, no recibiendo ninguna clase de educación, ningún provecho puede dar a la sociedad. Las escuelas públicas son otro medio de evitar la abundancia de esas gen-

OFICINA DEL HISTORIADOR
PATRIMONIO

tes, pero en Cuba tan solo hay cuatro que son pocas para su población; y por mas laudables que sean los esfuerzos de los maestros que las dirijen, no serán muy abundantes los frutos que produzcan, pues no basta un hombre solo para tantos niños como concurren a ellas, ni es bastante retribución quinientos pesos al año para pagar profesores que les ayuden, cuando con esa cantidad tienen que atender a todos los gastos, incluso el alquiler de la casa.

El que quiera reconocer el tipo que he tratado de pintar, pásese de noche por alguno de los barrios apartados del centro de la ciudad, y él se le presentará; repare los días de procesión esa caterva que corre armada de ramas detrás de las vendedoras, gritando con atronadora voz el indispensable chichijó, y le conocerá; y el que por casualidad se encuentre con el presidio y note algún criminal que, sin avergonzarse de su pública expiación, le pide una cosita, puede asegurar que aquel hombre fué en su infancia un mataperros.

LA CASAMENTERA.

Por Manuel Larios.

Entre los tipos que mas se destacan del fondo del cuadro moral de la sociedad, uno de los que mas han llamado siempre mi atención ha sido la casamentera, o corredora de voluntades por otro nombre. Ser casamentera es casi un oficio para algunas mujeres; pero oficio doméstico, de familia, aunque sus tendencias vengán a ser al fin sociales. Considerada bajo este aspecto bien puede el escritor de costumbres dirigir a ella su lente microscópico y presentar al lector el resultado de sus observaciones.

Es la casamentera unas veces una mujer extraña a la familia con quien vive, pero que habiendo caído en desgracia fué recogida por ella y no encuentra otro modo de pagar los servicios recibidos que empleando los suyos en favor de las niñas. Otras, pertenece a la misma familia y es por lo regular soltera, jamaona, de esas que habiendo totalmente perdido las esperanzas de colocación se consuelan o entretienen el tiempo que tantas señales de despotismo dejara en su persona, buscándola a las jóvenas que mas de cerca le interesan. No quiere decir esto que todas las solteronas que se han pasado se dediquen a casar voluntades; no señor: unas se convierten en beatas y se dan golpes de pecho en una semana encerradas en un aposento que oraciones han podido rezar en la época de sus conquistas; otras se vuelven envidiosas y persiguen de muerte con su odio al hombre que dirige sus requiebros y aspiraciones a cualesquiera

otras mujeres que no sean ellas; otras desbaratan, si es preciso, una boda solo porque los novios no buscaron su influjo para hacerla. Pero ninguna de estas quiero por ahora tocar. Están tan erizadas de espinas que no sabría por donde cogerlas: límitome a mi casamentera solterona y a la madre casamentera, que ellas solas, presentándolas por su orden, me darán material suficiente para entretener un rato a mis lectores.

Todos los que en el mundo vivimos, cual mas cual menos, tenemos nuestro poco de egoísmo; tratamos siempre de sacar alguna utilidad de nuestro comercio social. La casamentera solterona es tal vez la única que trabaja para otro sin obtener provecho alguno para si de su oficio: todo su trabajo redunda en beneficio de un térceros, o una tercera, que es lo mas probable siempre. Ella nada utiliza, cuando sucede muchas veces que el buen resultado de un negocio matrimonial se debe únicamente a sus constantes afanes: no le queda mas que la satisfacción interior del que vé coronada una obra que se había propuesto llevar a cabo.

La casamentera conoce por supuesto el carácter de cada una de las muchachas que quiere establecer mejor que la madre misma: conoce a fondo sus gustos, sus inclinaciones; sabe tambien cual puede hacer por sí sola una conquista y llevarla a feliz término, cual la que necesita que la ensayen y preparen antes con algunos consejitos acerca del modo con que hade portarse cuando se encuentre en presencia del jóven que le agrada o le hace la corte; de que manera ha de insinuarse y animar a algun mancebito de esos que se ponen de veinte mil colores y tiemblan y sienten calofríos a la sola idea de que tienen que pro-

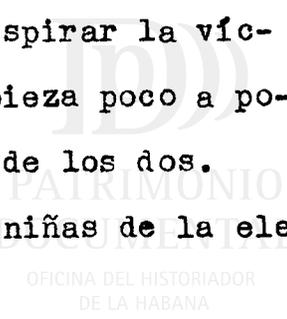
nunciar la palabra amor, y se mueren veinte veces primero que se atrevan a atreverse: conoce tambien cual es la que necesita no solo de advertencias, sino de ayuda además cuando llega a verse frente a frente con la plaza que se quiere rendir. Demás está decir que le es absolutamente preciso estudiar hasta saberse de memoria a cada uno de los jóvenes que visitan la casa, a los que mas distinciones reciben de las niñas y a los que mas aceptables son mirados bajo cualquier concepto ventajoso en que un hombre puede ser un buen partido para una mujer. Esto depende de la educación, del roce en la sociedad y de las aspiraciones mas o menos elevadas de una niña. La casamentera, en fin, tiene que penetrar a fondo el corazón y los mas mínimos caprichos de los que juegan en un teatro en el cual representa ella el papel de apuntador, papel el mas importante, del que depende principalmente el mejor éxito de una obra, no obstante estar oculto para el espectador.

Aunque haya tres o cuatro niñas en la familia, siempre hay una a quien la casamentera atiende con mas predilección. Esto depende de ciertas circunstancias y merece una explicación: queremos presentar el tipo que hoy ha tocado a nuestra pluma bajo todas sus faces, y lo perseguiremos en todas sus emboscadas a fin de qué pueda reconocerlo el lector donde quiera que lo encuentre; mejor dicho, para que pueda facilmente descubrir el resorte por medio del cual se mueven ciertas muchachas.

Cuando del trato continuo de algún joven con la familia llega a observarse que gusta mas de la conversación, de la gracia o de cualquiera otra circunstancia de una de las niñas y que por esta razón, sin que por eso sea su enamorado, siente mas placer

en dirigirle a ella ^{más} a menudo la palabra que a las otras y la distingue sobre las demás; si este joven puede prometer alguna utilidad, la casamentera que no perdona medio ni ocasión de ejercer su oficio humanitario, empieza desde luego a prestar su apoyo a la muchacha preferida y a poner en acción con ella todos los recursos de su arte. Ya desde entonces no abandona un momento a la niña; siéntase siempre a su lado, principalmente en el estrado, a fin de oír mejor las palabras que le dirija el amigo que quiere ella convertir en un miembro mas inmediato de la familia; observa el efecto que en aquella causan, por indiferentes que sean y estudia el giro que pueda darse a cualquier conversación que sostenga para llevarla al punto resbaladizo en que trata de colocarlos. De aquí partirán sus consejos cuando ambas esten solas. Cuando lo considera absolutamente preciso tercia en la conversación, agarra por los cabellos la mas mínima frase de galantería que el joven dirija a las muchachas; hace creer a esta que va en ella envuelto un doble sentido de amor embozado; le apunta como quien no quiere la cosa el modo con que ha de responderla, o la vuelve ella misma, si conoce que conviene mejor. El jóven que pasa por fino, no quiere perder su reputación de tal; dirige a aquella otra palabra mas dulcesita y otra y otras mas tiernas que solo son dictadas por la galantería, pero que la casamentera hace recibir como hijas de una pasión encubierta. De este modo y repitiendo sus golpes un día y otro dia sin dejar respirar la víctima, (la víctima en este caso es el hombre), empieza poco a poco a interesar el corazón del mas impresionable de los dos.

Otras veces sucede que se enamora una de las niñas de la ele-



gancia; del físico, de la travesura de un joven, o quizá de alguna circunstancia verdaderamente recomendable, lo cual no es lo mas frecuente; pero no se lo demuestra porque las preocupaciones, las costumbres, o la sociedad, cualquiera que sea, poco importa en este momento, mandan que la mujer ahogue en el fondo de su corazón sus sentimientos amorosos antes que descubrirlos la primera. La casamentera sabe el secreto de la niña, bien porque la haya sorprendido valiéndose de sus mañas, o porque se lo haya confiado y ya la tiene usted prefiriéndolo a las demás, tendiendo como la araña su red al galán, que en estos casos hace el papel de la mosca y retirándose a observar.

Sabe que noches, a que hora acostumbra el galán hacer sus visitas y cuanto tiempo: hace sentar a la jóven en el lado mas desocupado del estrado y deja una silla vacía entre ambas para que la ocupe el preferido. Promueve ella misma la conversación sobre el amor, pinta la monotonía de la vida del soltero y hace resaltar el placer del hombre que se vé amado por una tierna virgen que le dedica todos sus suspiros, todos sus pensamientos, todos los latidos de su corazón: expresase con fuego y hasta con ternura acerca de la felicidad que deben experimentar dos jóvenes almas que se comprenden, que se aman, que se adoran, los mira a ambos... calla... y su silencio dice mas que cuantas palabras pudiera añadir. ¿Quién no se inflama de amor y entusiasmo al oír de este modo expresarse a una mujer a quien su estado mismo la hace ser mas elocuente? y quién teniendo tan cerca de sí una niña que puede colmarle de todas esas satisfacciones no vuelve hacia ella sus ojos, radiantes de amor y ternura, pidiendo le conceda las primicias de su jo-

ven corazón? Los dos jóvenes, aunque no sea mas que por su edad, tienen un alma sensible; la chispa que la casamentera ha sabido arrojar en ellos de seguro que prenderá; y sino ahí está ella, que no abandona un momento su presa, que la persigue, que la acecha sin piedad, implacable en su idea como lo es en sus pasiones la mujer cuando no tiene el freno suficiente que da la educación para dominarse. No haya miedo que se le escape; si no le bastasen esos arbitrios ya apelará a otros, nunca le faltan para conseguir su intento. Malo es que una mujer se proponga casar a un hombre, porque tarde o temprano se sale con la suya: es preciso que sea él muy despierto, que tenga suficiente despreocupación para que llegue a comprender que todos los obsequios que se le dispensan no son porque se los merezca, sino por ver si de ese modo puede mejor doblegarse a la coyunda nupcial.

La casamentera apela a los paseos, a los juegos de prendas, a las retretas; ¿á qué no apela la casamentera? Aprovecha todas las ocasiones en que los dos jóvenes puedan estar juntos. Si salen a pasear hace que vayan los dos del brazo y que las demas sean por otros acompañadas, para que queden con entera libertad. Aunque no haya mas hombre que él atropellará todos los miramientos, despreciará el que dirán y le obligará a que vaya solo con la niña; poco importa esto; cuando las circunstancias son apremiantes es preciso arrostrar por todo. Una vez solos los dos no se han de poner a rezar: otra clase de oraciones, inspiradas por otro Dios que no es el que fué crucificado, sino por el que suele a veces mas que crucificar a los míseros mortales, serán las que murmurarán sus labios.

La niña, advertida por las lecciones que haya recibido, sabrá si debe por algunos días detenerse en el capítulo de las esperanzas a fin de avivar mas la pasión naciente; si le conviene irritar la vanidad del cuyo con las dificultades que sepa crear, o si ha de empezar desde luego concediendo el amor que ^{se} le pide. Esto depende de los sentimientos, del mayor o menor grado de delicadeza que en ^{el} galán haya tenido buen cuidado de estudiar antes la casamentera para proceder con mayor acierto.

Tanto se buscan las oportunidades de que la niña vea al que quieren darle por amante y de que el jóven se encuentre y hable con la que se interesen en enagenársela como esposa, sin pensar-lo él muchas veces, que poco puede una casamentera si no logra que al cabo se busquen ellos por sí solos, se extrañen, deseen el momento de estar juntos, se acerquen uno a otro sin que un tercero los impulse y acaben por creerse enamorados, sin estar-lo, solo por la costumbre de verse y de dirigirse mutuamente palabras que han creído impregnadas de amor y ternura, palabras, buenas, que si no hubiera habido una interesada que las provocase y les diese una interpretación que tal vez no tenían, ni se habrían siquiera vertido y aunque así hubiera sucedido, no habrían tenido quiza mas valor que el que se dá a otras muchas que se sueltan a cada momento y que solo son admitidas y pasan como buenas palabras que el viento se lleva.

La que acabamos de pintar es la casamentera de buen tono, que mas a menudo suele encontrarse. Otras hay que entran en una categoría mas infima y dan mas pronto a conocer sus intenciones a poco que se las observe. Estas no se contentan con estudiar primero, para aconsejar despues a una joven de que manera se

ha de conducir; extiende su influencia hasta tomar una parte mas activa en la comedia que se representa. Quitanse de tal modo la máscara, que es preciso que un hombre sea demasiado presuntuoso para que no conozca que se le tiende un lazo del cual por su mismo vano orgullo le será muy difícil escapar.

Es usted, - le dice -, el hombre mas afortunado; fulanita no hace mas que pensar en usted. ¿Sabe usted lo que han dado las gentes en decir? Que es usted su novio, porque lo ven siempre a su lado y conocen que es el hombre a quien ella mas aprecia. Si es lo que yo digo, señor, nunca debe una manifestar su aprecio a ningún joven: en primer lugar, porque las tontas, envidiosas de la suerte de otra se ponen a murmurar, y en segundo, porque se vuelven ustedes tan orgullosos en conociéndolo, que no hay quien los aguante.

El tonto, que no advierte el doble filo de este puñal que se le introduce hasta el corazón, se revuelve en su silla mas ufano que un pavo real y deja escapar una sonrisita de íntima satisfacción que da armas a la casamentera para que le siga apretando mas los lazos que le prepara - ¡Así está usted, añade, desde que sabe que es el preferido!. No hay quien lo resista. Y frie un huevito de los que tan oportuno uso sabe hacer una habanera: ¡había usted de dar conmigo, que ya vería como lo había de hacer desesperar, aunque me estuviera muriendo por usted. Mírela usted, - exclama despues al ver la salida preparada de la niña, allí viene ella: encerrada en su cuarto no sale a la sala sino cuando sabe que está usted aquí: ¿qué quiere decir esto? Pero cuidado, agrega incliñándose a su oido en tono de misterio, si va usted a decirle nada de lo que en

confianza acabo de revelarles. Vaya, me voy por no ser importuna.

Estas conversaciones han sido acordadas con anticipación por la casamentera y la niña que le deja tiempo suficiente para que haga su papel. Y saben hacerlo por lo regular tan bien ambas, aparentando la una disimulo y confianza con el galán y haciendo creer la otra que nada sabe de lo que acerca de ella acaba la primera de decir, que el incauto se precipita por sí solo en el anzuelo hasta tragárselo entero.



EL COLEGIO Y LA CASA

Por José Jacinto Milanés.Personas

Don Norberto.- Julianito.- Un negro.- El Mirón.

Casa de don Norberto.

(Salen don Norberto y el Mirón)

D. Norb. Mucho le habrá fastidiado,
Señor Mirón, nuestro pueblo,
Si usted busca en él placeres.
También viene usted en tiempo
Que ni bailes ni teatro
Nos dan un solo momento
De distracción. Sobre todo,
Qué recompensa tendríamos
De hallar cerrado el teatro
Los que somos caballeros?

Mirón. ¿Cuál dice usted? Me parece
Que hallar abierto el colegio

D. Norb. Si, es verdad. Pero los niños
Son quien se aprovechan de eso,
No nosotros.

Mirón. Para un padre,
Hay mas interés que el de ellos?

D. Norb. Ya. Pero quiero decir
Que sin entretenimientos
Nos fastidiamos los hombres;
Y esto es malo.

Mirón. Yo sospecho
Que fuera peor, que estando
Divirtiéndose los viejos,
Estuviesen los muchachos
Vejetando.

D. Norb. Así lo creo.
Pero el colegio que ahora
En esta ciudad tenemos,
Es cosa magna.

Mirón ¿Y usted
Me lo dice: Me sorprende,
Porque cuando iba a instalarse
Fue usted de los mas opuestos.

D. Norb. Pues la causa...

Mirón. Ya la sé.
Fue notar que los maestros
Eran, como usted entonces
Y otros padres advirtieron,
Mancebos de pocas barbas;
Y tomaronse pie de esto
Para no formar gran juicio
De su instrucción y talento.
¡Como si en la edad madura
Se vinculase el acierto!
¡Como si el ser vividor
-Enseñase a ser discreto,
Cuando la experiencia muestra
Con repetidos ejemplos,
Que el que no aprendió de niño
Tampoco sabrá de viejo.
Las cien preocupaciones
Que en la leche se bebieron,
Por mas que se modifiquen
Van creciendo con sus dueños.

D. Norb. No: pues yo volví muy pronto
De mi error. Al mes y medio
De su instalación, noté
Que iba tan bien el colegio,
Que sorprendidos los padres
Sin más pérdidas de tiempo
Pasaban sus hijos a él
De otros establecimientos,
Allá he puesto a Juliánito,
Y siempre estoy mas contento
Del cambio. Lo que quisiera
Es que usted un día de estos
Le fuese a ver.

Mirón Ya lo hice.

D. Norb. ¿Sin noticiármelo?

Mirón. ¡Bueno!

¿Y fuera imparcial examen,
No haciéndolo yo en secreto?
Yo trataba sorprenderle.

D. Norb. ¿Y que tal? Cual fue el efecto
¿Del examen?. Me figuro
Qué a usted no le ha satisfecho.



Mirón Al contrario. En él hallé
Mas señalados progresos
Que en los años anteriores.
Noté viveza y despejo.

D. Norb. Eso es lo que me incomoda.
El niño es harto despierto;
Y si digo la verdad,
Mas que despierto es travieso.

Mirón. Pues lo que mas celebré
Fué su porte circunspecto.

D. Norb. Es posible!

Mirón. Respondió
A mis preguntas muy serio,
Usando un tono de voz
Ni muy vivo ni muy lento;
Sin torcerse los botones
De la chupa o del chaleco,
Y sin buscar la respuesta,
Como hacen otros chicuelos,
Bailándose en pié, rascando
La banca, o mirando al techo.
(Sale Julianito con un látigo)

Julianito Papaíto... Buenos días,
Señor Mirón.

Mirón. ¿Qué hay de nuevo,
¿Amiguito? ¿Cómo vá?

Julianito Muy bien. ¿Y usted?

D. Norb. ¿Qué tenemos?

Julianito. Vengo a pedirte un favor,
Pero ha de ser en secreto.
Con el permiso de usted,
Señor Mirón.

Mirón. Caballero,
Usted lo tiene.
(El Mirón se entretiene en mirar los cuadros, mien-
tras Julianito y su padre hablan en voz baja).

D. Norb. ¿Qué quieres?

Julianito. Que ya me fastidia el perro
Que me diste. Es tan chiquito,
Que con él no me entretengo.
Quiero montar a caballo.

D. Norb. ¡A caballo! Ni por pienso.



Julianito. Deja que estrene el potrico
Que ayer tarde me trajeron
Del cafetal.

D. Norb. No señor:
Que puede arrojarte al suelo.

Julianito. ¡Papáito...!

D. Norb. No te canses.

Julianito. Yo hablé con mamita de eso,
Y ella quiere que lo monte.

D. Norb. ¡Oh! Yo no puedo creerlo.
¿De veras?

Julianito. Ella me dijo
Que ser jinete es muy bueno.

D. Norb. ¡Oh! Pues si ella lo permite
No te pongo impedimento;
Perome hace tanta fuerza
Que ella lo quiera. (Sale un negro).

Negro. (en voz baja) Yo vengo
De parte de la señora
A decir...

Julianito. (Adios mi enredo!)

Negro. A su mercé que no sufra
Bajo de ningún pretexto,
Que monte el niño Julián
En el potro que trajeron.
Dice que puede caerse.

D. Norb. Esta bien. Vete. (Vase el negro).
(Embustero,
¿Con qué engañas a tu padre?)

Julianito. ¡Oh! Pero si eres tan terco
Que no me dejas montar,
¿Qué voy a hacer?

D. Norb. Ya no quiero,
En castigo que lo montes
Vete a jugar allá dentro.

Julianito. Y qué haré con este chucho?

D. Norb. Anda y dáselo a Mateo,
Que lo guarde.

Julianito. Voy allá.



(He de vengarme del negro,
Siquiera porque le trajo
El recado). Te obedezco;
Pera ya que hoy he salido
Tempranito del colegio,
Déjame jugar.

D. Norb. ¿Con quién?

Julianito. Con cualquiera: con Mateo.

D. Norb. Bien: vé.

Julianito. (Pues que mi mentira
Castiga papá con esto,
Ya que no monté en el potro,
Mi potro será un perro). (Vase).

Mirón. Yo pensé que Julianito
Estaba a pupilo entero.

D. Norb. No señor: en casa come,
Y en casa duerme.

Mirón. Yo creo
Que será perjudicial
Tal método a sus progresos.
Yo me tengo figurado
Que viviendo en el colegio,
No tiene en mas que pensar
Que en sus libros.

D. Norb. ¿Cómo puedo
Persuadir esas ventajas
Al cariño loco y ciego
De una madre? Ella pretende
Que cada día ha de verlo.
¿Qué he de hacer?

Mirón. Manifestarla
Con todo convencimiento
Que para que sepa mas
Debe estarlo viendo menos.

D. Norb. Muchas veces se lo he dicho;
Pero su obstinado genio,
Afirmando que es amarle
Lo que es mimarle, ha deshecho
Cuantas objeciones pongo.

Mirón. Ay amigo! ¿Esa tenemos?
Pues la educación del niño
De mala data la veo.
Si el padre y la madre llevan
Dos dictámenes opuestos,
¿A qué se atenderá el muchacho

Que estará como un acero
 Entre dos imanes?... Trate
 Usted de infundir respeto
 A quien la bendita madre
 Halaga con su chiqueo...!
 No hay remedio: en este caso
 Todo el paternal imperio
 Es nulo, y añade usted
 Que él ya déspota pigmeo,
 En el mas tonto capricho
 Os obliga a complacerlo.

D. Norb.

Algo fundado va usted;
 Pero yo sé: yo tengo
 Creído que aunque es muy útil
 La erección de ese colegio,
 Esas ventajas morales
 Que de su interior arreglo
 Se derivan, no se notan
 Tan claras como yo quiero.
 No puedo negar que hay orden,
 Y el porte cortés y atento
 Como la buena conducta
 De sus distintos maestros,
 Pronostican muchos bienes
 Para en lo adelante; pero
 En Julianito reparo
 Un contraste que no entiendo.
 Usted dice que celebra
 El aire modesto y serio
 Con que respondió al exámen.
 Y diga usted: acá dentro
 De mi casa, de qué nace
 Que es tan loco y majadero?
 Acá todo lo revuelve:
 Nunca puede estarse quieto:
 Si le llamo a que me lea
 Para notar sus progresos,
 Algún libro, no hace caso;
 Y por mas que le reprendo,
 Se está con el papalote
 Al sol, piniéndose negro.
 El arriate está sin flores,
 Y vacío el gallinero,
 Y estas son hazañas suyas.
 Petulante y pedigüeño,
 Todo el día está comprando
 Cuando le damos dinero,
 Dulces que siempre le tienen
 El estómago indispuerto.
 En fin, si el colegio, amigo,
 No solo instruye al que es necio,
 Sino que pule costumbres
 Y morijero los genios,
 Estas dichosas ventajas
 ¿Dónde están que no las veo?.

Mirón. Para responder con tino
A esos reparos diversos,
Es menester...

Negro (dentro). Bueno niño!

Julianito. (id). Toma,perro! Toma, perro!

Negro (id) Ay! Ay!

D. Norb. ¿Qué ruido es aquel?

(Sale el negro huyendo y detrás Julianito con el látigo).

Negro. Niño Julián, ya está bueno!
Señor!

Julianito. Papaíto!

D. Norb. ¿Qué hubo?
¿Por qué le das a Mateo?

Negro. Por nada, señor. El niño
Hoy está muy majadero.
Sumerced le eche un regaño,
Porque, la verdad, no puedo
Sufrirlo.

Julianito. ¿No ves, papá,
Como responde este perro?
¿Es razón que a tí y a mí
Y al señor falte al respeto?

Negro. Pero, señor, ¿qué razón
Hay para rajarme el cuero
Sin motivo?.

Julianito. ¿Usted lo oye?

Negro. ¿No soy de carne y de hueso?

Julianito. Que desvergüenza!

Negro. ¡Querer
Ponerme la silla y freno
El niño Julián, y darme
Chuchazos!... pues yo no pienso
Que soy caballo.

Julianito. ¡Atrevido!

Negro. Y el día que me caliento
La sangre...

D. Norb. ¡Ah, perro! ¿Qué modo

Delante de un caballero
¿Es ese? Vé a la cocina.

Negro. Pero, señor don Norberto,
Soy yo animal para estar
De esta manera sufriendo?
No soy gente?

Julianito. Dame acá,
Papá, verás si le pego.

(Julianito quiere tomar el látigo que tiene en la
mano su padre, pero este no se lo dá).

D. Norb. Vete allá dentro! (al negro).

Negro. Señor
Yo no paro aquí un momento
Con el niño.

Julianito. Calla, diablo!

D. Norb. Vete allá dentro, Mateo!

Negro. Deme su mercé papel,
Que aunque me ande todo el pueblo,
Quiero buscar otro amo
Que no sea...

D. Norb. Vete, negro! (vase)

Negro Tan...

D. Norb. Pero tú ¿qué querías
Hacer con él?

Julianito. Yo iba a hacerlo
Mi caballito. Le puse
Silla, cabezón y freno;
Y apenas le dí un chuchazo,
Cuando quiso el muy soberbio
Tumbarme. Peguéle más:
Y él, echándome en el suelo,
Vino corriendo hasta aquí.

D. Norb. ¿Y tú no ves que es viejo?

Julianito. Pero es un perro.

D. Norb. Otra vez
Ven a decirme en secreto
Lo que te hiciere

Julianito. ¿Y tu quieres
Que yo lo aguante muy quieto?
Si tú eres bobo, yo no.

A mamaita voy corriendo
Para decir que lo mande
Al cafetal, y que quiero
Que le den un bocabajo
Hasta que mude el pellejo., (vase).

D. Norb. Usted, amigo querido,
Dispensará como cuerdo
Que nos haya interrumpido
Este lance tan doméstico
La plática interesante
Que estábamos discutiendo.
Siga usted.

Mirón. Sin ese lance
Quizá no diera tan presto
La respuesta que iba a dar.

D. Norb. Pues ¿usted ha descubierto
Cual es la causa que sea
-En su casa y el colegio
Tan distinto Julianito,
Que allá es cuerdo y aquí necio?.

Mirón. Sí Señor.

D. Norb. Pues ¿cuál es?

Mirón. El diferente manejo
Que acabo yo de notar
En su casa y el colegio.
Renuncié usted desde ahora
A sacar ningun provecho
De su enseñanza.

D. Norb. ¿Por qué?

Mirón. Porque usted, mi don Norberto,
Echa a perder en su casa
Lo que adelanta el maestro.
En el colegio se vedan
Por especial reglamento
-Los castigos corporales:
Usted, por contrario acuerdo,
No tan solo los sanciona,
Pero permite muy fresco
Que un niño de doce años
Pegue sin razón a un negro.
Allá las malas palabras
Sufren perpétuo destierro,
Y se habla según ordenan
Los gramáticos preceptos:
Aquí a su padre y su madre
El niño las está oyendo
Cada instante, y como muestra
Del abuso mas soberbio,

Se apellida impropriadamente
 A un misero esclavo perro.
 Allá entre sí los alumnos
 Se tratan con gran respeto,
 Sin que aquel mucho decoro
 Haga su cariño menos:
 Aquí, por mero capricho,
 Un muchacho majadero
 Transforma en un animal
 A un desventura siervo;
 Y porque el siervo resiste,
 Quiere condenarlo al cuero.
 Dígame usted: dos sistemas,
 Uno malo y otro bueno,
 ¿Qué influirán sobre el muchacho
 Que está bajo el poder de ellos?
 ¿Piensa usted que el bueno triunfe,
 Cuando en la experiencia vemos,
 Que cuando al bien somos tardos,
 Tanto al mal somos ligeros?.
 Por eso renuncie usted
 A ver, señor don Norberto,
 Que den sazonados frutos
 Morales advertimientos,
 Cuando no vayan a un fin
 Único, seguro y cierto,
 Las públicas instrucciones,
 Los paternales ejemplos:
 Cuando no se den la mano
 Las casas y los colegios.

1846.

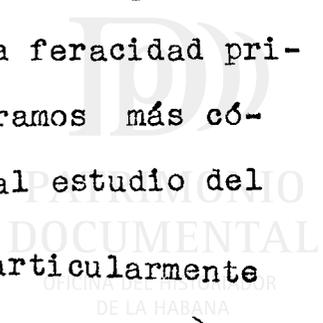
EL MEDICO

Por José Agustín Millán.

Ab uno disce omnes.
Todos son iguales.
(Trad. libre).

Sería preciso poseer la festiva pluma, la gracia y el satirico látigo del maligno escritor del tipo "El médico de campo" para bosquejar al médico en general y formar un cuadro tal que fuese digno de colocarse al lado de aquel bien trazado boceto, tan lleno de verdad y de animación, tan picante como chistoso. Pero ya que me faltan esas dotes esenciales en un escritor de costumbres, sirva de excusa a mi osadía el cariño que profeso a los discípulos de Hipócrates, a quienes algo debo, pues todavía estoy vivo y así mengua fuera y sobrada ingratitud el no dedicarles un artículo. Tomo, pues, la pluma, y despues de encomendarme a la indulgencia de mis buenos amigos los médicos, y a la paciencia del benévolo lector, principium sermoni dabo.... Ustedes han de perdonar si les hablo en latín, pero este latín lo entiende todo el mundo, incluso los médicos y los boticarios, que, con medias palabras en latín se entienden a las mil maravillas.

En nuestro país esencialmente agrícola, en vez de cultivar las ciencias y las artes que tienden a perfeccionar la agricultura y llevarla al estado floreciente a que por la feracidad privilegiada de nuestros campos está llamada, encontramos más cómodo, mas útil y sobre todo mas noble dedicarnos al estudio del derecho, al de la medicina, al de la farmacia y particularmente



al de la poesía, guiados sin duda por aquel conocido principio de que es preciso que todos vivamos, propios y extraños.

Gracias a Dios, no nos faltan poetas, pues tenemos para surtir a toda la América y aun nos sobrarán para nuestras delicias.

¡¡Abogados!! No hay mas que abrir la Guía de forasteros para pasar ^{en} revista la tremebunda cohorte que está encargada de cuidar de nuestros intereses, aunque sin dejar por eso de cuidar de los suyos, pues los abogados no se han estado quemando las pestañas estudiando el Digesto para luego hacer escritos de güagüa, cosa por demás indigesta.

¡¡Farmacéuticos!! Hay en cada calle dos o tres establecimientos piadosos a cargo de estos profesores que prestan al público tanta utilidad como a sí propios. ¡Cuánto adornan la ciudad esas odoríferas oficinas, con cielo raso dorado, armatoste de caoba, pomos de loza fina, mostradores elegantes sobre los cuales campean enormes redomas de cristal de varios colores, a manera de instrumentos de magia de física recreativa de algún jugador de cubiletes! Aquí se ven cajas misteriosas con sus correspondientes rótulos; allí urnas de cristal que contienen el imponderable aceite de alacrán o de lombrices o de otras sabandijas, toditas muy medicinales y sobre todo muy... caras. Mas allá un pomo de vidrio que encierra nada menos que una jutia comiendo un hicaco; aquí una redoma que contiene un enorme majá en aguardiente; en fin ^{acá} y acullá cuatro o cinco cajitas abiertas y a la disposición de los aficionados a las pastas pectorales, cuya virtud es tan notoria y cuyos resultados son tan poco nocivos, (lo que no se puede decir de todos los remedios).

¡¡Médicos!! Cada día se aumenta el número de los alumnos de Hipócrates, al paso que desaparecen los enfermos, tanto que si la cosa sigue así, a falta de gentes a quienes administrar drogas

y jarabes, tendrán que curarse a sí propios los médicos o recíprocamente, lo cual, creo que no harán jamás por motivos que ellos no ignoran.

Sucede, pues, comunmente, que a un hombre que tiene la fortuna de ser casado y que además es padre de dos hijos, lo cual es otra fortuna, viene la partera presurosa y con entusiasmo a anunciar que su esposa (del hombre) acaba de dar a luz un infante tamaño (aquí se esmera aquella profesora en señalar con ambos brazos). El recién papá, que, como dijimos, lo es ya de otros dos también robustos infantes, dá gracias a Dios, a sí propio y a su mujer por el aumento de prole y allá para su capote dice poco mas o menos lo que sigue: "Ya tenemos en casa a un futuro abogado y a un aspirante a farmacéutico.. pues señor, este angelito que acaba de regalarme mi muy cara esposa seña, será... médico: no hay remedio, o por mejor decir, tendremos quien nos dé remedios y con eso nos aborraremos el pago de honorarios por escritos largos, los veinte reales fuertes por un simple jarabe simple y el consabido pesito de la visita.

En efecto, crece el niño, va a la escuela, es el mismo demonio, poco estudioso, travieso, en extremo aficionado a los dulces, a las pastillas y al orosuz. El papá deduce de todas estas cualidades que su hijo tiene grandes disposiciones para la medicina; y como no lo puede sufrir en casa, se lo manda entero y verdadero al maestro de escuela que ya lo tenía a medias es decir a medio pupilo.

Pasan años. El niño ya no es niño, sino un muchachón, con pelo a la romántica, bigote y pera de chivo que mete miedo. Entonces pasa a estudiar y todas a la vez, un sinnúmero de ciencias, de las cuales una sola bastaría para ocupar la vida entera de un hom-

bre aplicado, pero que al alumno tiene que saber, porque todas, todas le han de servir sino para curar a los enfermos, al menos para llegar a ser médico. Es de ver como por encanto, aprende, la botánica, la física, la química, la fisiología, la anatomía, la terapéutica, la... Señor... una infinidad de cosas mas fáciles de mencionar que de aprender.

Si por desgracia, el alumno no tiene afición a la medicina y en vez de escubhar atentamente al catedrático, no asiste con puntualidad a las clases, prefiriendo ir a la inmediata confitería a refrescar, engulléndose para hacer boca media docena de pastelitos o choux a la creme y a fin de hacer pasar todo eso, una copa de granizado de naranja o un vaso de agraz; o también si el enemigo le tienta se pone a jugar unas cuantas mesitas de billar... ¡ay! ¡ay! de los enfermos que cayeren algún día en las terribles manos de nuestro Galeno!! Por eso, cuando queremos dar un voto de confianza a algún médico a quien no conocemos y nos decidimos a encomendarle nuestro cuerpo y nuestra existencia, preguntamos con sobrados motivos. ¿Qué tal? ¿Era buen estudiante?.

El que no toma estos informes demuestra menos interés por si propio que por las agencias funerarias y convengamos en que los aficionados a la filantropía no pueden exigir tamaño sacrificio; y regla general: no hay cosa peor para los enfermos que tropezar con médicos que en vez de haber hecho estudios profundos en la divina ciencia, se hayan entretenido en hacer versos, en enamorar muchachas, poniendo a los papás en un continuo estado de... alarma, o en pasar su tiempo en los cafés, o en el tiro de pistola, o en el campo cazando pájaros... Todo esto es de fatal agüero para los pobres enfermos.

Tan pronto como el bachiller en medicina recibe su diploma, busca la protección de algún médico de reputación, para que le acabe de enseñar lo que no sabe (por supuesto que hablo de lo que no sabe el bachiller) y le perfeccione en la humanitaria ciencia de curar. El médico protector franquea al modesto bachiller su biblioteca compuesta de cuantos libros sobre medicina se han escrito desde Hipócrates hasta nuestros días, es decir, de medio millón de gruesos volúmenes llenos de admirables teorías, lo cual prueba de un modo evidente lo mucho que han... sudado las prensas tipográficas.

Si el médico director es partidario del sistema antiflogístico, no permitirá que lea su discípulo sino las obras en que se prueba de una manera que no deja la menor duda que desde que el mundo es mundo hasta la fecha, esto es, desde que no había médicos y cada quisquis se curaba como Dios le daba a entender, y morían las gentes ni mas ni menos como ahora (aunque no en regla es muy cierto) el médico que no manda sacar sangre y no emplea (para los enfermos) las sanguijuelas y ventosas, no es digno de entrar en el gremio de la facultad, non est dignus intrare in docto corpore... siempre latines... de cocina, quiero decir, de medicina.

Empapado el alumno en tan sabias doctrinas, jura, cual otro Anibal, puesta la mano sobre un tomo de Broussais, odio implacable a todos los sistemas curativos pasados, presentes y futuros, y desde luego profesa a las sanguijuelas un cariño digno de mejores bibhos. Hace además firme propósito de no recetar sino aquellos remedios que señala la terapéutica como debilitantes, extenuantes y que tienden precisa y directamente a desahogar al dolien-

te de cuanta sangre tenga en el cuerpo para luego tener el gusto de irsela renovando (si es que escapa el enfermo) a merced de limonadas, suero, leche, huevos pasados por agua y cuando mucho — sopas de gato. La irritación... he aquí el enemigo; he aquí el — duende o sea coco que hay que combatir. Aquel joven alumno, por lo demás de buena índole aun amable, no sueña sino con las sangrías, las sanguijuelas, las ventosas y no habla en todas partes mas — que de las irritaciones, de las sopas de gato, de los baños calientes, de aneurismas, de agua helada, de belladona, de gastro-ent-
ritis, cefalgias, colitis, peritonitis, atrofias, etc.

Hasta en su misma casa, viene a ser el terror de su familia, queriendo curar a los buenos y sanos, para probar la eficacia de su sistema; pero como quiera que todo el mundo le zafa el cuerpo, ya es un inocente perro, ya un apacible gato, ora una incauta cotorra, ora un robusto cochino los que experimentan, con notoria — desgracia, los admirables resultados de su método.

Si el médico director protector es humorista, es preciso entonces declarar guerra a muerte a las sangrías, a las sanguijuelas, a los calmantes, al agua fría, al agua caliente, a las limonadas, a los baños, a los jarabes, a las pastas, a las tisanas y en general — a toditas las drogas de la botica. No hay más que penetrarse de — que nuestro cuerpo, objeto de la vanidad humana, es pura... o mejor dicho, impura corrupción y basura; y así es fuerza limpiarlo constantemente ni mas ni menos que nuestra casa que aseamos todos los días con la escoba. Y ¿cómo? Con purgantes y vomitivos, con ambas cosas a la vez o al menos alternando sucesivamente hasta que quede el cuerpo limpio como una patena.

Es de advertirse (entre paréntesis) que este sistema tiene pocos partidarios entre los discípulos de Hipócrates, sin duda desde que los enfermos se han convencido que para zamparse dos o tres cucharadas de Le Roy no se necesita llamar a ningún médico.

Si el caballero médico director es partidario del sistema de Raspail, hablará en estos términos al joven alumno: "Todos los achaques desagradables que afligen a la humanidad provienen de una multitud de bichos o gusanos enemigos del orden y de la tranquilidad del hombre, que han dado en la gracia de andarse paseando por nuestro cuerpo con la misma libertad que si estuviesen en su casa. Conviene, pues, desalojarlos... pero ¿cómo, dirás tú, - o joven alumno ¿cómo? por medio del alcanfor? No acierto a comprender como hasta la fecha, no habíamos dado con ese remedio - universal que es el único que cura todas las enfermedades. Muchos individuos ignorantes (sin ser médicos) conocían, hace siglos, la notoria eficacia del alcanfor, para destruir la polilla y otros insectos que se alojan en las gavetas de una cómoda o en los - escaparates; pero estaba reservado a Raspail el honor de hacernos conocer que el alcanfor y sus compuestos mata a los gusanos do quiera que se les pueda pillar. Viva, pues, tan admirable remedio, que, además tiene un olor muy agradable para el que le guste.

curativos

Et sic de caeteris... es decir, que de los sistemas adoptados por los médicos directores, resulta lo mismo. Cada cual pondera el suyo y asegura que el de su cofrade no sirve para maldita la cosa. Yo creo que todos tienen razón.

El bachiller, dócil a los consejos de su director acompaña a este en todas sus visitas y aun en sus ausencias y enfermedades

le sustituye, no apartándose ni un ápice de las doctrinas que le inculcara su sabio maestro. Esto lo alienta y aun se permite in occultis curar por sí y ante sí a algún enfermo, pero esto es muy raro y si lo hace es... sin ejemplar.

Guiado por las máximas y el ejemplo de su maestro, muda de costumbres, de carácter y aun de fisonomía. Se vuelve serio, gasta poca conversación, tiene trazas de estar siempre meditando acerca de las innumerables enfermedades que afligen a la humanidad, y de buscar remedios para curarlas. De un abogado vivo y hablador, dirán las gentes, cuando mucho, que es travieso y de ardiente imaginación y por supuesto muy propio para hacerse cargo de un pleito por desesperado que sea: de un médico locuaz, de genio alegre y que camina de prisa, dirá el vulgo: "es un loco; no le llamaré, por cierto, si tengo la desgracia de caer enfermo". Esto lo saben los médicos y por tanto se dominan, hablan poco, caminan con paso grave y su semblante revela, al parecer, como diría un escribano, los afanes y desvelos; y aun muchos gastan espejuelos a pesar de tener una vista de lince. Muy rara vez se permite al médico ciertas diversiones inocentes como los teatros y las sociedades filarmónicas, pues se lo impide el constante e ingrato estudio de la ciencia que profesa. Además ¿qué opinión formaría el público de un hombre cuya vida pertenece a los enfermos, si le viesen todas las noches en el teatro? Haciéndole sobrado favor, dirían - las gentes que no tiene aquel médico enfermos a quienes visitar o que no tiene amor a la carrera. El médico no debe tampoco ir a los bailes. El médico no baila: esto es indigno de su carácter, de su indispensable gravedad.

En fin ya nuestro bachiller es médico: ya vuela con sus propias alas, por su cuenta y... entonces, merced^a algún complaciente loca-

94

lista que anda a caza de noticias con que llenar la sección que está a su cargo, puede leer cualquiera el párrafo siguiente: "Grado. Tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores que antes de ayer, previo un riguroso y lucidísimo examen, recibió el grado de licenciado en medicina el aplicado joven D. Luis Serato y Miel Rosada, a quien felicitamos cordialmente, deseándole el mejor éxito en su noble y árdua carrera. Vive... (aquí las señas).

El primer cuidado de nuestro tipo es proporcionarse, a costa de los primeros enfermos que caen bajo sus manos, una volante o quitrín flamante, con buenos arreos, robusto caballo y rechoncho calesero. Este aparato que nada tiene que ver con la ciencia médica es indispensable. El médico que visitase a pié, se daría todas las trazas de un corredor vendiendo granos de café o muestras de azúcar. La volante indica el gran número de enfermos; los arreos de plata anuncian la comodidad y lujo con que vive el médico que todo lo debe a sus admirables aciertos; en cuanto al rechoncho calesero y al robusto caballo son las pruebas vivas y palpables de que en casa del facultativo todos están gordos, buenos y sanos que dá gusto, desde el amo hasta el caballo, y cuenta que este último no cesa de trabajar todo el santo día, otra señal inequívoca de que el médico no puede con sus enfermos, es decir, no puede dar abasto con los dolientes aunque no tenga todavía ninguno. Con efecto en todas las carreras hay que pasar lo que vulgarmente se llama el año de noviciado, máxime en la de medicina en que pululan los médicos.

¿Veis a aquel hombre que va en un quitrín, con un libro o folleto en la mano, absorto, al parecer, en la lectura de algún nuevo remedio para curar la hidrofobia, vulgo rabia? ¿A dónde se dirige? Ni el mismo lo sabe. Lo esencial es que el público naturalmente curioso llegue a saber que allí va el doctor tal. Lo esencial,

95

pues, es darse a conocer, porque nadie quiere curarse con médicos desconocidos. Esto lo saben los médicos y por eso inventan mil ingeniosos arbitrios para adquirir reputación y crédito.

Ya es un comunicado suscrito por un amigo que estuvo agonizando, pataleando que metía miedo, con los preparativos hechos y el lio debajo del brazo para irse al otro mundo, avisada la agencia funeraria y ajustado el entierro de segunda clase, cuando... ¡o asombro! vino a habérselas con la inexorable Parca el joven licenciado D. Mamerto Mosca y en menos de quince días arrebató su presa a la diosa Muerte, restituyendo a la vida al comunicante que, en cuanto saltó de la cama, se apresuró a rendir el debido homenaje de gratitud a su joven salvador que vive en la calle de... tal... ne...

Ya es un soneto remitido y suscrito por una señora a quien el joven Dr. D. Ventura Bisturí, practicó la difícil operación de extraer siete golondrinos que no la dejaban dormir hacia la friolera de nueve meses. Dice así el soneto que es a fé tan bueno como los muchos que se publican todos los días en los periódicos.

Presa de horrendo mal, la sepultura
Ante mis pasos débiles se abría;
De Galeno a la ciencia resistía
Mi perenne opresora calentura.

Hice del testamento la escritura
Y de mis hijos ya me despedía,
Cuando acercóse en venturoso día
A examinarme el sabio Don Ventura.

Aunque la fama le nombraba experto,
Su remedio acepté sin esperanza;
Porque ese don de levantar a un muerto
Solo al Dios de los orbes se le alcanza.
¡Me levantó en seis horas el bendito!
Y estas gracias le ofrezco por escrito.

Como quiera que, según ya hemos dicho, pululan los vates en esta feraz tierra de Cuba, le es sumamente fácil a un médico

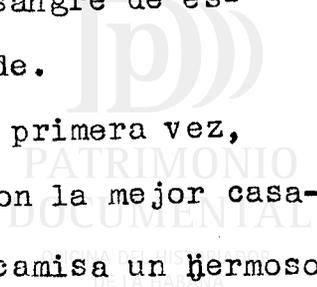
que quiera darse a conocer, granjearse la amistad de algún poeta complaciente que le obsequie el día de su santo con un par de sonetitos por el estilo del anterior y en los que asegura que el tal doctor es por lo bajo un Dupuytren, un Corvisart, un Magendie, un Velpean, etc. etc.

Ya es un anuncio pomposo redactado por el mismo facultativo en que participa a sus amigos y al público (cuya amistad anhela también) que por un método sumamente sencillo, fruto de una larga práctica y constante observación, cura todas las enfermedades conocidas y por noocer, endereza jorobas de nacimiento, vuelve la vista a los ciegos, compone brazos y piernas que es un primor, bate las cataratas en un abrir y cerrar de ojos, facilita la salida de los fetos, sin dolor ni lesión; posee el secreto para que las mujeres morosas tengan al fin el dulce consuelo de dar a luz media docena de muchachos robustos etc. etc. A los insolventes se les cura de oficio, o séase de güagüa.

Al día siguiente se llena la casa de nuestro Galeno de una legión de ciegos, de paralíticos, de jorobados, de cojos, de tuer-tos, de mancos, de negras viejas, de chinos que dan compasión.

Otro de los ingeniosos medios para adquirir crédito es la invención de algún jarabe especial para poner el hígado como nuevo; o de alguna pasta maravillosa para los catarros que se pronúncian en los pulmones; o de algunas píldoras que limpian la masa de la sangre mejor que con una escoba; o de algún unguento, prodigioso que es lo que hay para las almorranas y la sangre de espaldas. El caso es ver su nombre en letras de molde.

Cuando el médico va a visitar a un enfermo por primera vez, tiene sumo esmero en su toilette, engalanándose con la mejor casa-ca y luciendo en la bien planchada pechera de su camisa un hermoso



alfiler de brillantes. Entra en la casa, por supuesto armado del consabido bastón con borlas, con suma gravedad y circunspección, - si bien deja asomar en sus labios dulce sonrisa, como prueba de su amabilidad y también para tranquilizar en cierto modo al pánico terror que infunde siempre en una casa la presencia de un médico. Se acerca al doliente y al mismo tiempo que le toma el pulso, echa una mirada distraída a la mujer del paciente y si este es rico, - lo cual se conoce por el aparato y lujo con que está adornada la casa, suele entonces sacar el reloj, frunce las cejas, se muerde los labios, vuelve a tomar el pulso con la diferencia de que la mano que toma ahora es la derecha y antes era la izquierda.

La esposa - ¿Qué opina V. señor doctor?

El doctor - (guiñando el ojo a la esposa) - Esto no será nada... nada... cuando V. me mandó a avisar, estaba yo en una junta... aun es tiempo de combatir la enfermedad..

La esposa - Mi marido es muy aprensivo. Yo creo que lo que él tiene es un fuerte catarro...

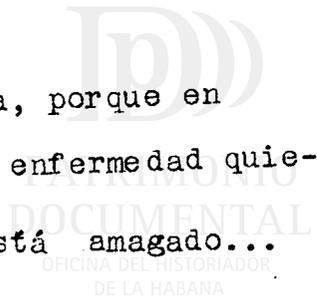
El doctor(sonriéndose) - No es mal catarro, señor~~a~~mía... algo más... pero...

El doliente (asustado) - ¿Estoy de peligro, doctor? (a la esposa) No te lo dije, Chona mía, no te lo dije...

El doctor.- Animo, ánimo... voy a recetar un jarabe... procure V. sudar, a bien que agregaré una bebidita que... hasta la noche...

(El doctor saluda al enfermo y pasa a la sala seguido de la señora).

El doctor - Mucho temo una reacción, señor~~a~~mía, porque en estos catarros pulmonares, no parece sino que la enfermedad quiere jugar con nosotros al escondite. El cerebro está amagado...

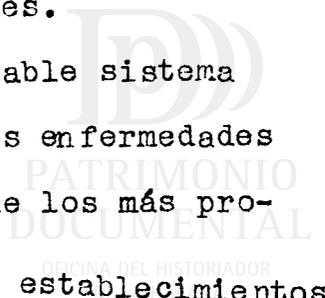


¿Me hace el favor de darme papel y... ¡ah! ya sabe V. que debe mandar a la botica del licenciado Pildorín. Es hombre de conciencia, aunque lleva por sus drogas mas caro que sus cofrades... pero él no vende gato por liebre (receta) ¡Ay! señora, los enfermos no nos dejan vivir y sin embargo no faltan gentes que digan que somos nosotros los médicos los que no dejamos... ¡Bah! Mire V... tengo que ir ahora a ver a la marquesa de... y luego al conde de... y antes de ir a comer estoy citado para una junta en casa de doña Sinforosa Clito, que está con un histérico de muerte. ¡Ah!señora... ¡qué ingrata carrera es la nuestra! A los pies de V.

Como el doliente no tiene sino una mera flucción, se pone bueno, pero como es rico, se pone bueno lo mas tarde que puede... el doctor que ha tomado tanto cariño al enfermo que quisiera verle toda su vida dos o tres veces al día.

Si apesar de sus esfuerzos para alcanzar reputación y crédito no logra nuestro tipo que el público lea los comunicados, los sonetos ni los anuncios, entonces muda de... sistema y deserta las antiguas y veneradas banderas de la alopátia, pasando a ser un furibundo y entusiasta partidario de la homeopatía, cuyas maravillas proclama, confesando que hasta la fecha todos los médicos (¡incluso él) han sido unos bolos administrando brevajes, tisanas mas o menos repugnantes, enormes píldoras, panaceas etc. y haciéndose los suecos a la voz de Hannemann, al sapientísimo inventor de los globulitos y de las dōsis casi invisibles.

Si esto no basta, se declara defensor del admirable sistema del agua fría o sease hidropatía que cura todas las enfermedades como por encanto. Este método, en efecto, es uno de los más prodigiosos de este siglo. Cuéntase que en uno de los establecimientos



99

hidropáticos de Berlín fué acometido un hombre de un cólico desen-
frenado. El médico le mandó que se echara al agua. Hízolo así el
doliente y... o asombro! antes estaba con el cuerpo doblado bajo
el peso del mas violento dolor... pues bien le sacaron del baño
tieso... como una tranca.

Sin embargo, la experiencia ha demostrado que el mas eficaz
arbitrio que puede adoptar un médico que anhela fama y sobre todo
dinero, es el de viajar a luengas tierras y al cabo de dos o tres
años volver a su patria. Si trae de allende instrumentos, libros
primorosamente encuadernados, botiquines completos etc. si nos
puede probar a fuerza de repetirlo que ha sido comensal del ce-
lebérrimo Dr. tal y amigo del sapientísimo Dr. cual; si a esto se
agrega que champurrea el alemán, el inglés o el francés, si final-
mente celebra con entusiasmo todo lo que vió o no vió del otro --
lado del golfo, entonces es seguro su triunfo. Bueno es también
que traiga de allá algún específico universal de prodigiosos resul-
tados, algún elixir o Rob o panacea a cuando menos algún urgüen-
to para los callos.

Nuestro héroe deberá hacerse de rogar para ir a visitar a los
enfermos; llegará el último a las juntas, hablando en ellas de --
todo menos de medicina y adhiriéndose siempre a la opinión del --
médico de cabecera, única persona que se permite ocuparse allí de
la salud del pobre enfermo.

Debe cuidar también nuestro tipo de cultivar la amistad de --
uno o dos farmacéuticos a quienes protegerá y cuya pulcritud, con-
ciencia, habilidad y esmero ponderará en todas partes. A su vez --
agradecidos aquellos boticarios hablarán acerca de nuestro médico
con tanto entusiasmo y tantos elogios, que a fé, que le entrarán

10

deseos a cualquiera de caer enfermo para tener el gusto de ser curado por tan famoso doctor.

Cuenta el histoso autor de la fisiología del Médico, que la invención del sistema hidropático se debe a los enojos de un vengativo doctor en medicina a quien negó la mano de su hija un boticario que había tenido la habilidad de transformar en buenas y sonantes onzas de oro cuatrocientas tinajas de agua de chicorea o de borrajas. ¡¡Tantaene animis doctoribus iroee!!

Tanto a los caballeros médicos como a los Sres. farmacéuticos les conviene, pues, vivir en santa paz y armonía, ni mas ni menos que a los jueces con los escribanos y a los escribanos con los oficiales de causas; todo en obsequio de sus intereses como --- en los del público... que es el que al fin y al postre paga las costas.

No pocas veces acontece (y esto, sea dicho de paso tiene lugar en todos los países civilizados, esto es, donde hay muchos médicos), que la Discordia con su infernal aliento infunde en los discípulos de Hipócrates el espíritu de cabala, de rivalidad y de odio recíproco y sacude sobre ellos su horrible cabellera erizada de venenosas serpientes. Aquí fué Troya. El alópata, el hidrópata, el raspailista, el brownista, el rasorista, el broussista, el homeópata, el humorista etc. como perros y gatos, viven en continua lucha, obsequiándose mutuamente con mandobles a diestro y siniestro, cada cual en defensa de su sistema, tratándose de una ciencia tan oscura, que el mas lince camina a tientas, dando palos de ciego a todo bicho viviente, eso sí, con las mejores intenciones. Ibant obscuri sola sub nocte per umbras.

Ahora bien. ¿A quienes constituyen por jueces, en tan intrin-

cada contienda? Al público. ¡Ojalá pudiera éste dirimir con acierto la discordia y saber en tan peliagudo juego con que cartas gana y con que cartas pierde!

Una vez adquirida la reputación que tanto ha anhelado, nuestro héroe puede prometerse un provenir halagueño y una vida llena de placeres, si bien no pocas veces se ven turbados éstos, por las visitas que tiene que hacer a sus numerosos enfermos; pero aun esto acrecienta su nombradía, y por supuesto su peculio. Tiene nuestro doctor entre sus clientes a dos que están ya, como si dijéramos, cada cual con el pié derecho en la sepultura y el izquierdo asido por nuestro Galeno. Este se halla en el teatro oyendo verbi gratia la deliciosa cavatina de Elvira en el Hernani. Llega súbitamente y jadeando un caballero, recorre con la vista la inmensa platea del coliseo, vé a nuestro doctor, se acerca a él y le dice al oído: doctor, el enfermo está delirando... por Dios... venga V. un momento... un minuto... ahí está el carruaje.

- Bravo, bravo... grita el filarmónico doctor aplaudiendo...

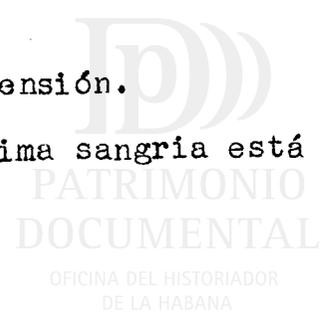
- Por Dios, doctor...

- Bravísimo... (al caballero) voy... voy... despues del duo...

Mientras tanto, puede V. mandar en mi nombre que le apliquen al enfermo sanapismos volantes y ladrillos... y... (a un filarmónico) Que bien ha cantado esta noche la prima donna... sobre todo el trino... (al caballero) Vaya V.... ah! ... que vayan a la botica y que pidan un caústico del tamaño de mi mano... y dos docenas de sanguijuelas..."

En esto llega otro caballero con la misma pretensión.

- Doctor, se nos vá, se nos va... desde la última sangría está peor...



pues señor... tendrá Vd. la bondad de espensarme... para el papel sellado, firmas, poder etc. etc. Presumo que V. no es insolvente...

- ¡Ah! doctorcito de mi corazón... ¡ojalá no lo fuera, pero tengo.

- Veamos, veamos lo que V. tiene...

- Tengo una porción de testigos que asegurarán que no poseo ni un chico...

- ¡Ay! ¡ay! (a parte). Malo! (alto) Ya esto muda de aspecto, amigo mio. Para meterse a litigante... sobre todo en materia criminal, es preciso tener siquiera para los gastos indispensables... todo, por su puesto, a reserva de reintegrarse luego... pues, si señor... bien mirado el negocio... una bofetada no pasa de ser así... una bofetada que.... al fin... eso no es nada... quizás en un momento de exaltación... las circunstancias atenuantes... la... el... los... las... Si Vd. supiera cuantas bofetadas se han dado y aun se dan por ahí por gentes groseras y villanas. Lo mejor es abandonar eso a un desdeñoso olvido... creamo V.... con que... que Vd. lo pase bien... estoy muy atareado.

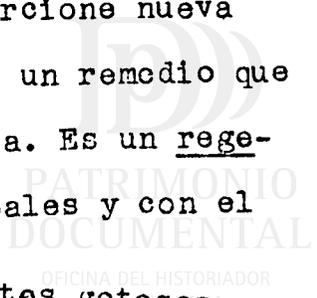
Trasladémonos ahora, benévolo lector, a la morada de uno de esos doctorres de fama y de crédito que tanto abundan.

- Señor doctor, estoy, hace mas de un año padeciendo unos dolores reumáticos que me dan muy malos ratos...

- Caballero, me alegro...

- ¡Cómo!

- Por supuesto. Me alegro mucho de que se proporcione nueva ocasión de experimentar los prodigiosos efectos de un remedio que he inventado para los reumáticos y aun para la gota. Es un regenerador universal de la sangre, compuesto de vegetales y con el cual he tenido el gusto de curar a mas de trescientos gotosos.



Cada botella cuesta doce pesos... pero crea V. que el precio es sumamente módico, atendida la sin igual calidad de los ingredientes de que se compone mi regenerador. Con veinte y cuatro botellas tiene V. bastante para limpiar la masa de la sangre de las impurezas que en su curso lleva. ¡El reumatismo!... cuidado con eso... si V. quiere, enseñare a V.... una botella...

- El caso es, señor doctor, que yo soy un pobre... y no digo veinte y cuatro botellas, pero ni aun una cucharada de ese regenerador puedo costear...

- ¡Ah! pues entonces, caballero, tome V. baños del mar... y... eso no es nada... el reumatismo molesta, pero no es peligroso... V. disimulará... , voy a ver a doce o trece enfermos de gravedad... así es que...

- Pero doctor...

- Que V. se mejore...

Inútil es decir que si los dolientes y los litigantes son ricos, los diálogos son mas largos y sobre todo mas interesantes para... los médicos y para los abogados.

Hasta ahora hemos descrito un tipo cuya vida, carácter y hábitos guardan casi, casi, una identidad notable con todos los de su clase en el orbe entero; pero recordará el benévolo lector que hemos salvado en el prospecto de la presente obra, ese inconveniente, prometiendo amoldar ciertos tipos generales de la sociedad a las costumbres de la nuestra en particular. Con efecto, el médico en todas partes es médico y a fé que es carrera la de los dichosos hijos de Hipócrates que se halla mas al abrigo de las vicisitudes de la suerte y de los azorosos vaivenes de las revoluciones. En todos los países hay enfermos... y de consiguiente

- Que le den otra.. eso no es nada... yo pasaré a verla dentro de una hora...

- Doctor de mi alma... venga V., se lo pido por aquel angelito barrigón hijo de Vd.

Aunque poco sensible en general, por el caro nombre invocado, accede nuestro galeno a seguir, no sin visible disgusto, al importuno caballero.

- Ahí va el Doctor Yodo, dicen algunos concurrentes. ¡Caspita! y ¡qué de enfermos tiene! No le dejan gozar de la opera.

- ¡Oh! exclama otro, pronto volverá... con una receta mas... ya está el enfermo del otro lado. ¡Parece increíble!.

Los medicos y los abogados tienen ciertos puntos de semejanza, tanto mas notables, cuanto que por otra parte se diferencian en el genio y costumbres. Ya hemos dicho que los abogados generalmente son vivos y locuaces al revés de los médicos que son graves y taciturnos, sin embargo de que hay alguno que otro que no deja meter baza en su casa ni a la cotorra... ¿qué digo?... ni a su cara costilla, que creo es cuanto hay que decir. Ahora bien, veamos cuales son las circunstancias que constituyen esa semejanza de que hablamos.

Supongamos que va a consultar a un abogado un proletario, vulgo, insolvente para que le defienda su pleito que trata de entablar contra un individuo que le diera una bofetada.

- ¡Cómo! ¡han dado a Vd. una bofetada! Esa es cosa seria, amigo mio; un pleito criminal!!... Cuénteme Vd. el suceso. ¿Quién fué el agresor audaz que,... tome Vd. asiento. A propósito, supongo que esta Vd. resuelto a llevar las cosas hasta el último extremo. Bien hecho. ¡¡Una bofetada!! ¿Sabe Vd. lo que es una bofetada?... a bien que debe V. saberlo... se me olvidaba que...

se necesitan médicos, aunque sean originarios del celeste imperio; prueba de ello es el inclito y nunca olvidado Zanzi, que, sin saber mas que decir dos pesus se llevó a su tierra 39.000 pesitos, fruto de su talento. ¡Talento! Si señor... que talento es y muy real y efectivo al ganar en menos de un año esa no tan despreciable suma, máxime en un país donde abundan médicos sapientísimos que desgraciadamente ignoran el chino.

Fuerza es confesar, empero, que nuestros médicos, en general son estudiosos, desinteresados y humanos. Los hay y no pocos de ciencia y conciencia, si bien otros, adoptando, con mas entusiasmo que reflexión los últimos sistemas médicos, cual el elegante que se cree obligado a vestirse a la derniere mode, llegan a inspirar no solo poca confianza a los enfermos, sino que ellos mismos, caminando de continuo en las tinieblas de la duda, concluyen por no creer en nada. Mas diré y esto en obsequio de los médicos cubanos, estos no saben ser charlatanes... digo y teniendo tantos cofrades que en esto de embaucar al prójimo, pueden servirles de modelos, pues, si bien es cierto que han visitado nuestras hospitalarias playas algunos doctores en medicina y cirugía dotados de verdadero e innegable mérito, en cambio no pocos enfermos incautos han sido víctimas de su espíritu de novelería por haber encomendado su salud a Dulcamaras tan ignorantes como impudentes.

Concluiremos este mal trazado tipo repitiendo lo que pregona la Fama con respecto a nuestros benditos hijos de Hipócrates. Dicen que son muy enamorados... no solo los jovenes, sino los viejos... (estos en mi concepto son mas peligrosos) pero... prescindiendo de que el amor es la pasión mas noble del hombre... y por su puesto también de la mujer... el clima... la ocasión...

el ahinco laudable de estudiar a fondo las infinitas maravillas de la naturaleza. Además, la carrera es ingrata y el camino por donde transita el médico, no ha de verse siempre cubierto con funerales cipreses y justo es que alguna que otra flor le consuele en su triste y penosa peregrinación en este mundo, donde hay tantos farsantes... como los médicos no ignoran.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

EL GUARDIERO

Por Anselmo Suárez y Romero.

Cuando se acerca el crepúsculo, amigo mio, un peso enorme me agobia el corazón. Los árboles se van poco a poco obscureciendo, los pájaros se ocultan entre las ramas, se ven grandes trechos de sombras en la tierra, comienza a correr un airecillo suave, y las pencas de las palmas a suspirar blandamente. Tal vez la luna, pálida todavía, se alza por entre los penachos de un palmar, y luce sobre nubes de nácar la estrella de Venus como los ojos de una hermosa en su nítida frente. Los negros entonando sus canciones cortan yerba, el contramayoral los aviva con sus gritos, las cascadas del río se perciben más sonoras, y las lechuzas, aleteando entre las ramas de algun mango, se preparan a cruzar el plateado mar de la luna como brillantes copos de nieve. En esta hora solemne busco un bosque de cañas bravas, las márgenes de un arroyuelo, o el limpio del bohío vara en tierra de un anciano guardiero. Oyendo el concierto de las hojas, viendo deslizarse las aguas, y conversando con el negro que cuida hoy una tranquera, y que, cuando yo no había nacido, tumbaba, robusto como un atleta, cedros y ácanas donde ahora se extienden verdes campos de caña, me estoy hasta que por todas partes se han esparcido las sombras de la noche. Entonces me encamino hacia las casas, y, en vez de buscar tregua a mis cavilaciones en el reposo del sueño, corro al trapiche, me siento en la rampa iluminada por la luna, y allí permanezco muchas ocasiones, meditando, mientras dura el cuarto de prima.

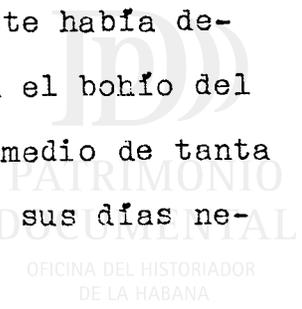
Ahora tardes me preparaba a una de mis excursiones. Había ya

salido del batey e internándome en una arboleda que va a morir a orillas del río. Algunos criollitos saltando y gritando me acompañaban, y yo condescendiente, porque su júbilo me distraía, los dejaba brincar y dar gritos. A las voces una hermanita mía echó a correr desde la casa de vivienda, nos alcanzó, me abrazó riéndose, y me rogó que la dejase acompañarme. Iba vestida de blanco como una paloma, su cabello color de avellana la caía en dos largas trenzas sobre la espalda, y habíase puesto por juguete un collar de maravillas blancas y encarnadas. Se adelantó corriendo por la yerba, arrancando flores, mirando los pájaros, y modulando una tras otra canciones diferentes. El sol se ocultaba con majestuosidad, y cada vez más encendidos sus rayos, parecía que sobre las flores, las yerbas y los árboles derramaba una niebla de oro. Por entre las ramas y los troncos salían aquí y allí manojos de luz, y mi hermana al cruzarlos, bañada en su fúlgido tinte, imaginábame que era dulcemente acariciada por el sol de Cuba. ¡Ay! su corazón limpio aún como una gota de rocío; aquel rostro angelical, riente, diáfano; aquella alegría de la vida que bañaba todos sus movimientos; el inocente himno que su alma entonaba cuando corría tras de los tomeguines, cuando suspendida en la punta de los pies como un zumzum en sus aéreas alas, se detenía con los ojuelos abiertos a escuchar el ruido de una yagua cayendo; bien merecían, más que otras muchas cosas, ser alumbradas por el sol de Cuba al posarse en su lecho de nacar, de diamantes y topacios!

Ibamos por una guardarraya de naranjos y de palmas, que yo mismo, en los días alegres de la infancia, había ayudado a sembrar. Los naranjos se cubren ya de azahares todos los años y luego sus aéreas frutas resaltan sobre el verde oscuro de las hojas lucentes;

y las palmas, esbeltas y blancas como yeso, con sus pencas ondulantes y rizadas, con algun cernícalo en la punta del cogollo, con algun carpintero abriendo agujeros en los troncos, dejan caer de cuando en cuando una yagua, que recogen los guardieros para dormir. El espacio de los naranjos a las palmas está sembrado de flores de jericó; el viento las había sacudido, y sus pétalos sin fragancia, pero de tan vivo color, esmaltaban la tierra, allí encendida como almagre. Paralelas a esta guardarraya había otras dos, más angostas, de cañas bravas, las cuales nunca se cortan, y como bañan sus raíces dos venas de agua sacadas del río, era tanta su frondosidad y lozanía que dobladas como arcos se entrelazaban por arriba formando un pabellón espesísimo, o venian a caer sobre la misma agua; las hojas secas alfombraban la tierra; y ni una yerba siquiera crecía entre ellas. Mi hermana y los criollitos buscando la claridad y el espacio corrían por la guardarraya de palmas y naranjos. Yo los seguía poseído de un inocente gozo, hasta que imágenes menos risueñas y cándidas cruzaron como un rayo por mi mente, y ya no pudieron bastar para las fruiciones de mi alma ni el alborozo de los niños ni las flores de jericó. Queriendo sacudir aquellas ideas, volví los ojos al cielo, miré sus listones de grana, el azul puro y limpio que pronto iba a rutilar con mil y mil estrellas, las albas nubecillas; pero entónces nada me distraía, porque escuchaba el ladrido del perro de un guardiero, y los gritos de éste espantándolo.

Dejé precipitadamente la guardarraya de palmas y naranjos, y entré en una de las de cañas bravas. Una sombra triste había debajo de ellas, y a su fin, en el limpio donde estaba el bohío del guardiero, se veía una mancha rojiza de sol, que en medio de tanta oscuridad me parecía la poca luz de esperanza que en sus días ne-



bulosos alumbra la vida de algunos hombres. El duardiero con su gorro de lana en la cabeza, apoyado en un alto bastón de caña brava, encorvado con el peso de los años y de los trabajos que desquician mas la vida que los años, hallábase de pié junto a la puerta de su bohío. Un montón de gallinas le rodeaba, y él, llamando a las que aun no habían llegado, desgranaba una mazorca de maíz. De vez en cuando se agachaba y seguía desgranando, algunas gallinas hambrientas le saltaban a los hombros, otras venían a comer casi en sus manos, él entonces extendía velozmente el brazo, cogía por las patas a alguna, se desparramaban todas las otras, y luego volvían a su derredor. Un perrito flaco, de aguzado hocico, manchado de blanco y negro, de orejas paradas, ladraba desde la puerta, a la cual estaba atado con un arique; unas veces impaciente saltaba para correr, otras se sentaba, ahullaba, descansaba un instante la cabeza entre las patas, y, al cacareo de una gallina, volvía de nuevo, saltando de improviso, a ladrar con más fuerza y petulancia que antes. Desde la corta distancia que me hallaba divertíame en observar estas cosas, si no nuevas para mí, muy acordes al menos con los sentimientos que embargaban enteramente mi alma. Con mis piés, por más ligero que anduviese, sonaba el pajo-
 nar de las cañas bravas; en cuanto ^{aquel} ~~ap~~penillo vivaracho y arisco me atisbase, de seguro comenzaría a ladrar, azorado el guardiero volvería la cabeza, y al ver a un blanco, a uno de sus amos tan cerca, otros quizas serían sus movimientos y palabras. Era necesario contemplarlo sin que él se apercibiese de mi presencia, era menester dejarlo libre al lado de su negruzco bohío, acallando el incesante ladrar de su fiel y único compañero, entre sus gallinas; no apagar ninguno de los colores con que así, en medio de tanta

soledad, con sus canas, su gorro de lana, sus sandalias de cuero crudo, sus pantalones y camisa de rusia, su bastón de caña brava, hablando solo o con el perro o las gallinas, era sin embargo, el alma de aquel cuadro interesante.

No sé, amigo mio, si tú alguna vez discurrendo en mañana alegre y fresca, al gotear de los árboles el rocío, unvida tu alma con pensamientos tiernos y apacibles sobre cuán bella es la naturaleza, cuán dulce es vivir, cuán santa cosa reir inocente al teñirse el cielo con los fulgores del día, pensando en tu madre, en los suspiros de la mujer que adoras, en tu patria; no sé si recorriendo los campos con el pecho abierto de esa manera a los gozces inefables de la poesía, has escuchado por ventura no lejos, pero sin saber donde, el hermoso gorjeo de un pájaro que acompaña con su melodía el murmurar de un arroyuelo, y que, habiendo sentido tus pasos, se calla de improviso. La voz del pájaro te ha embelesado, has sentido vibrar en tu alma mil cuerdas de oro, vibrar un instante, pero callar con aquel gorjeo; lleno de ansiedad, te has quedado inmóvil aguardando otro; pero todo ha seguido en profundo silencio. Mas tú ignoras si el pájaro estará detrás de aquellas mismas ramas que te estorban mirarlo; das un paso y te detienes, das otro, y al fin, separando las ramas, sacas la cabeza, y tus ojos anhelantes se dirigen acá y allá sobre los árboles de las orillas, hasta que tú mismo al caminar confiado en que estará más lejos, lo espantas del árbol donde cantaba, lo ves volar como una brillante esperanza que se te malogra, y percibes de paso solamente unas alas manchadas de varios colores, unos ojos redondos, vivos y relucientes, un cuello tornasolado, un pico de coral. Pero quieres realizar tu deseo y sigues pasito separando

ramas, apenas moviendo la yerba, hasta que el pájaro, extasiado en su canto, despues que saltó de rama en rama y hubo bajado a beber agua desde el arbusto de la orilla, se deja observar a tu sabor. Lo miras; cuando has contemplado su espalda de seda, deliras porque vuela para verle las plumas del pecho, y cada movimiento suyo es un nuevo deleite para tí; si se rasca con el pico, el color de las plumas por dentro te encanta; y cuando vuela trinando y tú no lo alcanzas ya con la vista, al llegar a la casa de vuelta de tu paseo, es tu mayor placer contar qué lindo pájaro hallaste a orillas del arroyo, y qué trabajos te costó el observarlo.

Yo también he seguido un pájaro por ver sus plumas y escuchar su canto; pero te confieso que en aquellos momentos no era menos viva mi ansiedad. Lo apacible de la tarde había derramado en mi corazón las mas tiernas impresiones, y por común que en nuestros campos sea el bohío de un guardiero, presentía que se me esperaban instantes de gran placer. Eran ademas muy poéticos sus alrededores, muy adecuada la hora para gustar las bellezas del cuadro. El sol se estaba poniendo a la sazón, sobre el limpio abierto enfrente del bohío alumbraba todavía como el dudoso resplandor de un incendio, y aquí y allí veíanse largos listones de sombra producidos por el tronco de las palmas. En el bohío vara en tierra, fabricado al pié de un frondosísimo jagüey que se levanta orillas del río, casi a oscuras ya, percibíase como un fuego fatuo la pálida claridad de la llama que en ellos arde perennemente, y cuya luz iba tomando por momentos un color más vivo. En el limpio no había ni una yerba siquiera, porque el guardiero muchas veces, antes de comenzar o después que acababa de tejer canastas, le daba una mano con el machete, y todos los días lo barría con una escoba de

palma. La tierra de allí era muy bermeja, y mucho más lo parecía por la verdísima yerba que circundaba el limpio. Este se halla rodeado de algunas palmas, de un bosquecillo de cañas de güin, y no lejos se deslizan las azules aguas del río. Las hojas de aquellas, estremecidas de vez en cuando por el soplo de la brisa, formaban un patético murmullo, que hacia más dulce el lejano y sordo resonar de las cascadas. A ocasiones sucedía a tan deleitable concierto un silencio sepulcral, y sólo se escuchaba el ruido leve de alguna hoja que cayera tropezando con las ramas, imagen triste de cómo nuestros días se van desprendiendo del árbol de la vida; y luego de repente tomaban los murmullos tan suaves, tan melancólicos como los acordes de un arpa.

Después de haber ladrado siempre con la misma petulancia estaba echado junto al guano el perrito manchado de blanco y negro, y el guardiero, luego que destranó varias mazorcas, habíase sentado sobre el trozo de madera en que, tejiendo canastas para el ingenio, conversando con los ahijados y parientes, tocando la marimba, pasaba los años iguales de su vida. Dábale las últimas vueltas a una canasta, y sin interrumpir su tarea alzaba frecuentemente la vista para contar las gallinas que iban entrando una a una por la gatera. Así permaneció largo rato, hasta que concluída la canasta se levantó, colocóla sobre otras que tenía debajo del jagüey, y tapó en seguida la gatera con una piedra. Después entró en el bohío, le dirigió algunas palabras al manchado, que se levantó gruñendo y meneando el rabo; atizó la candela, puso a asar plátanos, y salió, arrojándole a aquel un poco de harina cocida, con una pequeña caja de madera en la mano; pero el manchado, en lugar de precipitarse sobre la comida, alzó la cabeza tristemente mirando para el guardiero como significándole que le diera otra cosa, el cual al pare-

cer compadecido, mas riñéndole asperamente, sacó un pedazo de tajo y se lo tiró en el suelo. El perrito lo devoró, se volvió a echar, puso la cabeza entre las manos, y clavó con aire de ternura y agradecimiento en el negro sus ojos llenos de inteligencia. ¿Acordábase quizás de que tres años antes una mañana en que el mayoral, habiendo separado dos cachorros no más, estrellaba los otros con bárbara frialdad en una cerca de piedra, y teniéndole ya asido por las patas, cruzó casualmente por allí camino a su bohío el viejo guardiero, y luego que lo vió, pensando que las frutas de la arboleda y muchas gallinas se las robaban por falta de un perro se acercó al mayoral, pidióle sumisamente el cachorro manchado que iba a morir, y aquel, no sin deseos todavía de matarlo como a sus hermanos, se lo había dado?.

La escena del perro, amigo mio, hubo de interesarme mas por aquel cuadro tan sencillito, pero al mismo tiempo tan original. La caja que el guardiero llevaba en la mano era una marimba, a cuyo son lígubre acostumbraba cantar por las tardes, bien cuando se sentía triste, bien cuando algun pensamiento alegre aparecía como el iris en su imaginación. Sentóse, a inmóvil como una estatua estuvo algún espacio con los ojos fijos en el suelo. Yo aguardaba, con una curiosidad mezclada de tristeza que no te puedo explicar, a que sus duros dedos tañesen los gruesos alambres, para escuchar los sonidos que sacaba, y sobre todo para ver cómo cantaba un negro que de tan anciano apenas podía dar un paso sin apoyarse en su bastón. Cuando menos lo pensaba, hizo un movimiento brusco, enderezó la marimba, y punteando los alambres sacó unos acordes muy bajos y entonó un cantarillo, que sólo por el silencio del lugar podian escucharse. Cantó al principio en un mismo tono, y su cuerpo conservaba una misma postura; pero luego fué interpolando un es-

cer compadecido, más riñéndole asperamente, sacó un pedazo de tajo y se lo tiró en el suelo. El perrito lo devoró, se volvió a echar, puso la cabeza entre las manos, y clavó con aire de ternura y agradecimiento en el negro sus ojos llenos de inteligencia. ¿Acordábase quizás de que tres años antes una mañana en que el mayoral, habiendo separado dos cachorros no más, estrellaba los otros con bárbara frialdad en una acerca de piedra, y teniéndole ya asido por las patas, cruzó casualmente por allí camino a su bohío el viejo guardiero, y luego que lo vió, pensando que las frutas de la arboleda y muchas gallinas se las robaban por falta de un perro se acercó al mayoral, pidióle sumisamente el cachorro manchado que iba a morir, y aquel, no sin deseos todavía de matarlo como a sus hermanos, se lo había dado?.

La escena del perro, amigo mio, hubo de interesarme mas por aquel cuadro tan sencillo, pero al mismo tiempo tan original. La caja que el guardiero llevaba en la mano era una marimba, a cuyo son lúgubre acostumbraba cantar por las tardes, bien cuando se sentía triste, bien cuando algun pensamiento alegre aparecía como el iris en su imaginación. Sentóse en el trozo de madera, colocó la marimba entre las piernas, e inmóvil como una estatua estuvo algún espacio con los ojos fijos en el suelo. Yo aguardaba, con una curiosidad mezclada de tristeza que no te puedo explicar, a que sus duros dedos tañesen los gruesos alambres, para escuchar los sonidos que sacaba, y sobre todo para ver cómo cantaba un negro que de tan anciano apenas podía dar un paso sin apoyarse en su bastón. Cuando menos lo pensaba, hizo un movimiento brusco, enderezó la marimba, y punteando los alambres sacó unos acordes muy bajos y entonó un cantarillo, que sólo por el silencio del lugar podían escucharse. Cantó al principio en un mismo tono, y su cuerpo conservaba una misma postura; pero luego fué interpolando un es

tribillo más triste, y cada vez que llegaba a él movía la cabeza como llevando el compás. El mismo tiempo que cantaba y tocaba, sonaban las hojas del jagüey, sonaba el río, sonaban las palmas y las cañas, haciendo tantas armonías juntas un concierto tris-tísimo que inútilmente se buscaría en otras partes.....

Pero levantemos la pluma, amigo mio. Las canciones del trapi-che han cesado, y seguramente es media noche y han mudado el cuar-to de prima. Abro la ventana y miro para el batey ¡qué hermosa no-che! Noches arrobadoras, espléndidas, yo os amo más que mi vida. Noches de amor, dulces noches ¡cómo se desliza la vida con voso-tras, cómo se espera con vosotras, como inspirais inocencia! Luce-ros, estrellas, luna, alumbrad. Nubes blancas de gasa, corred, que yo me embebezco contemplándoos. Murmuren tus hojas, mango frondoso, rosas de alejandría, exhalad vuestros aromas. ¡Ay, no-ches de Cuba, yo quiero morir mirándoos!

1843.

EL LUTO

Por Juan Francisco Valerio.

I

Preocupaciones, y muchas, tenemos todos los que, en usufructo, poseemos el mundo, y particulares costumbres cada uno de sus individuos; más todavía; cada uno de sus pueblos, el de La Habana inclusive, sin que por esto digamos que los efectos de mala educación, o cosa parecida, de determinadas personas o familias, sirvan de pretexto al escritor de costumbres, para criticar a una población entera ridiculeces de que sólo son responsables señaladas personas.

Pero costumbres hay tan arraigadas, por decirlo así, en el corazón de los pueblos, en casi todos, que solo con el transcurso de muchos años y una predicación constante pueden desaparecer; y no de golpe, sino poquito a poco, según el cariñoso afecto que a ellas tienen sus tradicionales poseedores; verbi gracia: el luto.

- ¿Y qué es luto?.

- Un Diccionario dice que es el traje negro que se viste en testimonio de sentimiento por la muerte de alguno, y la temporada que se lleva; y los paños y balletas negras y otros aparatos fúnebres que se ponen en las casas de los difuntos mientras está el cuerpo presente y en la iglesia durante el oficio.

Pero yo digo, con la venia de las personas especiales que formaron el Diccionario Enciclopédico de la lengua española, que las definiciones anteriores no son exactas, para mi gusto, y que mejor que aquellas es la mía, que doy aunque mal formulada, en la forma siguiente:

Luto es una costumbre casi universal que consiste en vestirse de negro, morado o blanco, según el tiempo que transcurra de la muerte de alguna persona querida, acortándose o prolongándose según la proximidad del parentesco, o la elasticidad en gratitud de los parientes o herederos del difunto; o bien la exhibición de un sentimiento profundo y triste, natural o artificial, que nada interesa al que lo mira, y en el cual nadie cree bajo la palabra honrada de unas cuantas varas de lienzo de lúgubre color.

En La Habana se divide el tiempo de la duración del luto, según categorías.

De padre, madre o abuelos: - Seis meses luto riguroso y seis de alivio.

De hermanos: - Seis meses, por mitad, entre fuerte y flojo.

De tíos: - Tres meses.

Y otros lutos pequeños, hasta de nueve días.

De los hijos y nietos, el mismo tiempo que de padres y abuelos sin son adultos, y si no llegan a los siete años... ninguno; lo cual significa que... angelitos al cielo, aunque tengan seis años y trescientos sesenta y cuatro días de nacidos.

Y como algunos muebles y ventanas de la calle, de la casa mortuoria también sienten, visten aquellos platilla de algodón, blanca, siguiendo la proporción de tiempo del luto de sus dueños; y éstas cierran sus hojas que gradualmente van abriendo, según vá disipándose el sentimiento que, según la costumbre, debe abrumarlas.

Y los esclavos también llevan ostensiblemente las fúnebres señales de duelo por más que durante la vida del muerto, gozaran de las dulzuras del paraiso...

Y, verdaderamente, no pueden manifestarse mejor los sufrimientos

de un corazón desgarrado por la pérdida de una madre, que vistiendo un traje rigurosamente negro.

El pobre Amadeo, ha perdido recientemente la suya: es verdad que poco, muy poco, ha disminuido la intensidad de su pena por haber transcurrido los nueve primeros días de agudo sentimiento; sin embargo, sufre horribilmente a juzgar por su traje negro como el plumaje del aura tiñosa, cerrado hasta la barba para que no se vea la camisa blanca, todavía más luctuosa que el aura, pues moreno como el que más, no ostenta una cara rubicunda como la cabeza del ave de color tan contrario a lo que significa el luto. ¡Pobre Amadeo!.

En el café está rodeado de amigos; y entre el humo del tabaco y la explosión de las botellas de cerveza, ríe de las picantes historias de sus compañeros, y habla de sus runbas y propone otras para cuando se concluya el luto. Y se acuerda de la pelea que le ganó su gallo patiblanco, y del apretón de manos que le dió a una mujercuela cualquiera, y se acuerda... pero no se acuerda, ni por un momento, de la buena señora, que lo tuvo en su seno, que tanto sufrió por criarlo, y que se llamaba su madre!

¿No se acuerda? - ¡Vamos, hombre! ¿Y de que sirve, sinó su figura con todas las apariencias del aura y algo más?.

¿Quién se atreve a decir que Amadeo no se acuerda de su madre, que no sufre? Si Amadeo bebe cerveza en el café, su traje lo justifica, y el color de esa bebida una de las más oscuras. ¿Qué importa que ría, si por guardar el luto, renuncia a los helados de fresas que tanto le agradan, porque el color escandaloso de esa fruta se opone a su sentimiento?.

Amadeo no bebe gin-cok-tail, por su color rosado, mientras está

de luto riguroso: vermouth-cok-tail de color rosa serio y gracias. ¡No hace más que diez días que ha perdido a su madre! .

II

La joven Tulita, la linda Tulita, hace ocho días quedó viuda de un marido desesenta años o más, que le ha dejado, a puerta cerrada, una cuantiosa herencia. El difunto a pesar de sus años y su dinero, se casó con Tulita por amor puro; y Tulita, a pesar de sus muchos adoradores jóvenes, elegantes y con talento algunos, prefirió a su difunto viejo, impertinente y tísico, pero rico, por amor puro, por pura correspondencia. ¿Qué debe hacer Tulita? - ¡Llorar! - ¿Y si nó puede, si no le sale de adentro? - No le hace, pero debe sentir a su marido, aunque su luna de miel, que fué el tiempo de su matrimonio, la pasara confeccionando cataplasmas, y cocimientos; y ya que no puede llorar ^{con} el corazón debe hacerlo con la ropa.

Por eso la modista le arregla un vestido de gró negro mate, por eso el peluquero le arregla sus peinados con negras cintas, y compra Tulita ternos de ónix y azabache, y ha tomado u palco grillé, con celosias, en el teatro: por eso... Por eso no ríe sinó tapándose la cara con su abanico negro.

III

Al día siguiente del entierro del cadáver de su marido, una pobre mujer llora desesperada rodeada de sus hijos. A costa de sacrificios inmensos consiguió el dinero suficiente para los primeros indispensables gastos de cuerpo presente y entierro; pero está agobiada y sus hijos también, por la imprescindible necesidad del luto de sus cuerpos. ¿Cómo podrán ir a trabajar a sus ta-

lleres, sus pobres hijos, habiendo perdido a su padre, sin la indispensable ropa negra que exhiba sus legítimos dolores?. Nadie podrá dirigirles las frases acostumbradas - "Les acompaño en su sentimiento".

- Es preciso, indispensable - dice la viuda - vender mi escaparate, empeñar mi ropa blanca, todo lo que no se necesite de momento; porque sino ¿qué dirá la gente?.

- Y que yo no voy a mi trabajo, sin luto - dice uno de sus hijos - porque se me caería la cara de vergüenza.

- Ni yo tampoco.

- Por de pronto - podemos pasar sin él, porque estamos dentro de los nueve días y ningun doliente sale de su casa en ese tiempo.

- ¿Pero qué comemos? - contestaron los dos hermanos.

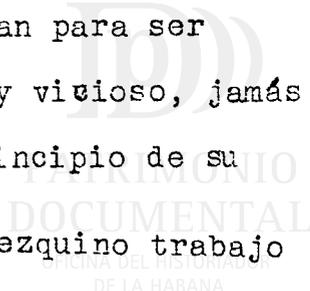
- Iremos pasando con lo que nos fien los caseros; despues, cuando puedan ustedes ir a trabajar, cuando tengan luto, se pagará todo: nos adeudaremos hasta lo sumo: pero ¿Qué remedio?.

- Por supuesto - contestaron sus hijos.

En seguida, con la ayuda de un amigo oficioso, que nunca falta en casos semejantes, se empeñó el escaparate, casi todas las sillas, la ropa blanca de la viuda que podía prestar servicio, y algunas camisas de los pobres hijos del difunto, para rescatarlo todo, si podían, despues de muchas privaciones, porque es indispensable salvar las apariencias.

¡Y tenían razón los dolientes para manifestar al público el dolor que sufrían!.

El pobre difunto era uno de aquellos que se casan para ser mantenidos con el trabajo de sus mujeres. Haragán y vicioso, jamás llevó un centavo a su casa, y medio borracho al principio de su matrimonio, y borracho entero después, vivía del mezquino trabajo



de su mujer y de sus honrados hijos, turbando siempre la tranquilidad doméstica con riñas injustas, que concluían siempre por llevarse, por fuerza, el fruto del trabajo, de su familia, para gastarlo en el mostrador de una bodega, o en una mesa de dominó o en la valla de gallos.

Resultado era de las caricias conyugales del difunto, la falta de algunos dientes en la boca de la viuda, que si ostentaba una frente ancha y despejada lo debía a que su amoroso consorte, en sus raptos de entusiasmo, no le dejaba crecer un pelo en la parte anterior de su cabeza.

- ¡Pobrecito! - exclamaba la señora, en medio de sus apuros - ¡Pobrecito! Es verdad que tenía un genio díscolo y pendenciero, es verdad que a sus geniadas debo no ver más que de un ojo... pero, a pesar de todo, me tenía cariño.

- Por supuesto ¿Te acuerdas cuando rompió toda la loza porque a la doce del día no había que almorzar?.

- ¿Y te acuerdas - cuando me rompió la cabeza el día que compré mi levita blanca?.

- Sí, - contestó la madre - eso fué porque esperaba cogerte el dinero con que la compraste.

- ¡El pobre!

- Y no lo hacía a mal hacer, replicó la viuda, porque despues de esas cosas, se acostaba a dormir tan tranquilo.

- El no tenía la culpa.

- Sus amigos, mi madre, sus amigos.

- La prueba de que nos quería mucho - decía una de los hermanos, - es que nunca peleaba con nosotros, sino cuando veníamos del trabajo, y eso porque quería dinero: y, la verdad, yo no se lo daba

porque se necesitaba para los gastos de la casa.

- ¡Dios lo haya favorecido!

- ¡Tan desgraciado!

- No fué como otros que tantas faltas cometen y tienen la fortuna de que nadie se meta con ellos.

- Ni por pienso; apenas tenía una disputa con un amigo, con un sereno o salvaguardia, ya estaba en la cárcel sufriendo por nosotros.

- Por supuesto; porque sabía que teníamos que trabajar para sostenerlo en la galera, y pagar patentes, y hacer diligencias para sacarlo de allí.

- Y para que vean ustedes que no tenía malas intenciones - dijo la viuda - acuérdense ustedes que, cuando salía de la cárcel, se estaba en casa tranquilo una o dos semanas sin meterse con nadie en la calle, porque no salía, y entonces, hasta engordaba, comía bien, y se estaba hasta más de media noche cantando y tomando sus traguitos hasta que se quedaba dormido.

- Eso, eso fué lo que lo mató - contestó uno de los hijos - pero, como todos tenemos faltas, él tenía las suyas y...

- En fin, - exclamó la viuda lanzando un profundo suspiro - ya descansó, y ya que tan desgraciado fué en el mundo vale más que haya muerto; con eso nadie más se meterá con él para perseguirlo, ni murmurará de sus costumbres. Ya podremos trabajar con más desahogo...

- Y no tendrás quien te golpeé - dijo uno de sus hijos.

- Ya no extrañaré - contestó el otro.

- A todo se acostumbra uno - exclamó la madre llorando.

- Yo digo que si había de vivir padeciendo y haciendo sufrir

a los demás, mas vale...

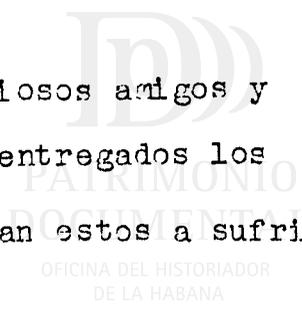
- Y yo digo que Dios sabe lo que hace y que debemos respetar sus altos juicios - dijo sentenciosamente la viuda restregándose satisfecha el ojo bueno y pasándose la mano por la calva.

Servido el almuerzo se sentaron a la mesa y todos comieron con un apetito como no lo habían tenido en vida del difunto; lo que demuestra, de una manera evidente, que siempre el corazón recibe algún consuelo en casos semejantes, si se respetan los altos juicios de Dios, aunque despues, para comprar trapos negros con que salvar las apariencias, haya que vender los escaparates y la ropa que no sea negra.

IV

La úlcera que deja abierta, el mentecato que se muere, en el corazón de sus parientes y amigos, no se cura con ninguno de los agentes therapéuticos que se emplean en las úlceras comunes. El único remedio probado es el tiempo; y tan es así, que una viuda desesperada, en el momento de exhalar su esposo el último suspiro; no traga ni una gota de rocío; despues de una hora , a instancias de personas interesadas, puede tomar una tacita de caldo; luego aceptará, sin instancias, un pocillo de chocolate, y a poco más, aunque llorando, puede comer, obligada por sus amigos, un pedazo de pechuga de gallina que le dará fuerzas para pedir voluntariamente el resto del ave y un vasito de vino de Jerez; pero, que se entienda; cubierto su seno, a reserva de mayor demostración, con un pañuelo de negra sarga.

Despues de un mes, cuando ya la falange de officiosos amigos y vecinos han abandonado la casa mortuoria, y están entregados los dolientes a sus verdaderos sentimientos, ya empiezan estos a sufrir



125

por la ausencia de la brisa que entraba por las ventanas de la casa; cerradas por el luto, y a contar los meses que falta para abrir sus postigos; y si antes no permitían cantar al canario, ni ladrar al perrito faldero por el luto, ahora, sin advertirlo, una de las hijas del difunto, empezará a cantar a media voz una guarachita.

- ¡Niña, el luto! - le dirá la madre.

Y la niña contestará:

- ¡No me acordaba!

Pero los cuadros estarán forrados de blanco, lienzo, y las lámparas también y también todo lo que relumbre; y no se comerán mameyes colorados, sino caimitos morados, y gracias. ¡Oh señoras y señoritas, las acompaña en su sentimiento!

Ya han pasado dos meses y las niñas están cansadas del encierro, y abren algún tanto y por un momento, un postigo, para ver algo de la calle y oír el órgano que toca en la esquina o en otra parte.

- ¡Qué bonita danza, Luisa!

- ¡Qué bonita!

Y abrazada una hermana a la cintura de la otra, principian un cedazo.

- ¡Niñas, por Dios! - grita su madre. Todavía no es tiempo.

- ¡Maldito luto! - dice Luisa.

- ¡Maldito! - contesta Elena.

En estos momentos entra Da. Emelina, la vecina de al lado, que tiene reunión en su casa con motivo del bautismo de un niño.

- Vecina, - le dice a la madre de las niñas, - traigo un empeño con usted.

- Si está en mi mano...

- Ya lo creo; esta tarde se bautiza mi nietecito y es preciso

que Luisa y Elena vayan a divertirse un rato...

- ¡Imposible, el luto!

- ¿Y va a morirse las pobres niñas de tristeza?. ¿Hasta cuando han de sufrir? Es preciso, vecina, que considere usted que son jóvenes, y que todo no ha de ser penas en este mundo: además, en casa no hay mas que una reunión amistosa, de familia; algunas muchachas del barrio y nada más. Se bailará con la música del piano y se cantarán, por jóvenes decentes, alguna cosita. ¿Qué tiene eso de particular?.

- Es verdad Da. Emelina, pero el luto...

- ¡El luto! ¡El luto! - ¿Qué tiene que ver el luto? Además las niñas no van a bailar ni a cantar.

- ¿Qué dirán los que las vean?.

- Eso tiene remedio: estarán ocultas en el primer cuarto y desde allí lo verán todo. ¡Pobrecitas!

- ¿Y los de la calle que las vean pasar a su casa, Da. Emelina?

- Eso también tiene remedio: que se vistan ahora que es medio día, y nadie las vé...

- Sí, mamá - dice Elena.

- Sí, mama - dice Luisa.

- Y usted también vá, vecina añade Da. Emelina a la viuda.

- ¡Yo! - exclama esta admirada - las niñas, pase, que al fin son jóvenes, pero... ¿yo?... ¡Qué locura!

- Mamá, si tu no vas, yo tampoco, - dice Luisa.

- Ni yo tampoco, - agrega Elena.

- No tienen ustedes más que vestirse de blanco y echarse un pañuelo negro por los hombros - propuso Da. Emelina.

- ¡Eso no! - exclaman todas, - de luto riguroso, todavía no es tiempo para otra ropa.

- Como quieran, contesta Da. Emelina - pero pronto, vamos pronto, a comer a casa, de modo que ya estén ustedes allá antes del bautismo.

Y se visten de luto riguroso y de una carrerita pasan a casa de la vecina, no sin advertir antes a los criados que tengan buen cuidado de no abrir los postigos de la ventana, y que no canten ni permitan ruido.

- ¿Qué es eso? - les pregunta en la calle un amigo importuno, señalándoles el traje.

- ¡Mi pobre Juan! - contesta la viuda.

- ¡Mi papaito! - añade Elena.

- ¡Mi padrecito! - exclama Luisa.

- Pues las acompaño en su sentimiento, dice el importuno, dejándoles libre el paso.

La casa de Da. Emelina está perfectamente abierta y alumbrada: ya se comió sabroso, ya se bautizó el niño, se cantó y se bailó todo lo posible. La viuda y sus dos hijas están en el primer cuarto, y puedo jurar que de la calle nadie las ha visto, de manera que nada han dado que decir. Pero las pobrecitas han sufrido mucho... mucho... Los recuerdos que la música les ha traído, han producido en ellas tantas emociones, que asomó a los ojos de la viuda una lágrima...

- Vamos, vecina, - le dice Da. Emelina - ¿Hasta cuándo ese dolor tan profundo...?

- Estaba pensando, contesta la doliente - que si mi marido no hubiera muerto, ahora estaría aquí con nosotras, y las niñas mas contentas...

- Pero todo tiene remedio, interrumpe la vecina.

Y sin consultar a nadie, cierra puertas y ventanas.

- Ahora nadie nos vé; ya no quedamos en casa mas personas que las de confianza y podemos divertirnos todos - vuelve diciendo Da. Emelina. - ¡A la sala, vamos a la sala!

- ¡Dios nos libre!

- Pero si todos somos de confianza: la casa está cerrada: ¡vamos!

Y Da. Emelina porfiada y blandas de corazón la viuda y sus hijas, medio de grado, medio por fuerza, pasan estas a la sala; y no por su gusto, sino a ruego de la reunión, se sienta Luisa al piano y toca las más sandungueras danzas de su repertorio.

- Toca Quién ha visto congo como yo - dice la madre.

Y Luisa la toca de una manera deliciosa.

- ¡Bravo! - exclama la reunión.

- Y eso, - dice la madre entristecida - que mi pobre Luisa no está para el paso...

A las dos de la madrugada la madre y las hijas se quejan de un calor insoportable.

- Pues la madrugada está fresca - observan algunos.

- Es por el luto - contestan la viuda y las niñas.

- Esta ropa negra ahoga a cualquiera, dice Luisa.

- No la puedo resistir - salta Elena.

- ¡Me tiene ahogada! - repite la viuda.

Y empieza a despedirse de todos, seguida de Da. Emelina y otras personas que las acompañan hasta la puerta.

- Que ustedes descansen - dicen algunos.

- Las acompaño en su sentimiento - dicen otros.

Y la madre y las hijas entran en su casa regañando a los criados

porque vieron abierto un postigo de la ventana, estando todavía de luto entero.

Yo creo, mi benévolo lector, o, si quier, malévolo, que el luto exterior nada significa, y que las personas que no tienen que ver con los sentimientos y pesares de otras, cuando ven trapos negros, si piensan en ellos, es para considerar el perjuicio que les hacen a las lavanderas, y si se figuran que tienen por objeto exhibir los sentimientos fúnebres del que los lleva, cuando más, levantan los hombros como diciendo - ¿Y a mí que me cuenta usted?.

Y creo, otrosí, que el verdadero luto está en el mismo centro del corazón, o en cualquiera otra parte, del cuerpo humano menos en los trapos negros; y que cuando se sufre realmente, aunque el doliente esté vestido de arlequín o polichinela, nadie se sienta al piano, ni por compromiso, a tocar Quién ha visto congo como yo ni a cantar la guaracha de Juana Chamicú, ni mucho menos.

Ahora bien, lector, si por desgracia te ves en el caso de salvar las apariencias, o de exhibir, sin necesidad, el dolor que te cause la muerte de una persona querida, te aconsejo, para que no des que decir a los maldicientes, hagas... lo que te dé la gana.

1865.

EL GURRUPIE

Por Manuel de Zequeira y Arango.

Valor, señor editor, valor se necesita al tomar la pñola en estos días de tribulaciones, para los que nos ejercitamos en la noble profesión de escribir, profesión que va paulatinamente entrando en el rango de los modos de vivir que no dan con que vivir. Y digo valôr, porque ¿cómo arrostrar, sin aquella virtud, los envenenados tiros de la crítica, que se ha desatado en furibundas diatribas contra la filosófica e importante obra que V. publica con el título de Tipos cubanos?

Estoy en la íntima persuación de que el tipo que en turno me ha cabido, ha de sufrir la misma suerte que los que tan injustamente han herido ridículas susceptibilidades, promoviendo polémicas que a nada conducen, y de las cuales solo una consecuencia se desprende, consecuencia que por injusta omitimos, convencidos, como estamos, de que no haría honor a la ilustración nunca desmentida del país.

Como quiera que sea y no faltándome la dósis de valor que se requiere para refutar toda clase de argumentos, ni la constancia de un tãstarudo litigante para reclamar los daños y menoscabos que a mi tipo se le infieran, entro en materia, no sin dirigir a los zoilos una salutación parecida a la que usaban en los circenses los gladiadores del pueblo romano ¡Cesar, morituri te salutan! que quiere decir en nuestro caso, ¡Señores críticos ahora va a salir el gurrupié, cuidado como se le trata, pues no

he de consentir que le mutileis, ajeis ni embadurneis a la manera que el hidalgo manchego destrozó a poder de mandobles, las figuras del original retablo del sagaz y picaresco Maese Pedro!

Enemigos de investigaciones etimológicas, que suelen con facilidad rayar en pedantería, no entraremos de lleno en el examen del origen de la palabra gurrupié. Empero tampoco nos merece nuestro protejido, tal desden, que no hagamos una ligera reseña sobre este importante particular, pues si todas las cosas tienen su fundamento, su motivo, su porque, ¿no ha de tenerlo también nuestro tipo? Veamos, pues, el porque del gurrupié.

Viene esta palabra de la francesa croupier que significa según el diccionario de aquella academia, "Asociado secreto que lleva parte en una empresa de comercio, de hacienda, o de juego, que se hace a nombre de otro, partiendo las ganancias y pérdidas".

Debió introducirse en Cuba con la emigración de Santo Domingo, lo que no afirmaremos; siendo para nuestro propósito indisputable que las alteraciones que han sufrido así la voz, como las funciones de este tipo, han sido hijas del transcurso de los años. En efecto, el que entonces pudo llamarse croupier es ahora gurrupié, y este ni es socio anónimo, ni tiene más obenciones que su propina.

Gurrupié significa en Cuba "El que ayuda al banquero en el juego del monte componiendo las barajas o tallando, cuando aquel se lo ordena". Por esta sencilla explicación se vendrá en conocimiento de que en cualquiera parte que haya monte ha de haber gurrupié, o lo que se le parezca, pues la sabia armonía de la naturaleza tiene señaladas a cada ser, a cada cosa sus produc-

ciones, y así si los mares y ríos dan pesca, los montes han de dar precisamente fieras y gurrupíés. Empero si es general y conocido este tipo, no tiene en ninguna parte los rasgos que en Cuba, por lo que le consideramos como uno de los modos de vivir de esta privilegiada tierra de la odorífera planta fumigable, del oro y de la fiebre amarilla.

- Quede pues, altamente repostum contra los que disputar quieran sobre la carta de naturaleza de mi tipo, que el gurrupíé es eminentemente cubano.

Desde niño ya dá el gurrupíé marcadas señales de la afición a la carrera en que ha de ser una notabilidad. Notabilidad; ¿y por qué no? ¿No estamos en el siglo de las notabilidades?. Puede creerse satisfecho el amor propio de nadie si en su profesión no es tenido y reputado por una notabilidad?.

Dícese generalmente que en la infancia se demuestran ya nuestras inclinaciones por el gusto con que nos dedicamos en esta edad a ciertos juegos. El que con el tiempo llegára a rivalizar con los Bossuet y Massillon, juega en la niñez a predicar; el que veais mandar el ejercicio con una escoba y montado sobre otra escoba dar cargas de caballería, no dudeis que ilustrara la carrera de las armas. Pues bien: ¿qué llegará a ser ese niño que delante de una mesa pasa las horas enteras, con una baraja, combinando mil suertes dirigidas todas a que venga por delante la carta que se propone? Si no va a la escuela, si en gramática, ortografía, historia y otros estudios está atrasado, esto no obsta para nada. En sabiendo regularmente la substracción para hacer al vuelo las deducciones de las puertas, no necesita mas, y esta operación se adquiere admirablemente con la práctica.

El gurrupié no juega nunca dinero propio, y así nada arriesga pero esta circunstancia no influye para que deje de defender a sangre y fuego los intereses que se le confían, siendo en esta parte su divisa, la misma que distingue a la noble profesión de abogados. "Defienden los pleitos como propios, los sienten (cuando se pierden) como ajenos". En este último extremo no es enteramente igual la posición del letrado y la del gurrupié, pues claro es que cuando el banco pierde, no puede prometérselas tan gloriosas, como decirse suele.

Por lo regular, cada gurrupié tiene su patrono o protector, que es el que le dá el dinero para que se lo juegue, desprendiéndose de aquí la consecuencia de que la fidelidad del gurrupié es a prueba de bomba.

Su traje no se diferencia mucho del que generalmente se usa en el país, es decir, que nunca sale del pantalón de dril, chupa o levita de idem, pero con la precisa condición que los bolsillos han de ser en extremo espaciosos para poder llevar las barajas, dinero, vejiga de tabacos, etc. etc. Casaca no la usa y sí suele vérsese con el capote, pero esto solo cuando va al campo. Sombrero de paja y corbata puesta de un modo excentrico y significativo.

En los tiempos no muy remotos, en que públicamente se entregaban los aficionados al honesto recreo del monte, gozaba el gurrupié de infinitas consideraciones y ventajas que le permitian entregarse a los goces de una vida verdaderamente cómoda. Además, del gurrupeage, que era la cuota señalada por su principal y que nunca bajaba de un doblón de a cuatro, y hasta solía llegar a tres, le pertenecía de derecho uno de los dos mazos de tabacos que se ponían sobre la mesa y que estaban destinados

para los dos personajes principales de la escena. En las rifas, era de rigor que si el banco era el dichoso, lo que casi siempre acontecía, le había de tocar ya la docena de medias, ya la de pañuelos de olán, ya la cadena, ya la sortija etc. etc. No habíamos de refrescos, fruta, comidas y otros regalos de los que siempre participaba. Como las tiendas y establecimientos situados en la vecindad de una casa de juego tenían su interés en fomentar la concurrencia, ya se sabe que los dependientes se hacían un deber riguroso en obsequiar a nuestro tipo, no solo con convites de momento, sino remitiendo a su casa ciertos artículos de conocido valor y que contribuían al ensanche de las comodidades de su familia.

Otras consideraciones no menos honoríficas sino tan lucrativas, embellecían en aquellos dichosos tiempos la existencia del gurrupié. Al entrar en la casa de juego, todos le saludaban con afectuoso respeto y diríase que era un ministro que atravesaba las antesalas de su oficina para pasar a su despacho: todos celebraban sus ocurrencias, sus chistes: en las disputas su voz era la decisiva, en los casos dificultosos su opinión se acababa y se seguía.

- ¿Qué juego se dá, decía una vez un desesperado punto ¿qué juego se dá, que yo no acierto ni por casualidad?.

- Calle derecha, respondió otro muy confiado en que había puesto el dedo en la llaga.

- No señor, exclamaba un tercero, guanajay, guanajay es el juego.

- Si, guanajay, como mi abuela, gritaba un viejecito encanecido sobre los tapetes.

- Señor de Gavilán, tenga V. la bondad de decirnos que juego se dá, dijo uno dirigiéndose al gurrupié.

Este, con cierta risita desdeñosa, que significaba su desprecio por las diferentes opiniones emitidas, exclamó: señores, nosotros no podemos decir a los jugadores el juego, pero para convencerles que ninguno sabe ni un ápice en la materia, quiero hoy prescindir de mis deberes; el juego es...

¿Qué, exclamaron todos a un tiempo...?

Pues bien, dijo el gurrupié, ahuecando la voz... el juego es... CRUCETA BOMBA!

Con la rapidez del rayo se desplegaron veinte vejigas y nuestro héroe recibió en sendos tabacos la ofrenda dirigida a su talento. Siguió barajando, recogiendo dinero, formando y alineando los montones de onzas, pagando con exactitud matemática, y dirigiendo de cuando en cuando miradas radiantes de satisfacción a los entusiasmados adeptos.

A bosquejar no me atrevo
Ni sus dedos ni sus uñas:
No se quejen las garduñas
Ni chille un cristiano nuevo.

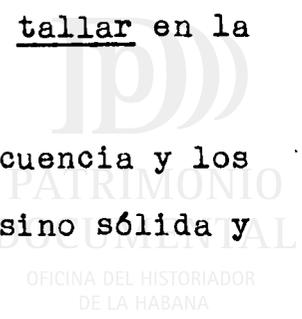
Excusado será decir que cuando la carta viene a la puerta, sabe instantáneamente el banquero, por intrincadas que sean las puestas, la parte que le corresponde pagar a cada uno, y contra su fallo no hay nunca apelación. En las carañuelas, es decir, en el muerto levantado, que no es otra cosa que el cobro de una cantidad por el que no la ha puesto, es inexorable nuestro tipo, que sordo a toda reclamación, sigue todas sus operaciones con estóica serenidad, a menos que el reclamante sea uno de los puntos de cabecera, en cuyo caso la paga, no sin la fase de cajón: sin ejemplar.

Serio, adusto, taciturno y poco amable, solo se le vé alguna vez sonreir con los puntos afortunados; privilegio que hasta en esto tienen los favorecidos por la inconstante deidad.

Legos nosotros en la materia, no podríamos dar una idea aproximadá de los arcanos científicos que debe poseer un gurrupié, y en esta parte no se nos tache de haber emprendido la pintura de un tipo que no conocemos, porque nosotros describimos solamente lo que está al alcance del observador. El gurrupié, por ejemplo, debe saber amarrar; claro es que aquí no se toma la palabra en el sentido literal; y si no sabemos lo que se quiere expresar ¿habremos por esto de renunciar a la descripción de un tipo tan simpático y popular? Lo que únicamente podemos decir en obsequio de los interesados es que cuando amarran, no es por hacer trampas, sino por el deseo de saber la carta que primero viene ¡deseo bien inocente, por cierto, y que a nadie perjudica. También debe saber enterrar, cosa que no concebimos como pueda verificarse no siendo médico ni sepulturero.

En la conversación usual, no se hace notable nuestro tipo por su facundia ni por su erudición, pues toda esta no pasa de la narración de lo que ocurrió en las ferias de Regla, en tiempos del Sr. Someruelos, cuando en la partida grande, una maldita sota tuvo la culpa de que ahora no se vea él con un hermoso cafetal, casa propia y carruage; aunque a decir verdad, no debe quejarse como otros de la fortuna, pues al cabo tiene, con la protección de su principal, quinientas onzas disponibles para tallar en la capital y en las ferias.

En una sola materia despliega el gurrupié su elocuencia y los primores de una oratoria no futil y de hojarasca, sino sólida y



aun basada en principios importantes de administración y de economía política. Cuando se trata, ya de intento, ya accidentalmente, de las ventajas que a la sociedad reporta el juego y de los incalculables perjuicios que ha ocasionado su prohibición: "Señores, dice lleno de unción y de entusiasmo, con el juego se reanima y embellece la población, todos buscan, todos tienen, y la abundancia, el placer y la expansión reinan por do quiera. Con el juego se vive sin estar el hombre encorvado bajo el peso de un penoso trabajo. Las tiendas venden mas, los cafés, las botegas tienen un despacho asombroso, y una casa de juego es la providencia del que nada posee, pues con entrar en ella, ya puede contar de seguro que de allí ha de salir armado. ¡Oh témpora, o bellísimas noches en que al mágico son de una ruidosa orquesta se hacian asombrosas jugadas! Ya no se haila, porque el baile y el juego no pueden vivir separados, y ahora cada uno existe, como si dijéramos, en divorcio; siendo la suerte del último mucho mas lastimosa, pues se vé reducido a la clandestinidad y sus alumnos, sin hogar seguro y siempre de allí para aquí, se asemejan en cierto modo, a la maldecida raza condenada por deicidio a andar errante y vagabunda".

En un tiempo el gurrupié el promovedor de los bailes, pues no había un llamativo mas eficaz para atraer a los incautos alrededor del mágico tapete. Esta circunstancia le daba inmensa popularidad y le conquistaba las simpatias de las niñas de su barrio y de otras muchas. La práctica de dar estos bailes lanzaba al gurrupié en otras especulaciones. Tenía un gran surtido de sillas, sofaes, cuadros, bombas y otros adornos y muebles que alquilaba para funciones particulares, como bodas, bautismos, etc. etc.

La amabilidad, los buenos modales y la urbanidad, son circunstancias indispensables en el ejercicio que vamos describiendo. En la mesa de juego, aunque siempre con mas ojos que un Argos y atento a las señas de su principal, no podía prescindir del fino trato y deferencia con que había de recibir las puestas para colocarlas en las cartas que se le indicasen. Es verdad que a veces le era necesaria mas paciencia que un Job, muy particularmente cuando brillaban en la mesa las gracias del sexo hermoso, lo que no era, en verdad, un acontecimiento tan raro, que tengamos que colocarlo en la categoría de los fenómenos.

- Señor Gavilán, págume V. mi doblón.
- ¿Pues qué, señora, iba V. un doblón al siete?.
- Si señor; este caballero me lo ha visto poner.

Y por respeto al sexo, nuestro tipo tenía que pagar una puesta imaginaria.

Sucedía también no pocas veces que si el gurrupié recordaba que la señora le había mandado marcar un doblón a una cara, cuando venía la contraria se dirigía con meliflua voz a la dama, diciéndole:

- ¿Cuánto iba V., señora?
- Una peseta; ahí la tiene V. ¡Jesús, que exigencia! ¿Cree V. que no había de pagarla?.

Cuando hasta aquí hemos dicho de nuestro tipo, debes en tu buen juicio comprender, benévolo lector, que se refiere a una época en que no tenía esta profesión las trabas y las mermas que en el día. Entonces el gurrupié vivía, como suele decirse, como el pez en el agua, y la fortuna por do quiera le acaribiaba. Pero los tiempos han cambiado mucho, y casi ha desaparecido el con-

junto de especialidades que constituyan este tipo. Los muy pocos que aun lo ejercen por la constante persecución del juego, han perdido muchas ventajas, y a las cargas anteriores tienen ahora que añadir la de buscar el sitio que ofrezca mas seguridad para sus elucubraciones. Es verdad que esta circunstancia no suele ser escasa en buscas y en recursos.

- Señores, decía nuestro Gavilán a varios amigos, a las siete y media, en la calle de... número... pero para evitar que allí se presenten, personas indignas de alternar con caballeros, se ha determinado que la entrada sea a dos pesetas por persona. Allí estará mi compañero para cobrar.

A la hora indicada iban acudiendo los cofrades y soltando, las dos pesetillas. Cuando ya se encontraban reunidos y esperando al buen Gavilán para que abriera la sesión, héte aquí que se aparece este jadeando y pintando en su semblante el mas profundo sobresalto.

-¡Señores! Novedad, exclamó, por ahora sería exponernos... retirémonos; dentro de un par de horas nos volveremos a reunir.

Retirábanse los asustados consocios y a la hora citada volvían, no sin soltar cada uno la cuota señalada.

Despues de un buen rato, vuelve Gavilán y dice:

-¡Novedad!!... me acaban de decir que hay moros en la costa; sería temeridad el que ahora...

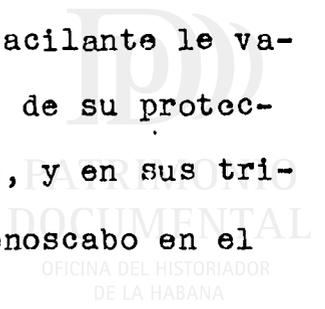
Y los pobres puntos se separaban y volvían siempre exhibiendo el precio de entrada. Y así llevando y trayendo a sus paniaguados de acá para allá, y de novedad en novedad llegaba a reunir nuestro héroe una cantidad muy respetable.

Ya hemos dicho que la fidelidad del gurrupié es/ a prueba de

bomba. En efecto, mas difícil sería apartar al sol de su carrera que a nuestro tipo de la religiosa exactitud con que rinde las cuentas a su principal. Ni podría ser de otro modo, porque jamás tiene ocasión para cometer la mas leve transgresión del divino precepto que nos prohíbe apropiarnos lo ajeno contra la voluntad de su dueño. El es el que lleva cuenta exacta de las marcas, lo que quiere decir, que los fiados se hacen con su sola intervención. Dígase si en esto cabe gatuperio, ni si puede haber la menor convivencia entre el punto y el banquero. Así cuando veais que el gurrupié coje del banco tres o mas onzas para dárselas a un punto, podeis jurar que la cantidad que declare a su principal que debe aquel, es tan cierta como una verdad matemática.

Condición indispensable en el gurrupié es la de conocer personalmente a todos sus comensales, y tener en la memoria el estado de los negocios de cada uno para arreglar su conducta a la alza y baja. Si cuando un punto, sin sacar dinero, dice; voy tanto a una carta, veis que el gurrupié se apresura a tomar del fondo la cantidad designada para marcarla, bien seguro es que aquel individuo, sin hacer información de ningún género, merece las risueñas miradas de la fortuna. En el caso contrario, el voy no acompañado de la acción será repetido sin que haga mas impresión en los oídos de nuestro hombre que el globo de jabón con que juega el niño cuando se desvanece chocando contra la pared de piedra berroqueña.

La buena correspondencia, la fidelidad nunca vacilante le valen al gurrupié la amistad afectuosa e invariable de su protector. Este será constantemente su paño de lágrimas, y en sus tribulaciones el bálsamo consolador. Cuando algún menoscabo en el

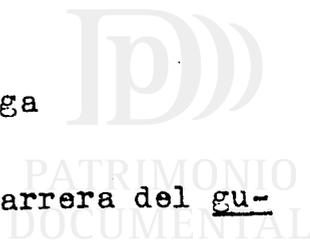


individuo del gurrupíé, viene a inutilizarle para el manejo de cubiletos, es decir, para la banca, entonces su Mecenas le destina a un empleo mas sedentario, pero que suele verse expuesto a violentas estorciones. Aunque en la vida del gurrupíé todo era dulzura y placeres en un tiempo, ahora, ya no hay tocinos donde había estacas, y estas últimas suelen atravesarse para desvirtuar sus doradas ilusiones. Si veis, pues, algún individuo de la clase honrada de que me ocupo, con un ojo o piernas menos, es bien seguro que esta última la perdió al invadir el tejado de un vecino huyendo del tremendo asalto, y que aquel fue triste despojo del bastón de un comisario, que por sorpresa se introdujo en la mansión honrada, y al atravesar sobre la mesa la insignia de mando con la frase sacramental de: "Señores, aguaiten la caña", tropezó con el azorado ojo de nuestro héroe, convirtiéndole en cíclope moderno.

Entonces es cuando entra en el ejercicio de la plaza que hemos indicado. Como en estas casas se debe temer mucho el carácter violento de ciertas personas, conviene que asistan allí diariamente dos o tres valentones de profesión distinguidos con el nombre de guapos. Es su deber apaciguar los turbulentos ánimos, allanar amigablemente todas las controversias y por último hacer alarde de una fuerza de que casi siempre carecen. Llenan, sin embargo, su cometido con religiosa escrupulosidad, y al ver su aire, sus ademanes de perdonavidas y su desenfado pudiera aplicarseles aquello de:

"Tan necio quereis que sea
 "Que cuando a fingir me ponga
 "Lo haga sin apariencia.

La plaza de guapo es el último escalón de la carrera del gurrupíé, o como dicen los muchachos, la última aleluya de la vida



del hombre malo. Ya de esta no puede prometerse ascenso, y en su miseria no le queda mas consuelo que la simpatia de sus colegas, no estéril en verdad, pero siempre casual y tardía, o una plaza en el hospital.

Cuando encontréis por esas calles y cafés un anciano escuálido, macilento, canoso y melancólico, con chupa de dril arrierée en algunos figurines, pantalón blanco ya trahído y desfilachado, sombrero de antigua moda empolvado y mugriento a la vez, no tenéis que preguntar cual fué su ejercicio, con solo que oigais dos o tres periodos de su conversación. Cargado con la experiencia de los años, cual otro Nestor, sirve ya únicamente para dar consejos en una materia en que tanto se ha adelantado. Y hastiado, fatigado de una vida sin goces, y aun sin lo necesario, se desata en imprecaciones contra la sociedad actual. Cuando le encontréis, ¡Ojalá que su presencia suscite en vuestro espíritu la reflexión de que ese individuo es un ejemplo palpitante de lo que puede el halago de las pasiones que nos impele a olvidar que ha de llegar una época de achaques, de abandono y de soledad, en que el hombre ha menester de los medios que debe haberle proporcionado una carrera honrosa, y que él ha descuidado o abandonado tal vez, por el incentivo seductor de un modo de vivir que no dá con qué vivir honradamente.

LAS ESCUELITAS DE BAILE.

Por Federico Villoch.

HORA que suena por doquier la alegre trompetería carnavalesca, hablemos de músicas y bailes, despertando en la memoria aquellos que más en ella se grabaron. El niño empieza su carrera mundial por la escolita de barrio de primeras letras; el bailaror también tenía en el barrio su escolita correspondiente.

La escolita de barrio llegó a ser en la Habana una verdadera y respetable institución nacional, a la que, en ningún caso, ni por ningún motivo, se le pudo considerar como un lugar de deshonesto esparcimiento. Como lo indicaba su nombre, se iba a la escolita de baile a instruirse o perfeccionarse en el tan difícil como sagrado arte de Terpsicore, fungiendo de profesoras las más expertas bailaroras del barrio, bajo la severa y respetable dirección del representante, o del dueño del plantel, que solía serlo un antiguo bailaror de los de más sólido prestigio, como Ricardo Valleras, y otros por el estilo. Empezaban estos torpes alumnos pisándole los pies a sus compañeras, y enredándose y tropezando con los suyos propios; acabando no pocos de ellos en bailarores de fama, de los que se decía, para catalogarlos entre los mejores, «que no se salían de un ladrillo».

De 1890 al 1910 se prodigaron de tal modo las escolitas de baile, que la Alcaldía, ante las quejas del vecindario, hubo de intervenir para limitar su número, quedando entonces reducidas a las que ya existían desde tiempo inmemorial, o que por su situación y manera de desenvolverse, no causaban perjuicios ni molestias de ninguna clase. De ellas se recuerdan las de «Cheché», que en lejano tiempo de la Colonia lo fué de un maestro de baile conocido por «Chuchumeco Pintó», en la calle de Misión, de amplio local, a la que solía asistir de vez en cuando el gran cornetín matancero Miguelito Failde, que volvía loco de entusiasmo al barrijo con las variaciones de su sublime y mágico instrumento. La que existía, también en tiempos de la Colonia, en la Calzada de Galiano, entre San Lázaro y Trocadero, una casona colonial de techo de tejas, cuyas funciones empezaban los domingos y días festivos a los dos y media de la tarde, y duraban hasta el otro día a las cinco de la mañana. La de Chicho Arce, en Apodaca; la de Loló, en Gloria; la de Juana Lloviznita, en la Calzada de Vives; la de la «Turca», en Florida; la de Pastora, en Curazao; la de Angelina y Chalia, en Chaves; la de la «China», en Factoría; y tantas en que lucían su arte, como un rito sagrado, Antonio Ruiz, Luis Crespo, Manolo el Chino, etc.

Decimos en una de las estrofas de nuestra postal en verso, «La Escolita de Misión»:

Allí está «Clara la Coja»
que baila que es un primor;
allí se ve a Chicha Pérez,
la Emperatriz del Horcón,



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

que le dió clase de baile
 a un General español;
 allí Teté, que al bailar
 adopta tal expresión
 de seriedad y respeto,
 y lo hace con tal fervor,
 que se parece a la misma
 Purísima Concepción;
 y allí Petra; y Luisa; y Flora,
 formando en cuadro de honor
 el claustro universitario
 de la escuela de Pintó.

El baile ha constituido, para el hombre de todas las épocas, una facultad de verdadera importancia; y Napoleón, que las poseía todas y carecía de ella, se consideraba, a ese respecto, un verdadero desheredado de la suerte. Casi todos los hombres quieren saber bailar; y si su instinto musical los hace rebeldes a ese arte, ponen su mayor empeño en adquirirlo. La mujer nace bailarina desde que abre los ojos al mundo. De donde se saca la consecuencia de que fuera la escolita de baile tan imprescindible casi como la de primeras letras, y que no existiese un barrio que careciese de ella en la Habana, ciudad por excelencia amiga del canto y el baile; con lo que dicho se está que cada una de sus escolitas contara con un variado y crecido número de alumnos y expertos profesores de ambos sexos. Muchas niñas de sociedad completaban su arte dando pasos de danza en la cocina, con las mulaticas criadas de la casa, bailadoras por naturaleza.

Eran alumnos de aquellas escolitas, los «jóvenitos finos de casas particulares»; los solterones que, llegados a cierta edad de su vida, ansiaban poseer a conciencia aquel arte que podría abrirles las puertas de los salones elegantes, donde soñaban encontrar, al fin, la compañera que hasta entonces les había negado la suerte; y también, en no escaso número, figuraban, como discípulos de aquellos institutos de «primera enseñanza»—léase «primordial»—muchos jóvenes dependientes y dueños de almacenes y bodegas, entre los que, si bien los había obtusos y renegados, de los de «la última peseta y la última gota de sangre», con respecto al problema colonial, contábase también con no pocos a quienes les «tiraban las cosas del país»; se vestían a lo «figurín» y «pitimini golpiado», y formarían parte, el día de mañana, en el simpático partido de las reformas de Maura. Dios librase a ningún osado de no guardar, en sitio para unos y otros de tan altísima importancia, la más severa norma de conducta. Las clases se daban por el día, después de las tres de la tarde, a piano solo; y, por la noche, se completaba el programa, bailando hasta las once y media—y hasta las doce y media, por concesión del sereno de la cuadra, a quien se le ablandaba con una «verdolaga», bilette de a peso—con una orquesta de las llamadas «francesas»: piano, flauta, violín y violoncello. Y aquí es donde imperaba el espíritu de aquel que era el verdadero genio de las escolitas de baile ha-



baneras, el simpatiquísimo y popular pianista matancero, Antonio Torroella, a quien todos cariñosamente llamaban «Papaíto». Aunque en la postal se vea borrosa y descolorida su figura, cuantos le conocieron la conservan en su recuerdo, destacándose firme en todos sus contornos: de mediana estatura, tocado por lo general de un sombrero flexible, color negro, el ala tendida sobre los ojos; vestido, casi invariablemente, de pantalón casimir color claro, chaquet negro, de los de «cola de pato»; su gran bigote criollo medio-cubriéndole la ancha boca, siempre plegada en una sonrisa de honda satisfacción; y, como complemento distintivo de su atrayente silueta, un gran bastón que manejaba en molinetes, e invariablemente en la boca un enorme tabaco habano, no por cierto mucho más reducido que el bastón; el hablar bullanguero; y el andar armónico y cadencioso.

Descendía de una ilustre familia matancera de abogados, artistas y poetas. No era pianista de estudios, y, sin embargo, tocando danzas y danzones dominaba aquel instrumento de manera maravillosa. Tenía un estilo tan peculiar, tan suyo, que cuando por la noche se oía sonar a lo lejos el piano en alguna velada particular o baile público—y el postalista lo oyó muchas veces—al momento se adivinaba que era «Papaíto» Torroella. Torroella era la simpatía en persona; la alegría criolla incontenible; el foco luminoso en torno al cual revoloteaban las doradas mariposas de los bailes públicos; y, sin embargo, qué vida privada la suya más correcta; qué buen esposo, qué papá más cariñoso «Papaíto» Torroella. Para alivio de sus años de vejez, sus amigos influyentes—los tenía en todas las esferas y de todas clases ¿quién no era amigo de Antónico Torroella?—le buscaron un lugarcito en el «cuerpo de vistas de la Aduana»; y allí se le veía a la salida y llegada de los vapores en la casilla de pasajeros con su buen humor, sirviendo a los amigos. —¡Ey! socio, le decía a uno que acababa de desembarcar, abrazándolo con aquella efusión de su carácter franco y desenvuelto—¿cómo te fué por esos mundos? Bueno; que no te pudiste estar sin tu Cubita... Alguna que otra noche tocaba el piano en una fiesta de íntimos; pero al cabo los años le rindieron el cuerpo, aunque no el espíritu, que se le conservó, vivaz y alegre, hasta lo último. Uno de sus hijos era profesor de violín, primero, en las mejores orquestas teatrales; y su hija, Amalia, es al presente, una distinguida profesora de piano.

Compañeros íntimos de Torroella eran en su juventud, sus amigos y comprovincianos, Alberto Saldarriaga, Ramoncito Prendes, Jaimito Rivas etc., con quienes compartía las audiciones y los aplausos de los entusiastas grupos juveniles que por la tarde se congregaban en la Plaza de Armas de la ciudad yumurina, frente a la sociedad



«El Liceo», en cuya amplia sala Torroella y sus amigos ejecutaban al pigno de dicha institución, los últimos danzones del día. Al llegar Torroella a la Habana, y formar parte de las pequeñas orquestas que tocaban en las escuelitas, lo proclamaron Rey. Cuando él murió, murieron con él muchas alegrías criollas; incluso, puede decirse, las escuelitas de baile: una época.

De aquella orquesta, al oír los ecos, con emoción, el viejo sexagenario se agita en su cobertor; y añora sus años mozos con la danza del «Limón», con la del «Chiquito Abajo», y con la del «Malacof». Las mocitas se estremecen y suspiran con amor; el pesaroso se yergue y alienta su corazón; y en fin, hasta donde alcanza, su influjo benefactor, llena el barrio de alegría la escuelita de Misión.

La sociedad de baile «Los Casados», que durante mucho tiempo tuvo su sede en la calle de Aguacate, pasaba los límites de una escuelita; venía siendo un instituto de segunda enseñanza, en el que se repartían títulos de bachiller y doctor, y a donde muchos, que ya los poseían, y muy notables, acudían bastante a menudo. El distinguido diplomático español, Gaytán de Ayala, muy conocido y apreciado en todos los centros sociales, allá del 907 al 910, se desvivía por sus fiestas, a las que faltaba contadas veces, asistiendo con otros caballeros de su clase.

—Anoche estuve en los Aguacates—decía, confundiendo el nombre de la sociedad de baile, con el de la calle en que aquella hallábase instalada.

Cuando ya el bailaror «andaba solo», al primer baile público que acudía era a los famosos del Louvre, que durante tanto tiempo le habían obsesionado.

El restaurant «El Louvre», donde por lo general comían casi todos los altos empleados del Gobierno de la Colonia, sobre todo, los del ramo de Hacienda—desde entonces, no se les ha cerrado aun el apetito—estaba situado en la esquina de San Gerónimo, a espaldas del Gran Teatro.

acudía, a los bailes de Tacón de aquella época, y que allí tenía también su público, era el popular actor Regino López, quien a menudo figuraba en el jurado para designar los premios. Regino era un bailaror sereno, correcto, elegante, sueito. El público de señoras y caballeros de los palcos le tributaba frecuentes ovaciones. ¡A ver quién le «quita lo bailado»!

Eran, en resumen, los bailes de carnaval de nuestro Gran Teatro, una fiesta olímpica celebrada en favor a la más pura gloria de la radiante y alegre diosa Terpsicore. Pero dejemos esta, como si dijéramos, «aristocracia del baile», que tan mal se aviene con las inclinaciones del presente, y buscándole ya el fin a nuestro coreográfico trabajo ocupémonos de los otros bailes de más humilde esfera, «que también la gente del pueblo tiene su corazoncito», y le gusta regocijarse el ánimo evocando las gratas memorias de aquellos bailes públicos que se bautizaron con el nombre de «Romerías de Almendares», y que se verificaban en la glorieta situada a un extremo del Paseo de Carlos III, lugar destinado por aquella fecha a los populares y ruidosos juegos de pelota Habana, Fe y Almendares.

Los bailes más notables fueron los de «La Paloma», los «Trescientos Barberos», los «Siete Bantos» y los «Tulipanes». Se efectuaban los lunes por la noche. Daban alegría a estos bailes las afamadas bailaroras de entonces: Juana Valle, Eusebia la Matancera, Caridad Peraguanes, Quica Alquizar, Lola de Santiago, Carmen Cárdenas y Lola «Manteguilla», todas de primera calidad; y, entre los bailarores, tenorios de la clase y algunos de armas tomar, Alberto Yarini, Juan Quesada, Vicente y Pepe Planell, el Curro Sala, Floro el Cantador, Fernando el Cocherito, de historia agitada y pintoresca; Pepe Serna, que se hizo después el Emperador de la Rumba; y otros. Entre el elemento de color se recuerda a Marcelino Cruel y Bruno Fiallo, que fundaron los célebres bailes «La Lluvia de Oro» y «Los Cocineros»; y la tan sonada «Romería del Tronco».

En este grupo se destacaba la negra «Mercé» Govantés, vecina de Jesús María, verdadera Venus de ébano, que llamaba la atención por su belleza, bailarora de cartel y gran cantadora de Rumba.

Tipo clásico de protagonista de sainete vernáculo hacia «pendant» con «Mercé», pero en otra escala más «estética», como decían sus amigos de la clase, «Natalia la Mulata», una Cecilia Valdés que, si no un novelista como Cirilo Villaverde, que la estudiara, tuvo un poeta como Felipillo López de Briñas que le dedicó no pocos inspirados sonetos y un buen número de cadenciosos romances. Natalia contaba sus admiradores en el alto mundo social, entre Condes, Marqueses y demás títulos nobiliarios de la época. Había aprendido de ellos las maneras ceremoniosas y el hablar culto, por lo que le llamaban «la Marquesa». Existía entonces en la Habana una verdadera high-life de la galantería.

En una sonada fiesta típica que se efectuó en Marianao, en honor del infante don Antonio de Orleans, cuando en 1893 visitó la Habana, en compañía de su esposa la infanta Fulvia de Borbón...

El matrimonio es un fracaso. Cualquiera solterona lo sabe.
 Muchos hombres creen en su propia honradez pero jamás se preocupan del dinero que tomaron prestado.
 Mañana vale más para el hombre activo que ayer.
 Los que llegan temprano para evitar la multitud.
 Si el amor es lo que hace dar vueltas al mundo dinero es lo que accita la máquina.

«El Liceo», en cuya amplia sala Torroella y sus amigos ejecutaban al piano de dicha institución, los últimos danzones del día. Al llegar Torroella a la Habana, y formar parte de las pequeñas orquestas que tocaban en las escuelitas, lo proclamaron Rey. Cuando él murió, murieron con él muchas alegrías criollas; incluso, puede decirse, las escuelitas de baile: una época.

De aquella orquesta, al oír
los ecos, con emoción,
el viejo sexagenario
se agita en su cobertor;
y añora sus años mozos
con la danza del «Limón»,
con la del «Chiquito Abajo»,
y con la del «Malacof».
Las mocitas se estremecen
y suspiran con amor;
el pesaroso se yergue
y alienta su corazón;
y en fin, hasta donde alcanza,
su influjo benefactor,
llena el barrio de alegría
la escuelita de Misión.

La sociedad de baile «Los Casados», que durante mucho tiempo tuvo su sede en la calle de Aguacate, pasaba los límites de una escuelita; venía siendo un instituto de segunda enseñanza, en el que se repartían títulos de bachiller y doctor, y a donde muchos, que ya los poseían, y muy notables, acudían bastante a menudo. El distinguido diplomático español, Gaytán de Ayala, muy conocido y apreciado en todos los centros sociales, allá del 907 al 910, se desvivía por sus fiestas, a las que faltaba contadas veces, asistiendo con otros caballeros de su clase.

—Anoche estuve en los Aguacates—decía, confundiendo el nombre de la sociedad de baile, con el de la calle en que aquella hallábase instalada.

Cuando ya el bailaror «andaba solo», al primer baile público que acudía era a los famosos del Louvre, que durante tanto tiempo le habían obsesionado.

El restaurant «El Louvre», donde por lo general comían casi todos los altos empleados del Gobierno de la Colonia, sobre todo, los del ramo de Hacienda—desde entonces, no se les ha cerrado aun el apetito—estaba situado en la esquina de San Rafael y Consulado, a espaldas del Gran Teatro de Tacón; y era, en los altos, donde tenían lugar los famosos y tan nombrados bailes de «El Louvre», de los que, por lo general, solía ser empresario aquel tan popular y conocido, y que, por su extraordinaria talla y volumen, llamaban «Federico el Grande». Corrientemente se le veía recostado, en un taburete de cuero, a la puerta de una «casa» que poseía debajo del «Arco de Belén».

Pero lo pintoresco de los bailes de «El Louvre» no eran los bailes precisamente, sino el numeroso público que, desde las once de la noche en que empezaban, hasta las cuatro y media de la madrugada en que concluían, se iba reuniendo en la esquina de Consulado y San Rafael, para extasiarse, oyendo los danzones que en los altos tocaban. Alternando, las dos orquestas más populares y famosas de entonces: la de Raimundo Valenzuela, y la de Nicolás el Güinero. Aquellos cuyos componían varios grupos que se destacaban a primera vista, así por su indumentaria, como por su diferencia de clase. Gente modesta del arroyo; profesionales del foro; bohemia estudiantil, literaria y artística; y, a veces, graves personajes que detenían un momento el paso para recrear su oído con las florituras que «allá arriba», lanzaban al aire, en el silencio de la noche, los mágicos cornetines de Pablito, el hermano de Raimundo; el de Nicolás el «Güinero»; el de Marianito Méndez, muerto en plena juventud; y, algunas veces, el de Failde, el gran matancero que honraba el baile una que otra vez con su visita.

Se anunciaban entonces los estrenos de las danzas y danzones, como se anuncian hoy los de las obras teatrales y las películas, en grandes cartones, y el público reconocía su éxito o su fracaso, ya con vehementes aplausos, ya con un discreto silencio, sino era con un creciente murmullo de-



mostrativo de la diversidad de opiniones. Halfa tema para discutir algunos días. Los danzones de Raimundo tenían su especialidad, y la suya los de Nicolás; los de Failde eran únicos. Los de Raimundo se lucían en los bajos—su instrumento favorito, en el que se demostraba un consumado maestro, era el trombón—; Nicolás se lucía en el contrabajo. Failde, en las variaciones del cornetín: el suyo resultaba verdaderamente mágico. Cuando tocaba Miguelito Failde, se oía la concurrencia hablar y discutir con mayor fuerza y entusiasmo, y se la veía bailar y moverse con más animación... Ricardo Valleras, un gran bailaror al que llamaban «El Pecosito», se asomaba de vez en cuando al balcón de Consulado con su pareja, que solía ser «La China», para decir por señas a sus amigos de la calle que el baile «estaba en candela»; lo que él traducía agitando en el aire los puños cerrados.

A Ricardo le llamaban, y con razón, el «Rey de la Danza», título que alcanzó después de haber obtenido infinitos premios en múltiples concursos. ¡Pobre Rey! Al cabo, como todos los reyes, perdió su cetro en el combate de la vida; y fué cayendo hasta acabar en guardia nocturna en los muelles de bahía. Llevaba su uniforme, azul, con el mismo arrogante empaque que sus antiguos trajes de dril blanco número cien. Al fin murió Ricardo; y también murieron, con él y su corte, los famosos bailarores de «El Louvre». Pero que otros... y «pudo el baile continuar».

Hablando de bailes se impone dedicar unas líneas a los famosos que se celebraban en la sala del Gran Teatro de Tacón, durante la temporada carnavalesca. En un principio acudía a ella buena parte de nuestra escogida sociedad, ocupando los palcos platea como simples espectadores; pero no tomando parte en la fiesta; merecía la pena ir a ver los bailarores que tenían fama, para premiar a los cuales se celebraban concursos con buenos premios que adjudicaban aquellas señoras y caballeros, asesorados, como se comprenderá, por gentes que lo entendían.

Las orquestas de Raimundo, Nicolás y Marianito, a la derecha y a la izquierda de la sala, ocupaban cada una los palcos del primer piso necesarios

estrenando los danzones recién escritos en aquellos días sobre temas y tonadillas de actualidad, destacándose los compuestos con motivo de las óperas de reciente éxito, algunas de las cuales acababan de estrenarse en aquel escenario, Payasos, Caballería, Tosca, Bohemia, Manon, etc. En el gran patio, anexo a la sala del teatro, tocaba una estrepitosa charanga para los devotos del va's, la polca y la mazurka, en los momentos en que hacían alto las orquestas de los danzones. Había, pues, para todos los aficionados a las delicias de Terpsícore; y la «cordialidad» era un hecho.

Raras veces—o nunca—se registraba un suceso violento en estos bailes de Tacón. Ocupaban la sala y los palcos casi igual número de danzantes, como de espectadores; porque resultaba, en verdad, un espectáculo digno de contemplación. Parecía como si el paseo que acababa de realizarse por la tarde en el Prado y demás avenidas, entrase en el baile con aquellas máscaras y comparsas que más se habían distinguido en él. Los que habían visitado a París, veían en los bailes de Tacón una copia exacta, en pequeño, de los famosos de carnavales que se celebraban en el Gran Teatro de la Opera de aquella villa. Por lo general coincidían estos bailes de Tacón con la estancia, aquí en la Habana, de alguna de aquellas compañías de ópera francesas o italianas que nos traían los empresarios Grau o Sieni, en las temporadas de invierno; y que funcionaban en el citado teatro, por lo que era seguro ver en algunos palcos, contemplando regocijados dichos bailes, a los elementos principales de aquéllas; por ejemplo: el tenor Capoul—modelo del peinado de su nombre, que usaron los jóvenes elegantes mucho tiempo—; los actores cómicos Duplan y Mesier, tan queridos de nuestro público y que confraternizaban con los jóvenes de la Acera; la Theo, la Paola Marié—genial intérprete de Mignon—; la Judit, deliciosa protagonista de la Vie Parisienne, etc., etc., a las que rendían galante homenaje los jóvenes, de la Acera más delectados, y los caballeros Lovelaces de la época.

Elas decían: C'est me rapele la Gran Opera...

La rumba no había alcanzado aun el auge que obtuvo años mas tarde, atravesando los mares y siendo el baile de moda en cabarets y salones extranjeros. Seguramente aquellas artistas francesas que se deleitaban en Tacón viendo bailar nuestras danzas y danzones, hubieran bailado con facilidad la rumba, de no ser ésta por entonces un baile de barrio de poco mérito; pero puestas a aprender la danza, jamás hubieran acertado a dar un solo paso de ella: nuestra danza criolla era cosa seria y de mérito, no sólo para bailarla, sino también para escribirla, como lo hicieron White, Cervantes, Valenzuela y otros que dejaron verdaderas joyas en su clase.

Había bailarores célebres que se reservaban durante todo el año para aquellos bailes de Tacón. Uno de ellos, el popular actor de nuestro teatro vernáculo, «el Viejo Castillo», que echaba su primer infanzón del año con su inseparable compañera y esposa, Lucía, infaliblemente, el primer Domingo de Carnaval, después de las doce de la noche, hora en que daba por terminadas sus obligaciones artísticas. Castillo se pasaba todo el año soñando con aquel momento feliz: desgraciado el que no alienta en el fondo de su alma, como compañera de su vida, una ilusión...

Conocimos otro de los asiduos a aquellos bailes de Tacón: un joven perteneciente a una de las familias más distinguidas de nuestra mejor sociedad—la de Pedroso—que empezó yendo a aquellos bailes cuando tenía diez y ocho años, con su compañera más o menos de su misma edad; y, treinta y más años después, aun llamaban ambos la atención en la propia sala a los expertos en el difícil arte que hizo célebre a Valleras, Polvorín, Tabernilla, Cabrerita, y al revendedor de localidades el popular Pajarito, saltarín y ligero como un idem.

Otro bailaror de fama—¡cuidado con eso!—que

